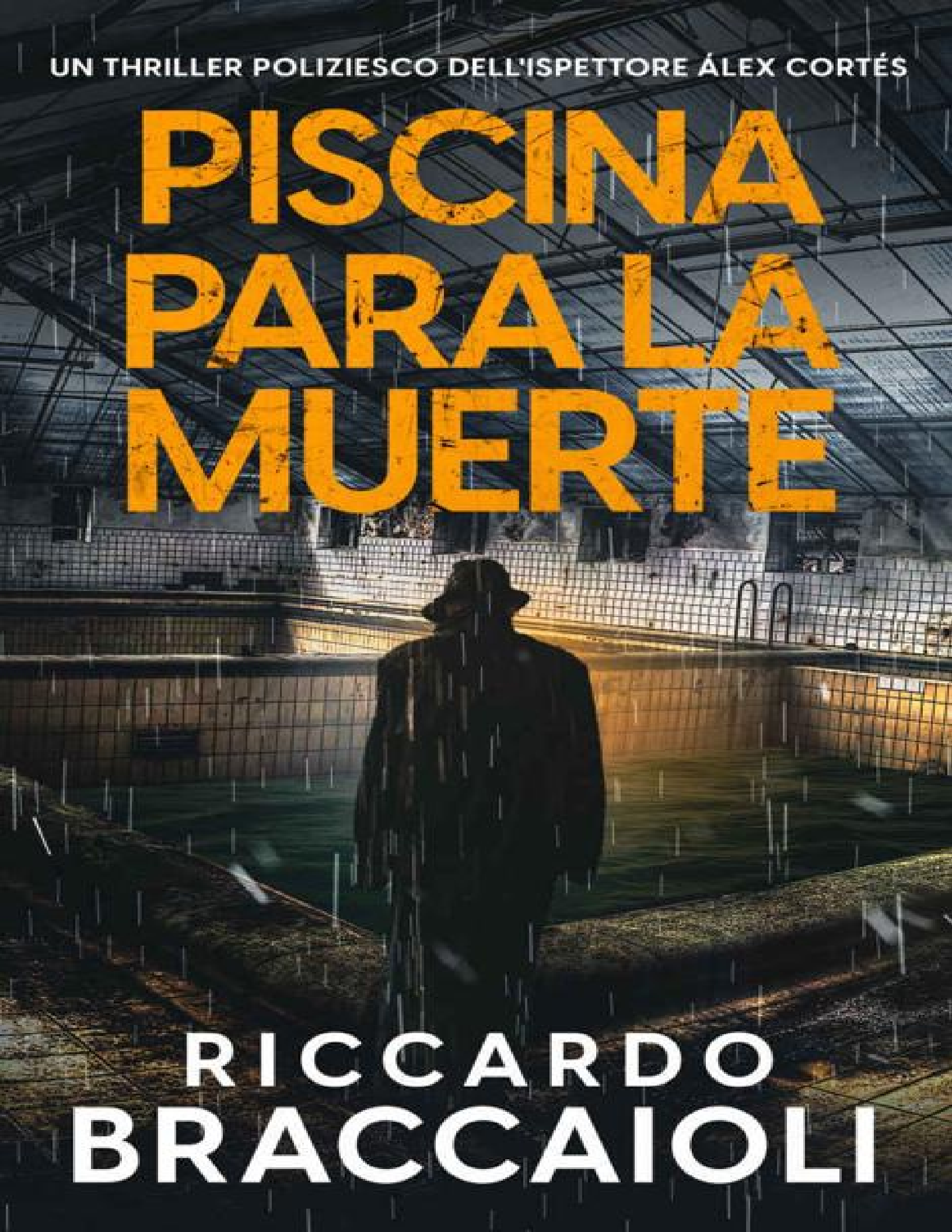
UN THRILLER POLIZIESCO DELL'ISPETTORE ÁLEX CORTÉS

PISCINA PARA LA MUERTE



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Piscina para la muerte

Un thriller policíaco del inspector

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



…a los paseos con Eva,
donde nacen muchas de nuestras novelas.

“—Flotan —gruñó la cosa—, flotan, Georgie. Y cuando estés aquí abajo, conmigo, tú también flotarás.”

It, 1986, Stephen King,

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“★★★★★ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“★★★★★ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“★★★★★ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

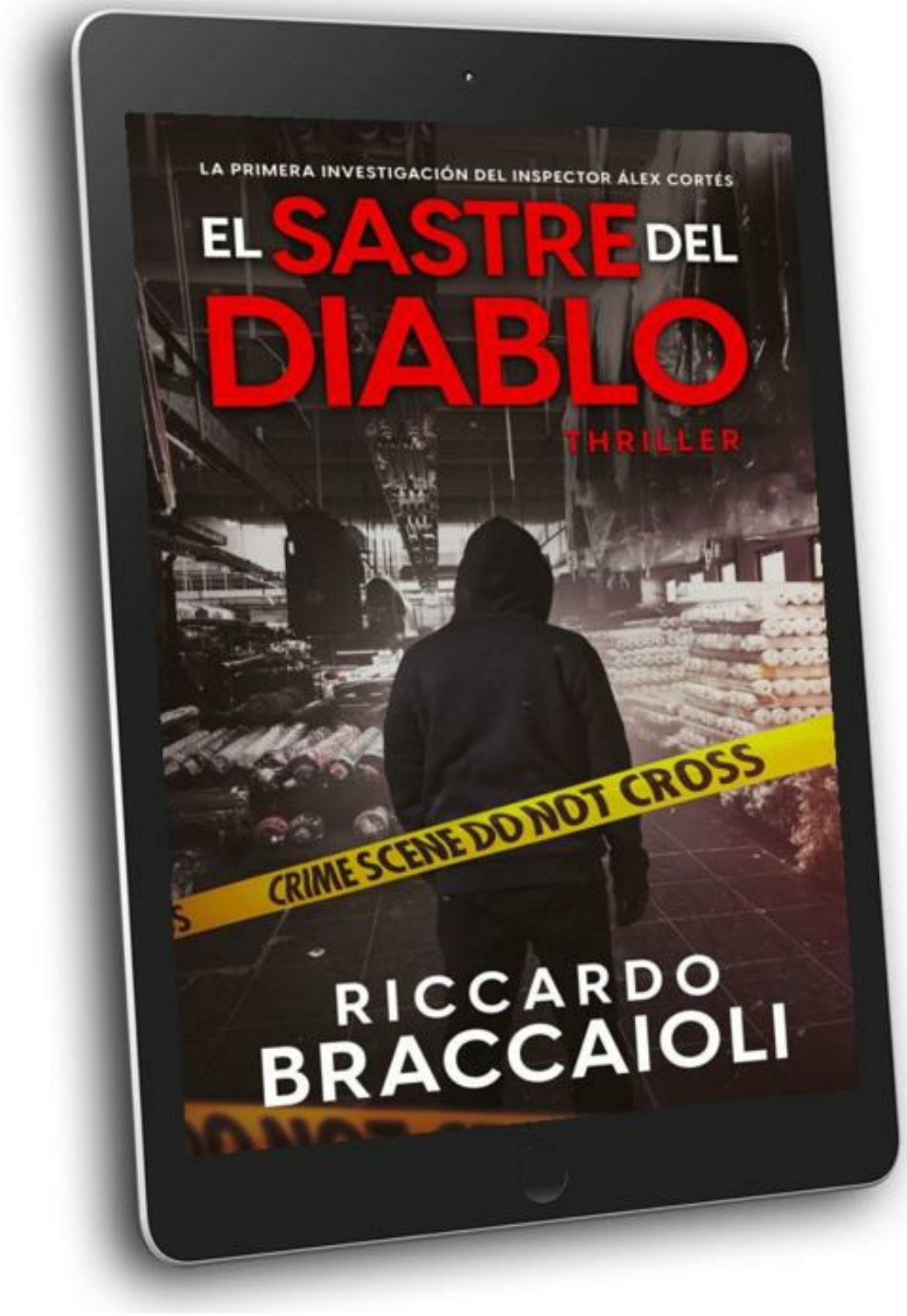
“★★★★★ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“★★★★★ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“★★★★★ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“★★★★★ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Antes de **Piscina para la muerte**, hubo



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

El Secreto del Pantano

Vivo Porque Mato

A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense

El Forense

Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia

Gambito de Rey

BIBLIOGRAFÍA

SERIE ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO
9. VIVO PORQUE MATO
10. A REY MUERTO, REY PUESTO

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

kindle unlimited amazon

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS
3. SPAGHETTI, ALBÓNDIGAS Y VENDETTA.
4. UN FUNERAL EN ROMA

+ CONSPIRACIÓN EN ROMA (CUENTO DE NAVIDAD)

SERIE EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN
3. UN MUNDO DE SOMBRAS
4. LAS MARCAS DEL PASADO

+ ASESINATO EN LA ACADEMIA

RICCARDO BRUSIONI

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

El dolor era intenso, cada día más.

Núria, la chica de la rehabilitación, le apretaba las piernas y le estiraba los músculos. Sin ese dolor, no habría vuelto a caminar y volver a la vida normal. Los días en hospital eran contados ya, estaba a punto de salir y apropiarse de su vida.

Álex tenía ganas de tener una vida normal, de superar el disparo que Clara le había arrojado y, en consecuencia, cambiado.

Karla era una incógnita en su vida, su corazón le decía que tenían que darse una oportunidad más. Una vida nueva juntos. Pero… ¿cómo? ¿Dónde?

¿Karla volvería con él?

Y, lo más importante, ¿sería el mismo policía después de lo que le había pasado?

Todas esas preguntas le venían cuando estaba bajo presión de la fisioterapeuta.

Esa mañana, mientras le estaba haciendo caminar, entró el juez Vila.

—Me alegro de verlo en pie, sargento —dijo el juez.

—No sabe usted bien lo que duele esto —replicó Álex, caminando de una forma que parecía un autómata.

—¿Tiene un minuto? —preguntó el juez.

—¿Núria, nos concedes cinco minutos? —pidió Álex.

—Que sean tres, que tenemos mucho trabajo —afirmó con el dedo apuntándolo, y se fue sin mirar al juez.

Una vez que cerró la puerta, el juez le dijo:

—¿Quiere sentarse?

—No, prefiero de pie, ¿qué ha pasado?

—Venía a darle las gracias. Sin usted, no habría podido encarcelar al asesino de mi sobrino.

—¿Yo? Yo estuve en la cama. Lo hicieron todo Karla y Ana.

—No sea modesto, usted las ha coordinado. En tres días, lo han resuelto, cosa que el otro equipo de investigación no fue capaz de hacer; no dieron palo al agua en muchos días.

—Bueno, digamos que fue una cuestión de suerte —insistió Álex.

—No hace falta que me convenza, no soy juez por nada. Pero sin vosotros, no habría sido posible. Gracias —afirmó, y le estrechó la mano—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No, nada, gracias. Ha sido un placer conocerle —mintió con descaro, ya que en su interior pensaba otra cosa—. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima, Álex Cortés. Si necesita algo, sabe dónde encontrarme —confirmó.

—Espere, ya que lo dice, necesitaría dos cosas.

El juez Vila se detuvo, ya a punto de marcharse, y se acercó de nuevo, arrugando las cejas.

—Dígame.

—¿Conoce los Pachi-Chachi?

—¿Debería?

—No, la verdad es que no. Es un grupo de música que toca esta noche en el Palau Sant Jordi. Al informático que consiguió encontrar la imagen de Prats, le gustaría ir a verlo. ¿Sería posible que se consiguieran dos entradas? ¿Aunque fueran en el peor puesto o en el guardarropa?

El juez sonrió.

—Miraré lo que puedo hacer. ¿Y la segunda?

—Mi hermana. Va a escribir un libro sobre su historia, necesitaría su visto bueno.

—Está bien, mándeme un borrador y le echaré un vistazo. No le prometo nada —claudicó con las manos levantadas.

—Y una entrevista para el libro —añadió, espontáneo, y se dio cuenta de que era demasiado pedir eso, pero ya lo había hecho.

—Me voy sargento, esto se está desvirtuando —indicó, y se marchó sin más.

Álex sonrió y se sentó en la cama. El cansancio aún le podía. Pero hacía poco ni siquiera soñaba con levantarse de la cama.

Sintió la misma paz que tienen los justicieros o los *cowboys* cuando se acaba una película americana: con la tranquilidad de haber puesto de nuevo orden en la ciudad.

La pregunta que ya le surgía, y lo había atormentado sin dejar que del todo pudiera saborear el logro, era: ¿hasta cuándo?

¿Hasta cuándo no tendremos otro asesinato?

1

Era una noche de chicas.

La idea la había tenido la forense cuando conoció a Ana Cortés.

Había propuesto ir una noche a cenar las tres: Ana Cortés, Karla Ramírez y ella, Alba Guevara.

Una noche de chicas y de diversión.

Habían tardado un par de meses en sincronizar agendas para cenar las tres juntas.

Habían elegido un restaurante a las afueras, en una urbanización alejada, porque decían que en ese local hacían las pizzas muy buenas.

Italianos auténticos, como los que ya no hay, le habían dicho a Karla. Así que fueron a la pizzería perdida por las colinas de los alrededores de la ciudad.

Un plan diferente en un lugar distinto. No el típico restaurante bonito y elegante o una franquicia cara. No, algo diferente. Un local reciclado de decenas de otros restaurantes cerrados. Una pared blanca, otra roja y otra verde. Hortera, auténtico, horrible, bajo ciertos puntos de vista.

—Mucho aceite picante para la señorita. Claro —dijo el camarero con un marcadísimo acento italiano.

De aspecto del sur, pelo largo, bronceado y con la camiseta una talla menos de la que tocaba. Gesticulaba y hacía un espectáculo cuando hablaba o servía en las mesas.

—Este tío está buenísimo —comentó Alba mientras se desabrochaba un botón de la camisa —. A ver qué hace ese chico con esto.

Debajo de la camisa negra, se atisbaba un sujetador rojo fuego, como su carácter.

Las otras dos mujeres rieron.

—¿Qué pretendes hacer? Estás casada —rio Karla.

—Ya lo sé, pero ese muermo nunca me toca. Y necesito… —comentó con pasión— a un italiano en mi vida que me vuelva a encender y que me dé un par de repasadas a mis tuercas.

El camarero la iba mirando y riendo a cada cruce de miradas.

—Ya te dije que sería muy guay una cena las tres —dijo Karla.

—Esto me parece más un *tupper sex* que una cena —replicó Ana.

—¿Qué diablos es un *tupper sex?* —preguntó Alba.

—¿Nunca has estado en ninguno? —exclamó Ana, dándose cuenta de que era una pregunta retórica—. ¡Tenemos que hacer un día entre nosotras! Mira, es una reunión de amigas, pero en lugar de hablar de recetas o chismorreos, te presentan juguetes y productos sexuales… ¡Ya me entiendes! Viene una experta, te lo explica todo, te ríes un rato y, al final, si te interesa algo, lo compras. Es divertido y aprendes cosas que no sabías que necesitabas.

—Ya que lo dices, tengo una amiga que hace eso del *tupper sex* y es fenomenal. Lo hicimos con amigas y nos meamos de risa —dijo, y luego rectificó—. Bueno, nos encendimos tanto que tuvimos que volver a casa a… ya sabes.

Las tres volvieron a reír.

—¿Y tú, al final qué vas a hacer con Álex? —preguntó Alba a Karla.

La mujer se puso colorada. El camarero llevó la botella del aceite picante y la forense lo miró intensamente y sacando pecho, nada disimulada. Él hizo como que no veía y regresó a la barra aireándose. Luego, señaló a la mujer desde allí, hablando con el pizzero. Rieron, y lo vio solo Karla, que los tenía de cara.

La forense vertió el aceite picante en la *pizza* con osadía, sin haberlo probado. La *pizza*, de un tamaño desproporcionado, era de masa fina y para dos personas. Cuando la mujer le dijo que eso era enorme, el chico transalpino le hizo un gesto con los dedos, en forma de piña, y le dijo que eso era la *pizza* auténtica, el resto eran tonterías. Eso a ella la derritió y encendió al mismo tiempo.

—No lo sé, veremos —dijo Karla—. Han pasado demasiadas cosas en pocos días como para poder tomar decisiones.

—Ana, ¿tú qué opinas?

—Yo creo que tienen que ser felices, juntos o separados…

—Ana, venga, mójate. No nos sueltes una respuesta de psicólogo criminalista.

Ella sonrió. Acabó de tragar el bocado y miró a las dos compañeras.

—Yo creo que están hechos para vivir juntos. Son una pareja perfecta, solo que, bueno, las circunstancias no han sido las más apropiadas —soltó.

—Bueno, pues por la felicidad de Álex y de Karla —propuso la forense con un tono casi amargo mientras levantaba la copa de vino.

Las otras la imitaron, las copas se tocaron y luego bebieron.

—Este lambrusco está como el camarero: de vicio —dijo la forense.

—Alba, yo creo que tienes un plan secreto y es emborracharnos.

—No, qué va. Una noche de chicas hay que celebrarla por todo lo alto. Mañana será otro día… —comentó, y la lengua ya empezaba a fallar.

Después de comerse la *pizza*, pidieron unos tiramisú y abandonaron el restaurante italiano. Cuando ya estaban en el aparcamiento, Alba hizo como si se hubiera dejado dentro algo y regresó. De forma poco disimulada, le dio una nota con su teléfono personal al camarero. Le hizo un guiño y salió.

Las otras dos mujeres hicieron como si nada.

Caminaron hacia los coches, que estaban aparcados en un aparcamiento de tierra.

—Bueno, chicas, ¿repetimos esta noche? —preguntó Alba—. Me ha gustado esta *pizza*, podemos venir incluso aquí la próxima vez.

—A ti no te ha gustado la *pizza*, sino el camarero —dijo Karla, y luego, con Ana, se rio.

—Bueno, digamos que el servicio es importante y aquí es muy bueno. Excelente elección.

—Chicas, yo no tenía que haber comido postres. Tengo la barriga llena e hinchada. Si me voy a dormir ahora, se me quedará la digestión a medias —dijo Karla—. ¿Me acompañáis a caminar un poco?

—¿Aquí? —preguntó Alba, mirando a su alrededor.

—Nada, Alba, aunque sean dos pasos.

—Vale, venga, vamos —dijo Ana, mirando a Alba.

Las tres volvieron a cerrar los coches y comenzaron a caminar hacia la misma carretera por la que habían venido, es decir, la única iluminada de la urbanización.

La zona era silenciosa y oscura. Las casas que estaban en los laterales eran la mayoría de segunda residencia o bien humildes. No había ni un coche por la zona.

—Muchas gracias. No estoy acostumbrada a comer tanto —dijo Karla.

—No te preocupes, te entiendo, nos vendrá bien digerir el lambrusco y el tiramisú —coincidió Ana.

—No es por ser un poco aguafiestas, pero ¿sois conscientes de que, si alguien aparece y nos hace algo, nadie sabe dónde estamos? Y aunque gritemos, no creo que haya muchas personas que nos puedan rescatar —comentó con un tono algo asustado.

—En eso estoy de acuerdo con Alba. Sería mejor volver lo antes posible —confirmó Ana.

—Aunque, si lo pienso bien, si aparece un hombre guapo, que me rapte primero a mí… —bromeó Alba.

Al decir eso, Karla se detuvo. Miró hacia la izquierda, donde había un edificio que parecía abandonado. La oscuridad envolvía a toda la estructura, que parecía a medio hacer.

—¿Lo habéis oído?

—No hagas bromas, Karla —regañó Ana.

Karla se acercó a la reja. Al otro lado, un matorral anticipaba una estructura de hormigón similar a una estación de autobuses. Altas columnas cubiertas por placas de hormigón apoyadas. Una higuera y un agujero enorme.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Karla.

Intentó agudizar la vista y se quedó de piedra.

—Ostras, ¿lo habéis visto? —volvió a decir, pero esta vez en voz baja.

—Karla, si quieres asustarnos, lo estás consiguiendo. No es el lugar para hacer bromas, joder —dijo Alba, ya seria.

—He visto a alguien. ¿Quién narices viene a este sitio de noche y encapuchado? —murmuró, y siguió el perímetro del terreno vallado hasta la entrada.

En la precaria puerta, típica de una obra a medio hacer, había un cartel: «Piscina Municipal. Fecha de inauguración: 2012».

Karla, sin esperar a que las demás la ayudaran, comenzó a trepar por la reja y saltó al otro lado, aterrizando entre arbustos secos.

—¿Te has vuelto loca, Karla? ¡Vuelve aquí! —la llamó Ana.

—Dejadme echar un vistazo —pidió Karla al mismo tiempo que sacaba de la funda la pistola.

Luego, encendió la linterna del móvil y se hizo paso entre la maleza.

—Ahora vengo —susurró casi sin que las compañeras pudieran escucharla.

—Suerte que no había digerido —refunfuñó la forense.

Caminó apartando ramas y evitando zarzas. El terreno estaba lleno de ruinas y hierros que sobresalían, resultado de una obra abandonada y peligrosísima.

Su corazón empezó a latir más fuerte, no por la digestión pesada, sino por el miedo.

¿Qué hacía un hombre en ese lugar con una capucha?

Karla tuvo un presentimiento, una sensación, un temor.

Cuando llegó a la boca del agujero, vio cómo unos andamios impedían ver a través. Así que siguió el perímetro, entre columnas de hormigón que sujetaban un techo que daba la sensación de que podía caer en cualquier momento.

Dio la vuelta al otro lateral del edificio y miró hacia dentro, hacia el agujero, hacia el abismo. Ese era el lugar donde había visto al encapuchado irse.

Se giró, miró si podía seguir allí. La maleza cubría la zanja. Podía estar detrás de los arbustos. Mirándola. Sintiéndola. A punto de saltarle encima.

No le gustó lo que estaba sintiendo en ese lugar, no era miedo, era terror, era olor a putrefacción.

Se giró e iluminó el fondo de lo que tenía que ser una piscina. Entre las aguas oscuras, apareció una alfombra enrollada. De la parte superior, salía una mata de pelo y quizá una mano. No tuvo dudas, era un cadáver. Tenía que avisar para que llegaran refuerzos, a lo mejor estaban a tiempo de detener a ese hombre encapuchado. Tenía que irse, estar allí era demasiado peligroso.

Entonces, cuando decidió irse, escuchó una rama romperse detrás de ella.

A Karla se le congeló la sangre.

Alguien estaba detrás de ella.

2

Condujo por casi tres horas.

Tenía puesta música clásica. Esa noche en la radio retransmitían un especial sobre Schubert. Una melodía tras otra.

La furgoneta atravesó un amplio descampado en pleno Pirineos. Siguió por el camino de tierra hasta que este se cortó. Cuando las ruedas comenzaron a perder tracción sobre la nieve mezclada con barro, se detuvo.

Se puso el abrigo y cogió los guantes. Encendió la linterna y bajó del vehículo.

Al bajar, respiró el ambiente. Había humedad y un frío que se clavaba en los pulmones como cuchillas.

Dio la vuelta a la furgoneta.

Abrió la puerta y despertó a su víctima.

Se había dormido en el suelo. Estaba titiritando.

Juan Medina lo miraba con la misma expresión que sus decenas de víctimas anteriores.

Napoleón lo observó con pasión por lo que hacía. Le gustaba arrebatar la vida a las personas inocentes, aunque para él, Juan Medina, el único que no le votó en el consejo de administración como director, no era tan inocente.

Lo que más le gustaba y le provocaba un placer extremo era ser testigo del segundo de vida justo antes de que se apagara para siempre.

Ya estaba disfrutando ese momento.

Hacía mucho que no lo hacía.

Esa doble vida, que actualmente era su secreto, era su segunda oportunidad. Como un amante que de manera furtiva visita a la querida, Napoleón coqueteaba con la muerte. Cada día menos.

Cogió por el cuello a Juan y lo tiró al suelo en medio de la nieve.

Llevaba todo el camino pensando cómo matarlo.

Un disparo.

Una piedra en la cabeza.

Con el gato de repuesto y decenas de maneras más de hacerlo.

Pero, a pesar de estar en el culo del mundo, toda precaución era poca.

Se acercó y colocó sus manos protegidas con guantes en el cuello del hombre.

Apretó todo lo que pudo hasta que el cuerpo dejó de tener fuerza y la cabeza cayó hacia atrás.

Disfrutó una vez más con la muerte. No había sido una de las mejores, como uno recuerda los orgasmos más memorables; Napoleón recordaría esa muerte como una más.

Cogió la pala de la furgoneta y comenzó a cavar un agujero lo bastante hondo como para que cupiera Juan.

Lo desnudó para que la putrefacción fuera más rápida. Luego, lo colocó en el foso.

Guardó la ropa en una bolsa de basura.

Y, mientras echaba tierra encima del cuerpo, pensó que sus facultades no habían mermado del todo. Se sintió orgulloso.

Una vez recubierto, caminó un rato por encima y pasó con la rueda de la furgoneta varias veces para compactar la tierra y que desapareciera el bulto del cuerpo.

Cuando consideró que había acabado, tiró encima rastrojos y hojas.

Sacó el móvil e hizo una anónima y aparentemente insignificante foto del lugar del cementerio improvisado.

Subió al vehículo y retrocedió hasta la primera carretera asfaltada para dar la vuelta. Recorrió unos kilómetros y se volvió a detener.

Cogió la bolsa de la ropa de Juan y vertió gasolina. Esperó a que todo se convirtiera en polvo. De noche, un pequeño fuego no llamaría a nadie la atención, ya que el humo no se ve en la oscuridad.

Continuó un rato más en dirección Barcelona. Y realizó la última parada. Se acercó a la orilla del río caudaloso que bajaba al mar. Cogió las llaves del coche de Juan Medina y su cartera y las tiró al fondo del río, confiando en que nadie descubriera lo que había hecho esa noche.

Mientras tiraba la última pieza del puzle al río, pensó: «Nadie juega con Néstor Luna».

3

Karla no se había equivocado.

Un segundo ruido le llegó por detrás.

El mismo tipo encapuchado que había visto dentro de la parcela vallada estaba detrás de ella.

Mil pensamientos le pasaron por la cabeza.

Darse la vuelta y enfocarlo.

Sacar la pistola rápidamente.

Intentar huir entre la maleza y volver con sus compañeras.

Se había metido en un buen lío ella sola.

Comenzó a sentir una presión inexplicable en los hombros, como cuando su padre la regañaba al volver del cole porque había pegado a algún compañero que le hacía *bullying* o la insultaba.

Miedo, mucho miedo, y, como una onda expansiva, la alcanzó y la invadió por completo.

—¡Karla! —gritó Ana desde la calle.

El primer instinto fue gritar auxilio. Sin embargo, si lo hubiese hecho, habría involucrado en esa situación también a sus compañeras.

No respondió. Pero no supo determinar si lo había hecho por altruismo o por miedo.

Al fondo, escuchaba a sus amigas hablar, pero no conseguía saber qué decían, ya que, entrelazado con sus voces, distinguió un ruido que no supo determinar. Era alternado, cadencioso. Como un ruido de fondo molesto que no sabes de dónde viene. Como el zumbido de una nevera.

Tragó saliva.

Sus ojos escaneaban lo que tenía delante, y sus oídos, lo que tenía detrás.

Un agujero, la alfombra, escombros dentro del agujero y agua.

Luego, el ruido de fondo se detuvo y de repente entendió qué era.

Hubo una tos, ahogada, silenciosa, oscura.

Que interrumpió la respiración del encapuchado.

Los murciélagos emiten unas ondas sonoras para detectar los insectos mientras vuelan. Un sonar proporcionado por la madre naturaleza para poder ver.

Ese golpe de tos provocó el mismo efecto en Karla.

Entendió que estaba a menos de un metro de ella.

Hombre.

Más alto que ella.

Voz ronca.

Dedujo que tenía que ser fuerte para llevar hasta allí lo que parecía un cadáver.

Pero lo peor fue cuando pensó: «¿Qué está haciendo? ¿Qué espera?».

La respuesta no llegaba, pero no podía quedarse así, sin hacer nada.

Intentó darse la vuelta despacio. En la mano tenía aún el móvil, que iluminaba el entorno.

Había dado casi media vuelta con la cabeza cuando el hombre tomó la peor de las decisiones: dar un paso adelante.

Sus manos la agarraron.

Se sintió atrapada por el miedo y por las manos de ese hombre.

Sintió que la muerte, como un rayo, le atravesaba el cuerpo.

La presión que las grandes manos ejercieron en sus brazos neutralizó toda opción de reaccionar.

Su cabeza oscura y perversa se acercó a su oreja.

La respiración del encapuchado era cada vez más fuerte. La tenía en la oreja, justo detrás.

La cadencia era más intensa, como si estuviera emocionado por lo que estaba haciendo o, como se imaginaba, por lo que había hecho.

El aire entraba y salía de la boca del agresor.

Tan fuerte era su respiración que la suya propia había desaparecido.

—Hola —dijo el hombre con voz ronca, y siguió—, Karla.

Un hormigueo se extendió a la misma velocidad que una conexión nerviosa transporta una señal eléctrica.

Pero no pudo hacer mucho más, porque llegó lo que más se temía. Una fuerza que no pudo contrarrestar la empujó al agujero negro.

4

La fuerza del hombre la hizo volar hacia el agujero.

Soltó el móvil y su luz se perdió.

Caer a un vacío oscuro es la peor sensación, la de no saber dónde ni cuándo se aterriza.

Fue una sensación tan terrorífica como caer en los brazos de Néstor Luna.

De su boca salió un grito ahogado. Una bengala vocal. Un auxilio que determinaría su posición y lo que le estaba sucediendo.

—¡Socorrooo! —gritó, y aterrizó en la oscuridad.

Alba y Karla estaban discutiendo si entrar o no.

Consideraban que era una broma, una prueba para ver si la seguían. Algo así como «a ver si me queréis lo suficiente como para venir a salvarme».

Pero, al no volver, el miedo caló en su conversación.

La llamaron para que regresara, que una broma era pesada cuando se alargaba.

Pero no contestó.

Luego, llegó el grito y se asustaron. Las dos mujeres se miraron a la cara con pavor, serias. El lambrusco y las risas se disiparon al instante.

Eso no había sonado a broma, ni mucho menos.

Pasaron pocos segundos antes de que las mujeres se atrevieran a hablar.

El grito y esa palabra alargada por el miedo contenían mucha información.

La voz de Karla se percibió asustada y desapareció en la lejanía.

Aquello no era una broma.

—¿Karla? —gritó Ana mientras con la mano empujaba la reja, la cual no tenía intención de abrirse—. ¡Maldita sea!

—Escúchame —dijo Alba a Ana—. Pide refuerzos, yo entraré.

La psicóloga asintió.

La forense guardó el móvil en un bolsillo de sus tejanos ajustados y dejó en el suelo el bolso que llevaba. Respiró hondo y trepó la zanja metálica medio oxidada.

—Maldita sea, a quién se le ha ocurrido que me pusiera tacones esta noche —refunfuñó Alba, maldiciendo la idea de ir a cenar vestida de esa forma.

Ana Cortés sacó su móvil y llamó al número de emergencias.

Cuando tuvo línea, la forense ya estaba al otro lado de la valla. Encendió la linterna del móvil y caminó de forma patosa entre ruinas, arbustos y otros obstáculos que invadían el recinto

abandonado.

—Karla, aguanta, ya voy —gritó la mujer.

Al fondo se escuchaba una voz que la guiaba hacia donde estaba Karla.

—No. No vengas. Hay un asesino por aquí. Me ha empujado a un pozo. ¡Vete!

Alba se detuvo. Su sangre se heló. La voz de la compañera parecía venir del abismo oscuro que cortaba el suelo y que, como una cortina, le impedía ver dónde estaba.

Se giró con la linterna, abducida de repente por el miedo. La idea de que hubiera un asesino o por lo menos un agresor por la zona la detuvo.

No era lo mismo investigar cadáveres en su fría e inocua mesa de la morgue, que estar allí.

Esa incertidumbre la paralizó.

Su respiración se disparó, igual que su corazón.

La misión de auxilio y de rescate se convirtió al instante en una misión suicida.

Su vida contra la de su amiga.

El instinto de supervivencia recreó en su mente miles de escenarios posibles, y todos le decían que huyera.

Corre, escapa, sálvate, huye, piensa en ti.

Pero, a pesar de estar aterrorizada, siguió avanzando.

Encontró valor donde ya no pensaba que tenía.

Si Karla había terminado allí, podía acabar ella también, pero era policía.

Levantó la linterna que había bajado involuntariamente cuando la invadió el miedo.

Siguió avanzando como pudo.

El haz de luz marcaba un rectángulo de oscuridad, una obra a medio terminar fruto de la burbuja inmobiliaria.

Un ruido a un lado apareció de repente.

Se giró iluminando la maleza.

No había nada.

Su respiración se detuvo.

La reanudó, controlando los instintos.

Faltaba un paso más y llegaría al borde de la piscina.

—¡Karla! —gritó.

Su voz distorsionada retumbó en la estructura, en un esqueleto de hormigón que se levantaba como una catedral en medio del desierto.

—Vete. Tiene que estar por ahí. Pide ayuda —dijo Karla con la voz entrecortada.

Pero Alba ya había decidido llegar hasta el final en esa situación, no dejaría allí a su amiga. Un paso más y vería cómo estaba.

La precaria luz que emitía su teléfono profanó ese lugar e iluminó el agujero.

Una línea de luz y esperanza fue subiendo.

Un líquido oscuro cubría el fondo de la piscina, sin dar idea de la profundidad que había. Unos hierros sobresalían del fondo y montañas de escombros, en los laterales.

Cuanto más levantaba la linterna, más terrorífico era el lugar.

El haz de luz iluminó a la amiga.

Estaba tumbada en una plancha de hormigón que quedaba pocos centímetros por encima del agua. Se contorsionaba de dolor.

—¡Karla! —gritó con un tono de sorpresa y victoria—. ¿Estás bien?

—Vete. Hay un hombre por aquí. ¡Vete!

Ella no pensaba irse.

Levantó la linterna y miró a su alrededor.

No había nadie, o eso creía. Suspiró hondo y recopiló todo el valor que le quedaba para seguir caminando.

Bordeó la piscina.

Levantaba la linterna cada pocos pasos para comprobar si había alguien. Se había olvidado de sus tacones de devoradora de hombres, pero llevarlos todo el día la ayudó a seguir caminando por ese terreno irregular.

Llegó hasta el punto en el que había caído Karla.

Karla se sujetaba la pierna como si se la hubiese roto.

—¿Cómo estás? ¿Qué te pasa? —gritó Alba.

—¡Cuidado, puede estar por aquí! —advirtió Karla.

Y, al recordárselo, se giró de repente. Solo había maleza. El encapuchado que la había empujado había desaparecido.

—¡Ana, la he encontrado! —gritó.

No hubo respuesta enseguida.

Se giró y miró a la compañera.

—¿Estás bien, Karla?

—He caído mal, me duele la pierna —confirmó en un tono dolorido.

Entonces, Alba respiró a pesar del olor a truenos y a putrefacción que salía de la poza.

La cena de chicas se transformó y denigró en otra cosa, y no fue por el vino. El exceso de Lambrusco, por lo menos esa noche, no había tenido la culpa.

5

Alba esperó a los refuerzos sentada.

Se quitó los zapatos de tacón y se sentó en el borde de la piscina, como si estuviera en una urbanización de vacaciones, charlando con una amiga y con un cóctel en la mano.

Consideró que el hombre encapuchado no volvería.

A los pocos minutos, apareció una patrulla de la guardia urbana. Entraron y llegaron al punto donde había caído la *mosso d'esquadra*.

No traían material para rescatarla, así que, además de una ambulancia, llamaron a los bomberos.

Pero lo que sí tenían en el maletero era una linterna y cuando iluminaron el agujero, se pudo ver perfectamente en lo que ese lugar se había convertido.

Karla no pudo ver las primeras imágenes, pero Alba sí.

El pozo era una piscina olímpica a medio construir.

Cúmulos de escombros sobresalían del agua. Objetos de todo tipo flotaban sobre el líquido negro.

En el centro, a medio hundirse, una alfombra enrollada. Por la parte superior, se veían unos cabellos largos. Parecían rubios. Una mujer.

Alba se estremeció. Karla, a pesar de estar malherida en esa superficie inaccesible, había encontrado un cementerio.

No daba crédito a lo que veía.

Alba no estaba acostumbrada a presenciar escenas del delito, ya que ella accedía cuando toda la maquinaria de la justicia ya se había desplegado.

—Alba —dijo la psicóloga, que pudo entrar—, ¿cómo estás? —preguntó, y enseguida miró a la amiga y le gritó—. ¿Karla, estás bien?

La *mosso* sonrió y levantó el puño.

—¿Puedo hacer algo por ti, Karla? —preguntó desde el borde.

—Sí —respondió Karla, sorprendiéndolas.

—¿Qué?

—Te iba a pedir un frankfurt de La Creu Coberta, con queso y mucha cebolla. Pero creo que prefiero unas sales de fruta. El tiramisú me sobraba —contestó.

Ana y Alba se miraron perplejas. Los agentes de la policía no lo entendieron y la miraron mal.

—Procura subir y te doy las sales de fruta, anda —respondió Ana.

Alba apuntó el haz de luz de la linterna hacia la alfombra.

—Mira allí, Ana. Karla tenía razón, allí hay un cadáver —dijo la forense.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué diablos es eso? —espetó Ana.

Cuando llegaron los bomberos, bajaron una escalera y accedieron a la plataforma de hormigón. Subieron a la *mosso d'esquadra* y la llevaron a la ambulancia, que ya había llegado.

En pocos minutos, ese lugar abandonado por el tiempo y con destino nefasto estaba recibiendo más atenciones que en el resto de su corta y desolada vida.

Bomberos, ambulancia, Guardia Urbana y Mossos d'Esquadra.

Todos acudieron al auxilio de Karla y a recuperar el cadáver.

Cuando Karla se sentó en la camilla, por fin se sintió a salvo.

—Gracias —dijo a las dos mujeres.

Alba le hizo un ademán.

—¿Qué hubieras hecho tú, dejarnos allí?

Karla sonrió.

—¿Te duele? —preguntó Ana.

—Bueno, he estado mejor.

—¿Está rota? —preguntó Ana al enfermero.

—Creemos que no. Nos la llevamos al hospital para hacer unas radiografías y comprobar que todo esté bien. Parece que no, pero el vuelo fue alto, así que… mejor comprobarlo.

—Claro —respondió Ana.

—Ya nos vas diciendo, ¿quieres? —dijo Alba.

Karla levantó las manos.

—Estoy sin móvil.

Alba recordó que el dispositivo se había perdido en el fondo de la piscina.

—Nos vamos —dijo el enfermero, y cerró las puertas de la ambulancia.

Cuando desapareció con las luces encendidas, las dos miraron la estructura iluminada.

—Es curioso, ¿sabes? —comentó Alba.

—¿El qué?

—Si no hubiésemos ido a cenar a ese restaurante, no habríamos encontrado ese cadáver.

—Ya, es verdad —confirmó Ana—. Buena elección.

Alba se giró con una expresión perpleja.

—Lo dices por el camarero, ¿verdad? Por ese macizo italiano —confirmó la forense.

—Ese chico te comía con los ojos.

—¿Y quieres saber lo mejor? —preguntó Alba.

—A ver… —dijo Ana con un tono que delataba una cierta curiosidad.

Alba sacó el móvil del pantalón y lo desbloqueó.

—Mira —dijo, enseñando un mensaje, y lo leyó con un forzado acento italiano imitando la voz del camarero—. Soy Carmelo, encantado de haberte conocido. ¿Te apetece una copa otra noche?

Alba levantó las cejas.

—Yo no sé cómo lo haces.

—Fácil —dijo, ajustándose las tetas hacia arriba—. Es cuestión de probabilidades. Cuantas más veces intentas ligar, más resultados obtendrás. Es una cuestión empírica.

Ana mostró una expresión que iba a decir algo como «eso no va conmigo».

Se quedaron calladas, mirando la estructura invadida por los servicios de emergencia, que estaban empezando a trabajar.

Poco después regresaron al aparcamiento del restaurante. Alba acompañó a Ana a su casa antes de regresar a la suya.

Esa noche que empezó de fiesta se tiñó de muerte.

Pero el fondo de esa agua putrefacta guardaba más secretos que serían desvelados en breve.

6

Llevaba días soñando ese momento.

Napoleón por fin se había reservado una noche para él.

Desde que era director de la compañía Global Next S. A., su agenda se había saturado.

Una noche para él solo era una visión que contrastaba mucho con la vida que tenía antes.

Dio la noche libre a su chófer y cogió un taxi hasta las afueras de Barcelona. Le indicó el punto donde dejarlo.

—¿Seguro que quiere que lo deje aquí, señor? —preguntó el taxista, preocupado por su seguridad.

Napoleón le acercó un billete de veinte euros.

—Está perfecto. Quédate la vuelta —espetó, y salió del coche.

Cuando el taxi se alejó, se subió la solapa de la cazadora y se colocó la capucha.

Después de haber caminado unos pocos minutos, tomó la entrada del metro y volvió a salir justo después de una parada, la última de la línea.

Salió entre trabajadores que volvían a casa.

Su capucha y su anonimato lo protegían de las cámaras y de las personas que lo rodeaban.

En el vagón, se dio cuenta de que todos estaban más atentos a sus pantallas que a lo que podía pasar en el tren o de la persona que iba al lado. Era la ventaja para cuando se movía como un infiltrado entre la población.

Caminó unos diez minutos en dirección norte. En una calle dudó, pero no quería conectar el móvil; una vez en casa, él nunca habría pasado por allí. El director de una empresa cotizada en la bolsa española no debía caminar solo por un polígono industrial del extrarradio de Barcelona. A pesar de que la ropa era desgastada y comprada de segunda mano en una aplicación *online* para no llamar la atención, las precauciones nunca eran demasiadas.

Se detuvo delante del edificio. Se puso guantes de látex e introdujo la llave para abrir la puerta de acceso. El viejo edificio lleno de boxes alquilados olía a cerrado y a moho. Parecía que la gente cada vez usaba menos esos trasteros.

Siguió por el pasillo y dio la vuelta hasta posicionarse delante de uno en concreto. No era el suyo, pero respiró el aire que salía de las fisuras de la puerta. Ya no tenía el mismo olor, ya no olía al perfume de Mary. Se entristeció un poco. Le gustaba oler a sus viejas presas, pero había pasado demasiado tiempo como para que siguiera allí.

Recordó cuando metió en el congelador a Mary, perfectamente encajada. Pieza a pieza. Congelada como un artista del mal, como él se consideraba.

Víctor lo había ayudado a bajar el arcón de la furgoneta.

Pero él no había ido por eso, sino por otro trastero. Se dio la vuelta y enfrente estaba el suyo, el número 30.

Introdujo la llave y entró.

Se colocó tras la puerta y miró a través de la ranura. Vio a Álex tumbado en el suelo, llorando después de haber abierto el arcón. Había encontrado su regalo. Y lo mejor, él estaba enfrente, observándolo, disfrutando de la escena. Nunca se la habría perdido.

Sonrió como solo un psicópata sabe hacer.

Encendió la luz y se acercó a su congelador. Ya saboreaba el momento. Sus pantalones se abultaron rápidamente.

Miró los cajoncitos de metacrilato que guardaban sus tesoros y eligió uno.

Lo abrió y sacó su contenido.

Lo apoyó en la mesa. Lo miró con detenimiento.

—Hola, amiguita… —dijo con sarcasmo.

Luego, sacó de una pila de libros y revistas una entrevista que habían realizado a Ana Cortés.

La ojeó con ganas. La dejó abierta en la foto que más lo excitaba. Cogió su tesoro congelado y lo metió en el microondas; doce minutos y medio, en la posición descongelar.

Cuando el timbre del microondas sonó, abrió la compuerta y apareció la mano descongelada de Ana Cortés, la que le había amputado.

La tocó.

La grasa debajo de la piel estaba casi líquida, estaba perfecta. No se había acabado de descongelar del todo, los tendones, nervios y huesos seguían duros, manteniendo la estructura que le había conferido antes de congelarla la primera vez. La cogió y, mirando la foto, sintió la piel suave y sedosa de la mujer de la que seguía enamorado, la criminóloga.

Los dedos calientes de la mano, que solo se abrían lo justo para el diámetro del pene de Napoleón, le estaban dando un placer extremo.

Duró muy poco y eyaculó encima de una hoja de papel blanca. Cuando terminó, dejó su artilugio masturbador en la mesa y plegó la hoja de papel como si fuera un paquetito.

Jugueteó con la mano un par de veces más. Al final, exhausto, se sentó en una silla y se acarició el rostro con la misma mano, ya casi fría.

Jadeaba, pensando en su criminóloga preferida.

Se planteó por qué seguía sintiendo eso hacia Ana Cortés.

Sabía que no era amor, él no sentía nada de ese tipo. Pero sí atracción, morbo, fantasía.

Era la única con quien le había pasado.

Después de una hora más de estar en su cuarto oscuro de los recuerdos, lo cerró y regresó a la nueva vida que había construido muy hábilmente. Dejando detrás de esa puerta lo que más se parecía a la conciencia oscura y perversa de una persona que intentaba cambiar.

7

Esa mañana, Álex estaba haciendo estiramientos al lado de la ventana.

La habitación de hospital que le habían adjudicado era todo un lujo. No porque fuera una clínica privada, sino por las preciosas vistas.

Ver el mar por la ventana le recordaba a cuando vivía con Mary en la playa de la Barceloneta. Un lujo que abandonó cuando el erudito le dejó su preciosa casa en herencia.

Una biblioteca de la que no había tenido tiempo de leer ni un solo libro. Ojeados, muchos. Pero la mayoría eran tratados de física, historia, biografías. Todos libros escritos hacía muchos años, de estilo lento y descriptivo que hacía muy monótona la lectura.

Álex era un hombre de acción y de lectura rápida.

Cuando ya se había mudado a esa casa, un día encontró en el fondo de un armario una caja polvorienta, de esas recicladas de un traslado, y olvidada.

Dentro, unos libros que debían ser obscenos para un hombre tan culto como él. La caja estaba llena hasta arriba de libros de bolsillo. Literatura popular que difería mucho de lo que tenía Aarón en sus estanterías.

Como un adolescente con revistas sexis escondidas entre los jerséis para que nadie las encuentre.

Literatura de quiosco.

Eso debía ser su desahogo de tanta seriedad.

A pesar de ser libros que avergonzarían al erudito, a Álex le encantaban. Le recordaban a su abuelo, que se entretenía con esa literatura.

Curtis Gardlan, Marcial Lafuente Estefanía, Silver Kane, etc.

Autores desconocidos y con una productividad deslumbrante.

A él le gustaba eso, acción, romances, entretenimiento.

Desde que vivía en la mansión de los libros, así la llamaba él, había echado de menos ver el mar al despertar.

Estiró un lado y luego, el otro.

Una sesión de estiramientos antes del desayuno le iba fenomenal. Luego, movilidad con la fisio y el resto.

Le quedaban contados días en ese edificio. Ya estaba casi listo para volver de nuevo a la vida normal, para saltar al ruedo.

Echaba de menos sentir el miedo, la adrenalina de perseguir a un asesino, los cafés del Sirena, y Karla.

Cuando estiraba el lado de la herida, aún tiraban los puntos. La piel no había vuelto a recuperar la elasticidad de antes. Era normal, necesitaría muchos meses antes de que su cuerpo fuera el mismo. El disparo de esa malnacida se lo recordaría. Un orificio en su cuerpo y una rápida intervención que lo salvó de un final trágico y casi inevitable.

Los médicos habían hecho un gran trabajo.

Ahora le gustaba pasarse el dedo por la cicatriz. Le provocaba una sensación extraña, nueva. La marca irregular le recordaba esa escena. Cuando Clara, la novia de Néstor, le disparó en la casa alquilada por su expareja, Emily.

La periodista se había refugiado en Londres, escondida entre las faldas de los abogados del periódico.

En esos días de tantas horas libres para pensar, reflexionaba sobre la vida, sobre la muerte, sobre Néstor y la muerte de Clara. La mujer que le permitió salir de la cárcel de Quatre Camins y acabó en un cúmulo de cenizas. Una víctima más de ese psicópata y asesino en serie.

Tenía ganas de salir y reventarle los sesos.

Era una sensación ahogada que le costaba admitir. Era como un pensamiento privadísimo que solo se permitía sentir pocas veces al día por miedo a que lo dominase. Intentaba controlarlo antes de que fuera demasiado tarde y ese demonio lo dominase a él.

Su demonio se volvió a meter en un cajón escondido en su interior cuando llamaron a la puerta. Miró el reloj, no era aún la hora del desayuno.

¿Quién sería?

Afinó la vista y estiró el cuello.

Se tomó su tiempo.

Se giró hacia la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

Entonces, del otro lado se escuchó una voz masculina.

—Soy Ferrer.

—¡Váyase!

El jefe entró igualmente.

—¿Le molesto?

—Sí. Usted y yo tenemos una conversación pendiente.

—Lo sé, pero no va a ser hoy. Vengo por otra cosa. Un tema urgente e importante y que nos toca de cerca.

Álex no respondió, solo arrugó el ceño.

Iba de uniforme. Su expresión no era de las mejores. ¿Por qué venía? ¿Qué quería?

Sus zapatos estaban sucios, eso le llamó la atención. No era habitual en él. La suela no dejaba huella, pero la parte superior de los zapatos tenía una capa de polvo y gotas de barro.

Intuyó que no era una buena señal. Lo corroboraron sus primeras palabras.

—Siento molestar, ya sé que aún no tiene el alta —dijo con un tono ambiguo.

No supo distinguir si era porque estaba avergonzado o molesto por tener que ir a hablar con él. Ese hombre no solía empezar una conversación con el rabo entre las piernas ni con unas disculpas. No era el sello que lo distinguía. Si venía a hablarle así antes de tener el alta, Álex intuyó que algo no iba bien.

—Verá. Ayer Karla sufrió un accidente.

Esa última frase lo hizo abrir los ojos de par en par.

—¿Cómo? ¿Karla? No sabía nada —dijo, mirando el móvil.

—Siéntese, Karla está bien. Tengo que explicarle algo que no le gustará, pero necesito que lo escuche.

—¿Qué le ha pasado? ¡Dígame! —respondió, desquiciado.

—Ella está bien. Podía haber sido peor, mucho peor.

—¿Qué le ha pasado?

—Una simple caída.

El ceño de Álex y su rostro se entristecieron tanto que aparentó muchísimos años más.

—Le escucho.

El jefe suspiró y empezó a explicarle lo que habían encontrado en la piscina.

8

Álex no quiso sentarse a pesar de pedírselo expresamente su jefe.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la ventana.

El jefe también optó por no sentarse.

—¿Me hará esperar mucho más? —preguntó Álex.

El jefe suspiró.

—Karla ha caído unos tres metros.

—¿Tres metros? —repitió—. ¿Cómo ha pasado?

—La han empujado.

—¿Empujado? ¿Cómo? —exigió mientras se separaba de la ventana y descruzaba los brazos —. ¿Quién? ¿Quién ha empujado a Karla?

—No lo sabemos. Por eso vengo, pero, sobre todo, por otra cosa —dijo el jefe, y en ese momento tocaron a la puerta.

—¿Quién es?

El jefe se giró.

Abrió la puerta un hombre. Era joven y vestía con una parka negra, pelo corto y sonrisa de publicidad televisiva de pasta dentífrica.

—¡Ah, sí! Pasa, Iker.

—¿Iker?

Entró en la habitación y cerró la puerta detrás de él. Se acercó a Álex y le alargó la mano para estrechársela.

Álex se la miró y luego levantó los ojos para mirarlo fijamente.

—Cabo Iker Santamaría —dijo presentándose.

—Entró en la comisaría para sustituir a la cabo Ramírez, y creo que se quedará.

Álex siguió con las cejas enarcadas y sin estrecharle la mano. Su expresión era de enfadado. El día empezaba mal y ese chico no le gustaba. Nadie le gustaba ya, nadie que viniera recomendado por Ferrer; él, el primero.

—Será un honor trabajar con usted. Es una leyenda en el Cuerpo.

—¿Perdona? —preguntó Álex.

—Iker, le había dicho que primero se lo tenía que decir yo —ladró al subordinado.

—¿Cómo? ¿Trabajar juntos? ¿Qué tiene que ver con Karla? ¡Qué diablos pasa! ¿Quiere decírmelo de una puñetera vez, subinspector Ferrer? —gritó aún más fuerte—. Es más, este tío me la trae floja. No me ha explicado qué le ha pasado a Karla, voy a llamarla ahora mismo —acabó, ya girado hacia el jefe.

El nuevo fue a hablar, pero se calló. Su aire de «policía novato que ya lo sabe todo» era un sello que resultaba difícil quitarse de la cara.

Seguramente, lo tuvo él también en algún momento de la vida, pero ese chico le molestaba como un sarpullido provocado por frotarse con unas orugas de la procesionaria por todo el cuerpo.

Estaba clarísimo que ese chico, a falta de otros candidatos, era el nuevo favorito de Ferrer. No hacía falta estar mucho más tiempo en compañía de esos dos, se entendía por el trato que tenía el jefe con él a pesar de que este se había adelantado a una noticia que parecía ya decidida.

Él tenía que trabajar con ese novato… y a Karla, ¿qué le había pasado?

Álex cogió el móvil.

—Voy a llamarla —amenazó con el teléfono en la mano como si fuera un arma.

—Deje ese teléfono, se lo voy a explicar —afirmó el jefe.

Álex suspiró y lo bajó.

—Comience.

—Pasó anoche.

—¿Anoche? Si había quedado con…

—Ya. La noche no acabó como esperaban.

Del otro lado de la puerta, alguien tocó para entrar y enseguida, sin esperar que contestase el paciente, entró.

—¿Quién es ahora? —gritó Álex, a merced de un estallido de rabia.

Apareció una chica a la que tan solo le dio tiempo de asomar la cabeza y, después de tensar los músculos del cuello y de la boca, pidió disculpas y retrocedió.

—No, no, perdona, María —dijo Álex, acercándose—. Disculpa.

Ella le sonrió.

—Disculpa, es que tengo una reunión de trabajo y se me ha ido la mano.

—No te preocupes, Álex. Lo entiendo. En geriatría esto es lo normal, tranquilo —dijo mientras le pasaba la bandeja del desayuno.

—No, María, hoy me han quitado el apetito. Me tomaré solo una taza de café. Gracias.

La mujer se la llenó.

—¿Tus compañeros querrán café?

Él se lo pensó. Miró a los dos *mossos* de su habitación y se acercó a la mujer.

—Si quieren, que vayan a la cafetería. Gracias —susurró con un guiño, y luego regresó dentro—. ¿Dónde lo habíamos dejado?

Cerró la puerta detrás de él.

—A ver, explíquese —afirmó, dando un sorbo al café solo y amargo.

—A la cabo Ramírez la han empujado en una piscina abandonada.

—¿Cómo llegó desde una cena a una piscina abandonada?

—Después de cenar, dieron un paseo y Karla vio a un hombre que tiraba una alfombra en un hueco. Resultó que tenía razón y cuando fue a comprobar qué estaba pasando, el hombre la esperó y la tiró.

—Pero… ¿cómo está?

—Está bien. Tiene una luxación en la pierna, pero está en observación —explicó, mirando el reloj.

—¿Quién es el asesino?

—No lo sabemos, se escapó. Karla fue rescatada poco después por los bomberos. La forense Guevara y su hermana pidieron auxilio.

—¿Y la víctima?

—La están analizando.

—¿Se sabe quién es?

—Antes de venir, estaban empezando la autopsia.

Álex dio otro sorbo de café.

—Esto me lo podía haber dicho por teléfono. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hace este aquí? —espetó, indicando al novato—. ¿Qué es eso de trabajar juntos?

El subinspector suspiró y miró de reojo al cabo Santamaría.

—No soy un novato, llevo tiempo en la comisaría de Puigcerdà —afirmó con tono arrogante.

—Déjelo, Iker. Yo me encargo, no se meta —ordenó, intransigente, y suspiró—. Quiero que vuelva a trabajar. Antes de lo previsto. Necesito que se ocupe de este caso —y continuó apuntando al «novato»—, con él.

Álex no se lo pensó. No había terminado de decir «él» cuando ya estaba respondiendo.

—No y no.

—¿Cómo? —preguntó el jefe, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Lo que he dicho. No voy a meterme en este fregado ni quiero trabajar con este tío. Yo trabajo solo. Con Karla a lo sumo. Y no quiero este caso —dijo, y dio un último trago al café.

Dejó la taza en la mesilla de la cama y miró el reloj, dando la espalda a los otros dos *mossos*.

—Está a punto de venir Núria. Ella es puntual y no quiere a nadie aquí a la hora de la rehabilitación, así que…

Los dos se miraron a la cara.

—Espero que cambie de idea y verlo pronto en la comisaría, sargento Cortés. Tenemos mucho trabajo y poco tiempo para jueguecitos —ladró el jefe.

Ferrer abrió la puerta y cuando fue a salir, se topó con una mujer de piel clara y pelo corto negro.

—Uy. ¿Se van? —preguntó ella.

—Sí, Nuri, justo se iban. Pasa, por favor —afirmó Álex.

Los dos salieron y cerraron la puerta.

—Si querías, podían quedarse si era una reunión. Tenían cara de hablar de cosas serias.

Álex se quedó un segundo en silencio, esa frase de ella no se la esperaba. El primer día que entro en la habitación, el primer día de la rehabilitación, parecía un comandante de la Gestapo. Un militar intransigente y que no quería que nadie se quedara en la estancia.

—No. No era urgente —dijo Álex, sentándose en la cama.

Cogió el móvil y llamó enseguida a Karla. Tenía el móvil apagado. Le mandó un mensaje para saber cómo estaba.

Lo dejó en la mesilla y se giró hacia la mujer que, con experiencia y mucha paciencia, había hecho un milagro con él.

—Escucha, Nuri. Tengo una pregunta. No te va a gustar, pero antes de decirme que no, prométeme que te lo pensarás.

Ella se giró perpleja, lista para lo que Álex quería preguntarle.

9

Arrugó las cejas cuando entendió la pregunta.

Núria, la enfermera que le había practicado la rehabilitación durante esas semanas al policía, no respondió con palabras. Su expresión delató lo que pensaba y sus cejas arrugadas lo confirmaron.

Álex había tenido una sospecha de lo que estaba sintiendo.

Notó como ella respiraba más hondo, como si estuviera a punto de desmayarse.

Apretó los labios entre los dientes y pestañeó un par de veces seguidas después de unos largos instantes sin hacerlo, solo observándolo.

Se quedaron en silencio más de lo que se imaginó Álex al hacer la pregunta.

Tenía ganas de saber qué pensaba la fisioterapeuta, así que se lo preguntó.

—¿Qué piensas?

—Nada, Álex. Si tienes que marcharte antes del cumplimiento del periodo acordado… —dijo, y se tomó unos instantes para seguir—, pues tú sabrás.

—¿Cómo que tú sabrás? Te estoy pidiendo consejo, Nuri.

—Llámame Núria —replicó sin dejar margen para rectificar, y se giró hacia la ventana.

—¿Cómo dices? —respondió Álex, y fue hacia ella.

Se colocó a su lado; ella había cruzado los brazos y miraba el mar, sujetándose la barbilla.

—Yo quiero saber lo que piensas. Han venido a decirme que hay una investigación importante. Mi… —empezó, y rectificó—. Karla ha resultado herida. No tengo ni idea. Pero, si ha venido mi jefe, es algo importante, ¿me entiendes?

—¿Y no hay nadie que pueda hacerlo en tu lugar? Es importante completar el período de rehabilitación y seguir con las máquinas adecuadas —dijo ella sin quitar la vista del mar que se veía por la ventana.

Él se quedó un momento en silencio. En sus palabras se intuía algo más que lo asustaba.

—Con mi jefe ha venido un compañero que podría hacer la investigación, pero me parece un inútil —confesó a la enfermera, y siguió con un tono dulce—. ¿Qué me dices? ¿Me das el alta?

Ella se giró y se decidió a mirarlo a los ojos. Seguía con el ceño fruncido y con una expresión de tristeza.

Entonces dio un paso hacia adelante y lo besó.

Los labios carnosos de ella se apoyaron en los del paciente. El beso duró pocos segundos. El tiempo de apoyarse y saborear la miel de los de él, quedarse impregnada de su sabor y apreciar la delicada piel. Como un colibrí que se lleva el polen de una flor con un movimiento rápido.

Núria se separó y se pasó la lengua por los labios para saborear el encuentro. Lo miró a los labios y luego, a los ojos.

No esperó a que dijera nada y, llevada por otro impulso aún más irrefrenable, le dio otro beso. Más lento, más sabroso, más largo.

Él no se movió, dejó que la mujer le diera otro rápido y furtivo beso. Cuando ella se dio cuenta de que él no se movía, se separó enseguida.

Se limpió la boca sin volver a cruzar la mirada y dio un paso hacia atrás.

—Soy una tonta. Lo siento.

—No —dijo Álex, acercándose e intentando detenerla—. Nuri, es que…

—Llámame Núria, por favor. No volverá a pasar. Por favor, no digas nada a nadie. Podría perder mi trabajo.

—Nuri…

—Núria, por favor.

—Escúchame…

—No. No hace falta que escuche nada, entiendo perfectamente. Si no te gusto, si no soy… lo que sea. En fin, da igual —dijo, y levantó la mirada para impedir que le cayese una lágrima.

—Estás malinterpretando todo.

—No, Álex, no malinterpreto nada. Te he dado un segundo beso y me ha parecido besar a un bloque de mármol. Así que está más que claro.

—Te equivocas, eres una mujer muy atractiva. Firme, decidida y tremendamente guapa, pero…

Ella sonrió.

—Ya, todos decís lo mismo, parece un cliché, un disco rayado en mi vida. Eres muy guapa, pero… —afirmó ella, cambiando el tono, imitando la voz de algún otro hombre.

Álex se acercó de nuevo. Le cogió las manos con dulzura. Ella no quiso, le pidió que por favor la dejara. Él, con más dulzura, se acercó y la cogió por los hombros. Buscó su mirada y despertó su complicidad.

Se quedaron en silencio, mirándose con intensidad.

Ese día, Núria llevaba un jersey de cuello alto negro debajo de la bata del hospital. Sus labios parecían dibujados por un pintor o diseñados a mano alzada por un artista del Renacimiento italiano. Sus ojos, profundos y oscuros, revelaban una mirada que difería de la que usaba como escudo y que levantaba durante su trabajo.

—Nuri, eres una mujer preciosa, inteligente, fuerte, independiente, guapísima, pero…

—Pero soy demasiado gorda, ¿verdad?

Álex arrugó el ceño y echó la cabeza hacia atrás, descolocado.

—¿Qué? —preguntó, confuso.

—Mis amigas dicen que para encontrar novio tengo que pesar veinte kilos menos.

Álex se rio.

—¡Menuda bobada! No tienes que cambiar tú, tienes que cambiar de amigas. Estás guapísima así, pero…

—¿Ves?, tienen razón. Siempre hay un pero. Soy demasiado…

—Espera —la interrumpió, impaciente, y enseguida bajó el tono—. Déjame hablar. Eres una chica con la que me encantaría estar, o por lo menos conocerte, hacerte el amor. ¿Crees que no lo

he pensado? Me atraes muchísimo.

—¿Entonces? —quiso saber con un tono de victoria.

—Entonces… —Dio un paso hacia un lado, ahora era él quien miraba por la ventana, suspiró y se lo dijo—. Es difícil encontrar a mujeres excepcionales como tú, Nuri. Me he dado cuenta en estas semanas. Más de dos, o no sé cuántas veces, te hubiera besado y te hubiera hecho el amor aquí mismo. Pero no eres tú.

—Ya, entiendo. Eres gay…

Él se rio, negando.

—No, mi corazón es de otra persona. Tengo a otra mujer en mi corazón.

Ella asintió.

—Ya, me acuerdo de ella, la morena que venía por aquí a veces —dijo, estirando los labios —. Me acuerdo.

—Me han informado de que la han precipitado desde tres metros, ¿lo entiendes? Necesito ir a verla, saber cómo está, ayudarla. Ella siempre me ha cuidado… —dijo, y suspiró—. Ahora me toca a mí cuidarla.

10

Álex tenía dos opciones.

La primera era ir a la escena del crimen. La famosa piscina donde habían encontrado la alfombra con un cadáver dentro.

La segunda, ir a ver cómo estaba Karla, su Karla, después de la caída que había tenido.

Firmó el alta voluntaria y se fue.

Hizo un par de llamadas para ver si algún compañero estaba disponible para ir a buscarlo, pero no había nadie. Todos estaban volcados en el caso de la piscina. Eso le llamó la atención. Era muy raro. O le mentían sobre que no tenían tiempo o de verdad no podían ir a buscarlo.

Se quedó algo perplejo.

Mientras reunía las cuatro pertenencias de su habitación en el Hospital del Mar, llamaron a la puerta.

Entró otra vez Núria.

—Pensaba que te irías por la tarde —dijo, mirando las cosas que tenía en la cama.

—Cuanto antes, mejor.

—¿No te quedas a comer?

Él acabó de doblar un pantalón de un pijama y meterlo en la maleta.

—Quiero ir a ver, bueno, ya sabes.

Ella asintió.

—Seguro que es una chica especial y que seréis muy felices —dijo con tono amargo mientras Álex apretaba las mandíbulas y la miraba—. En fin, he venido a despedirme. Acuérdate de ir a las sesiones con las máquinas y de no correr. Tienes que hacer unas semanas más de reposo —concluyó, y se dio la vuelta.

—Núria —llamó, y esperó a que se diera la vuelta—. Gracias.

Ella se sonrojó, suspiró y salió por la puerta y de la vida del paciente.

Álex respiró hondo. Miró por la ventana, el mar estaba iluminado por el sol del mediodía y casi deslumbraba tanto que se necesitaban gafas de sol.

Acabó de meter todo en la maleta y salió del hospital.

En el taxi, mirando por el cristal posterior el edificio, sintió como una parte de él se quedaba allí, con el caso del Rey Muerto, una parte con Núria y dejando atrás el disparo de Clara.

El coche entró en la Ronda Litoral, en dirección al otro hospital.

Álex miraba las palmeras que separaban los cuatro carriles. Recordó la cara de Clara, la novia de Néstor.

Recordó su expresión de novata y perpleja. No era una asesina como Néstor. Ella dudó. Con el tiempo y reflexionando, llegó a la conclusión de que apretar el gatillo fue para ella salvar su amor, para demostrar a Néstor que estaba a la altura de la situación y que por él haría lo que fuera.

Clara.

Conocía muy bien a Néstor. Esa mujer no se había dado cuenta de dónde se había metido, ni disparando a un policía ni al meterse en una relación con un asesino en serie. La mujer que había sido amante y futura esposa, cuyo supuesto cadáver se había encontrado en un parque de Barcelona. No uno cualquiera, sino en el mismo donde él, el sargento Álex Cortés, lo había detenido.

Era increíble el mensaje dentro del mensaje.

El primero era: «Mi pareja ha muerto, así que no hace falta que la busquéis más». Y el segundo era: «Este es el mismo lugar donde me pillaste. Lo tienes presente, ¿verdad, Álex?».

Apretó el puño y lo apoyó en el marco de la ventanilla.

«Claro que te entiendo, Néstor. ¿Cuál es tu próximo paso?», pensó.

—Ya estamos llegando —dijo el taxista.

De repente, Álex dejó atrás los pensamientos sobre el pasado y vio cómo aparecía el presente por la ventanilla. El imponente edificio del hospital donde estaba Karla, Hospital de la Santa Creu i Sant Pau.

Pagó al taxista y entró con su maletita.

Al recorrer los primeros metros del aparcamiento y entrar en el hospital, se dio cuenta de las ganas que tenía de verla y de volver a abrazarla.

Se acercó a la señorita de recepción y le tocó el cristal con un dedo.

—Hola.

La mujer lo observó un segundo.

—Buenos días, ¿viene para una hospitalización? —preguntó.

Álex arrugó el ceño y se miró. Lo había visto llegar con una maleta, aún cojeando y con cara demacrada, esa pregunta no estaba desde luego fuera de lugar. Entonces se rio.

—No. Vengo justo de una…

—¿Cómo?

—Da igual, es una historia muy larga. Vengo a ver a la paciente Karla Ramírez.

Ella asintió, sin demostrar ningún ápice de alteración en su fría actitud.

—Habitación número 32 de la sección de Observación, planta tres —dijo, y enseguida bajó la vista para seguir con sus quehaceres.

Él dio las gracias, aunque ella ya no lo estaba escuchando.

Cogió el ascensor y subió a la tercera planta.

Buscó la habitación y la encontró.

—¿Quién es usted? ¿Por qué busca la 32? —preguntó el policía que escoltaba la puerta con una mano apoyada en la pistola con el seguro quitado.

—Sargento Álex Cortés. Busco a la cabo Ramírez.

El agente se relajó.

—¿Cortés? ¿Es usted?

—Sí —respondió, levantando los brazos—. Bueno, lo que queda de él.

El agente, sin dar un paso hacia adelante, le alargó la mano.

—Es un placer conocerle, es usted un *crack*, un modelo a seguir. He seguido todos sus pasos, sargento. Quiero ser como usted —dijo el agente, mirándolo con admiración.

Álex bufó.

—Mal vas si quieres seguir mis pasos, agente. Busca tu camino, no el mío —dijo con tono desilusionado—. ¿Me permites?

—Claro —dijo mientras tocaba la puerta y la abría como si fuera el botones de un hotel caro —. Pase.

—Gracias —respondió casi susurrando.

Su corazón se disparó por el ansia que tenía de verla. No había podido hablar con ella. Nadie sabía que había ido allí. A lo mejor tenía el móvil apagado porque no quería recibir ningún mensaje de nadie. O estaría con alguien que la estaría cuidando o con una pareja de la cual él no tenía ni idea.

De repente, el corazón se le detuvo al verla delante. Fue un alivio, como un bálsamo, cuando vio su imagen.

Estaba sola, leyendo.

Dejó de leer y le costó entender los fotogramas que sus ojos estaban procesando.

—¿Á…? —dijo, cerrando de un plumazo el libro—. ¡Álex!

Él soltó la maleta y fue a sentarse en su cama.

Ella lo abrazó y se quedaron un buen rato así, abrazados, escuchando sus corazones, disfrutando de la magia del reencuentro.

Después de haber perdido de vista el tiempo, ella se acercó a su oído y le dijo unas palabras que lo dejaron helado.

—Tengo miedo.

11

Esas palabras le dolieron a Álex.

Las mismas palabras dichas por otra persona no tendrían el mismo impacto. Pero dichas por una mujer tan fuerte y con tantas aventuras pasadas como Karla desestabilizaron al sargento.

«Tengo miedo».

Dos palabras que escondían detrás un sinfín de mensajes, un sinfín de motivos. Pero todos acababan en el mismo lugar, en el miedo de una persona fuerte, preparada para tener miedo y para reaccionar a ciertas situaciones.

El miedo es un huésped incómodo. El miedo es un parásito que chupa la energía e inyecta a su vez su veneno, que se mezcla entre la realidad y la imaginación.

Cuando uno tiene tanto veneno de ese parásito en el cuerpo, pierde de vista lo que es real y lo que no es verdad.

Miedo.

El miedo es uno de los peores compañeros de viaje y de vida. Te impide avanzar y no deja ser lo que uno realmente es.

Álex se separó de Karla. La miró, mientras que ella pestañeaba con sus grandes ojos oscuros, que lo miraban entristecidos.

—¿A qué tienes miedo, Karla? —preguntó con un tono respetuoso.

—Él me conoce.

—¿Quién?

—Quien tiró el cadáver a la piscina.

—¿Cómo?

—Sí, me conoce.

Álex entendió por qué el *mosso* estaba en la puerta, para proteger a Karla de una posible venganza o por si el asesino quisiera encontrarla. El protocolo de protección se había puesto en funcionamiento. No tenía ni idea de eso.

Una sensación de impotencia le cruzó el cuerpo como un rayo. Estaba apartado de todo lo que sucedía en la comisaría y sintió que era el momento de volver, de coger el mando, de investigar y de estar al corriente de todo.

A pesar de no estar aún al cien por cien del balazo de Clara, había estado demasiado tiempo separado de la realidad y de la comisaría.

—¿Quién te conoce?

—No es una casualidad, Álex. Ese hombre me conoce. Tengo miedo —dijo ella, tapándose la cara.

—Tranquila, estoy aquí. No pienso dejarte. Estoy aquí, ¿lo sabes? Soy yo —dijo, y buscó su mirada para que sus ojos se cruzaran—. Soy yo, soy Álex. No te va a pasar nada. Estoy aquí para protegerte. Ya te han pasado demasiadas cosas a ti, a mí y entre tú y yo. Ya basta. Es hora de que esto acabe y que podamos vivir como antes, tranquilos, sin tantos problemas.

Ella sonrió, pero sus palabras no acabaron de convencerla. Intentaba mostrarse más tranquila y no lo conseguía. En el fondo de sus ojos, había una capa de temor que no podía quitarse, como una catarata que convierte el mundo de color gris.

—Gracias, Álex.

—Venga, cuéntame qué pasó. Necesito que me expliques todo. Ya sabes, no te olvides de los detalles. Aunque sean insignificantes. Todo.

Ella apartó la mirada y se centró en rebobinar todo lo que había pasado la noche anterior. Comenzó con la invitación de cenar de Alba y que, después de varios intentos, consiguieron.

Eligió ella el restaurante, así que le dio a entender que fue aleatorio. Nada programado.

Explicó que se habían pasado con el vino y con el postre. Y que después de pagar necesitaron dar un paseo.

—¿De quién fue la idea de dar un paseo? —preguntó interrumpiendo a Karla.

—Creo que mía.

Álex asintió y le hizo un gesto para que siguiera.

Explicó que bajaron por una calle de la urbanización. Que no había nadie por las calles y que de repente apareció esa estructura inquietante, el esqueleto de un proyecto nunca acabado.

—La piscina inacabada.

—Sí. Luego vi a alguien y entré.

—¿Alguien?

—Sí, vi cómo tiraba una alfombra con algo dentro por un agujero.

Álex se pasó una mano por la cara.

—¡A quién se le ocurre ir sola! ¿Eh?

—No me vengas con estas, Álex, que tú hubieras hecho lo mismo.

—Yo… —dijo, y se detuvo; sabía Karla tenía razón—. En fin, sigue.

—Entré y cuando vi con claridad lo que había dentro, me di cuenta de que ese individuo estaba detrás de mí.

—¿Y fue cuando te tiró? —preguntó Álex.

—No, Álex. Mi miedo no nace porque me tiró, sino de lo que me dijo justo antes de tirarme.

Álex arrugó el ceño y la miró con perplejidad. ¿Cómo era posible que a la dura y fuerte mujer que conocía le pudiera traumatizar lo que le había dicho ese individuo?

—¿Y qué te dijo?

Ella tragó saliva.

—Hola, Karla —dijo ella imitando la voz del hombre encapuchado—. Y luego me empujó.

Álex apretó las mandíbulas. Cuando lo hacía, su rostro se volvía más duro, demostraba su fuego interno y sed de venganza. Si hubiera tenido delante una mesa, habría dado un puñetazo tan fuerte que la habría partido.

Pero estaba en una habitación de hospital, tenía que controlarse.

Abrazó a Karla y pasó la mano por su precioso pelo.

—Está bien, Karla, todo está bien. Nadie va a hacerte nada. No te preocupes —dijo para tranquilizarla.

Habían pasado tantas cosas juntos que personas normales habrían necesitado varias vidas para superarlas. Lo que entendió en esa cama Álex fue que, a pesar de ser una guerrera y una luchadora nata, Karla había llegado a un nivel tan alto que esas dos palabras le suscitaron lo que antes ni siquiera la hubieran alterado.

Suspiró y se separó.

Ella le sonrió.

—Gracias por haber venido a verme.

Él la miró y le devolvió la sonrisa.

—Siempre has cuidado de mí, ya me tocaba. ¿Cómo te encuentras?

—Nada, solo una luxación. Me han tenido en observación —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Porque no he venido a verte, Karla…

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Cómo?

—He venido a recogerte para que te vengas conmigo. ¿Nos vamos? ¿Te apetece? ¿Te sientes lista?

—Yo ya nací lista para ir contigo —afirmó.

Entonces él apoyó sus labios en los de Karla. Le dio un beso dulce, ligero, sentido.

—Te he echado de menos —dijo ella.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, yo también —confesó Álex, y se aclaró la voz.

Karla sabía que después de eso venía el trabajo. El tiempo de lo personal había sido un abrir y cerrar de ojos, pero le parecía bien. Al final, se había acostumbrado a vivir con esas pastillas de dulzura y de vida entre tanta sal que repartía la vida.

—Ha venido a verme Ferrer con el nuevo, un tal Iker.

Ella arrugó las cejas.

—¡Uf! Sí, lo conocí en el parque de la Ciutadella. Cuando encontraron el cuerpo de la supuesta Clara.

—Ya… ese es otro tema. Ha venido a decirme que tengo que investigar con este tal Iker el asesinato de la piscina. No quiso que lo investigara contigo, ni te nombró, sino que investigara con él. De locos, ¿te imaginas?

Ella se rio.

—¿De qué te ríes?

—Pocos te van a soportar, Álex.

—Tú lo haces.

—Sí, pero yo estoy… —dijo, y tosió un par de veces—. En fin. No a todo el mundo le caes bien, Álex. Esto es un hecho.

—Da igual, yo creo que tenemos… —Se detuvo en seco, como si algo hubiera pasado.

Ella lo miró extrañada.

—¿Qué pasa?

Álex sacó el móvil del bolsillo.

En la pantalla, aparecía el nombre del jefe del grupo de investigación científica.

Álex se apresuró a contestar.

—Cortés.

—Conociéndote, me imagino que estás con Karla, aunque nadie te podía llevar.

—Me conoces bien. Al final, conseguir un taxi en esta ciudad tampoco es tan difícil.

Del otro lado, el compañero suspiró.

—Ponlo en altavoz —pidió Mario.

—Listo, ya está en altavoz.

—Hola, Karla.

—Mario, ¿cómo va por allí? ¿Algo interesante?

—Por eso llamaba. Has encontrado un nido de águila.

Karla y Álex se miraron sin acabar de entender.

—¿Qué dices, Mario? Parece que te hayas comido un manual de los Geo.

—Déjate de bromas, Álex. Será mejor que vengas. Aquí hay más cadáveres. Este tío viene trabajando en silencio desde hace tiempo.

12

No esperaron ni un minuto más.

Colgaron y Álex miró a su compañera.

—¿Lista? —preguntó Álex.

—Ya lo sabes —dijo ella.

—Lo sé. Entonces, vamos. —Se giró hacia la puerta, levantando la voz—. ¡Agente!

Del otro lado de la puerta, no hubo respuesta.

—Agente, entre, por favor —insistió Álex.

A los segundos, tocó y abrió la puerta, y asomó la cabeza el agente que la presidía.

—¿Me llama a mí? —preguntó el chico que lo consideraba un ídolo.

—Sí, agente. ¿Cómo te llamas?

—Bernat.

—Bernat. Tu compañero abajo tiene un coche, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe, sargento Cortés?

Álex respiró.

—Dile que venga a recogernos a la puerta de entrada principal. Nos vamos.

—Tengo que informar al subinspector Ferrer.

—No te preocupes, lo informaremos cuando estemos en la calle.

Este dio un paso hacia adentro.

—Tengo que informar a Ferrer antes, sargento.

—Que le den al subinspector Ferrer. Nos vamos. Dile a tu compañero que nos vamos —dictaminó Álex, y se giró hacia Karla—. Recoge tus cosas.

Tardó pocos minutos Karla en prepararse. Álex cogió una mochilita de Karla y su maleta y fueron escoltados por Bernat hasta la salida.

Ella firmó el alta voluntaria y toda la burocracia necesaria. Subieron en el coche patrulla y el agente que conducía se giró.

—¿Adónde vamos, jefe?

—Karla, dale la dirección.

Ella lo hizo y el que conducía la introdujo en el navegador del coche.

—En media hora estamos allí.

—Pon las sirenas. Si pueden ser veinte minutos, mucho mejor, ¿me has entendido?

El agente que conducía no consiguió detener una sonrisa juguetona. Su expresión era la de un niño que había recibido un regalo de Navidad. Arrancó el coche y, después de activar los indicadores luminosos, pisó el acelerador.

Álex, en los asientos traseros al lado de Karla, le cogió la mano y se la sujetó durante todo el trayecto.

En cuanto salieron del recinto del hospital, el coche añadió las sirenas para apartar al tráfico de su recorrido.

La velocidad, la adrenalina y ese celestial sonido de las sirenas, añadido a los neumáticos que chirriaban, provocaban un placer en Álex que no podía explicar. Eso era vida. La persecución, la investigación era lo que le daba vida. Descubrir pistas, perseguir asesinos y la actividad policial era lo que le hacía despertar con ganas por la mañana.

Sintió que los días de retiro en una habitación de hospital se habían acabado.

Eso era una pista de despegue hacia la vida de antes.

Era lo que necesitaba después de tanto reposo y descanso y rehabilitación; volver a la vida de investigación era justo lo que necesitaba su cuerpo.

Sin darse cuenta, a Karla le apretaba cada vez más la mano hasta que las yemas de los dedos se quedaron sin circulación, cogiendo un color pálido.

Él se disculpó, no se había dado cuenta.

A los veinte minutos, el coche patrulla entró en la urbanización de la piscina abandonada, creando revuelo.

Todos los agentes se giraron a ver quién llegaba.

Álex bajó y miró a su alrededor.

Respiró el aire del bosque que estaba detrás de la estructura.

Los periodistas que estaban en el lugar para cubrir el suceso se acercaron para hablar con él, intentando conseguir una exclusiva del famoso y reincorporado al trabajo sargento Cortés.

Los apartó como pudo y entró con Karla en el espacio que la policía había perimetrado.

La vista que tuvo delante despertó sus peores recuerdos de casos anteriores. Recordó a Néstor, el hangar de Sabadell con la furgoneta llena de cadáveres. El pantano plagado de maletas de cuerpos desmembrados.

—Este es el armazón de la piscina abandonada —dijo Karla, señalando la estructura y el cartel que decía que debía estar construida desde hacía más de una década.

Ella le indicó que siguieran, pero Álex se giró y miró hacia el coche patrulla que los había llevado. Levantó un pulgar, como diciendo a esos chicos «buen trabajo».

Ellos, en medio de los periodistas con sed de hablar con Álex, le sonrieron y le hicieron el saludo del Cuerpo.

Entonces Álex se dio la vuelta hacia la piscina y suspiró.

Eso era lo que le gustaba y no lo habría cambiado por nada al mundo. El único inconveniente era encontrar cadáveres de inocentes.

Delante tenía un esqueleto de cemento en medio de la naturaleza. Detrás y en los laterales, los altos bosques de vegetación mediterránea se extendían. Le dio la impresión de que el bosque había hecho un hueco para que la piscina pudiera instalarse.

Los coches de bomberos estaban aparcados en los laterales. Al lado, los vehículos de los Mossos d’Esquadra con la unidad de buceadores. Los de la científica y muchos coches de paisano. Eso era un revuelo de gente. Un ir y venir de personas que estudiaban la escena del crimen en busca de pistas del asesino.

Había visto numerosas veces esas escenas y había algo en él que se despertaba.

Su móvil sonó.

Era otra vez Mario.

Al contestarle, lo escuchó y fue a buscarlo.

Apareció entre la gente, delante de las mamparas que impedían ver lo que sucedía alrededor del agujero de la piscina.

Mario le sonrió cuando lo vio.

—Dichosos los ojos —afirmó mientras le cogía con cariño los brazos.

—Ya era hora, ¿no crees?

—Me ha dicho Ferrer que has vuelto.

—Ferrer es un embaucador. No tenía que volver hasta dentro de unas semanas.

—Ya… —respondió Mario, refiriéndose al jefe de investigaciones—. Karla, ¿cómo estás?

Ella, que ya sonreía por la situación, por volver con Álex al trabajo, se encogió de hombros.

—Nada grave, ya de vuelta.

—Mario —dijo Álex—. ¿Qué tenemos?

El compañero de la científica suspiró.

—Es mejor que vengas a verlo, acabamos de sacarlo del agua.

A Álex no le gustaron esas palabras.

Siguió a Mario hasta una zona que quedaba escondida de ojos indiscretos y de objetivos. Era una carpa para que los de la científica se refugiaran cuando llovía para trabajar y que las pruebas de un delito no se vieran afectadas por la intemperie.

Esa vez estaba puesta para que los ojos de los que estaban alrededor no vieran nada.

En cuanto vio lo que había en la carpa, el rostro de Álex se tensó como la cuerda de un violín.

—¡Dios santo! —exclamó.

Karla, al mismo tiempo pero un paso por detrás de él, reaccionó poniéndose una mano delante de la boca.

Mario entregó una mascarilla y un bote de crema mentolada.

Ellos se la pusieron enseguida; el cadáver desprendía un olor tremendo y diferente.

«¿Por qué es diferente el olor?», se preguntó Álex.

—Lo hemos encontrado en el fondo de la piscina —dijo Mario.

—¿A eso lo llamáis piscina? —preguntó Álex, que le costaba respirar y hablar cerca a pesar de lo que le había entregado su amigo.

—Bueno, al final, lo que tenía que ser era una piscina. Y de hecho, es un estanque cubierto. Bajo cierto punto de vista, es una piscina.

—Ya. ¿Se sabe quién es?

—No, no lleva identificación alguna, ningún tatuaje, ni edad. Seguramente, nos costará identificarlo.

—Pediremos al juez que compare las huellas en el registro del DNI —afirmó Karla.

—Eso es decir mucho. El asesino quiso que no pudiéramos usar ese recurso.

—¿Por qué? —preguntó Álex.

Mario suspiró y se acercó al cadáver. Levantó una mano y se la enseñó. Las yemas de los dedos mostraban una marca extraña.

—¿Qué es?

—Creo que es una quemadura.

—¿Quemadura?

—Sí, el asesino ha quemado las crestas y los valles para que no lo identifiquemos.

—Ya, muy precavido. Gracias, saco de mierda —susurró Álex, refiriéndose al asesino—. ¿Qué más tenemos?

Mario negó mirando el cadáver del hombre.

—No tengo mucho más. Parece un varón de unos cuarenta o cincuenta años. Lleva varias semanas en el agua. Parece ahogado allí dentro y poco más —respondió.

—Desnudo y solo con una corbata —afirmó Karla—. Esto no lo había visto nunca.

—Supongo que el asesino le ha dejado la corbata como un mensaje —sugirió Mario.

—¿Un acertijo? —preguntó Álex.

—Bueno, cuando el forense haga la autopsia, veremos si tiene sentido.

Álex se quedó en silencio viendo al hombre que tenía delante. Su postura era interesante, no era un cadáver arrojado a la piscina sin más. Estaba en una postura determinada y que marcaba una diferencia con un cadáver normal, un asesinato normal; eso tenía mucho más detrás.

—Mario, ¿puede que contenga un mensaje esta postura? —preguntó.

—Puede ser. Todo puede ser. La mente criminal no tiene límites —contestó Mario.

—¿Sabes una cosa, Álex? —dijo Karla.

—Dime.

—Yo esto se lo enseñaría a Ana.

—¿Ana?

—Sí, tu hermana.

—Bueno, puede ser una idea.

—Puede que ella nos aclare por qué un asesino le deja solo una corbata al cuello a un cadáver desnudo que está atado a una silla de despacho con ruedas.

Álex se quedó callado. El hombre, con pelo corto y barba gris, tenía un aire que no sabía cómo describir, de duro, de serio, a pesar de estar muerto. No sabía si eso lo veía él o era así, pero se guardó el comentario. El hombre, que debía ser alto y fuerte, había sido atado a la silla y arrojado al fondo de la piscina. Podría haber muerto ahogado si no fuera por una herida que tenía en el pecho.

—¿Qué es esto? ¿Crees que es de antes o después de morir?

Mario suspiró y se rascó la cabeza.

—Esa herida es de un hierro del armazón del fondo de la piscina. Los buzos han tardado casi dos horas en sacarlo de allí. El primero que ha llegado me ha dicho que les ha costado quitar las ratas que le estaban comiendo los dedos de los pies y el pecho.

En efecto, Álex comprobó que tenía razón: el cuerpo tenía marcas de roedores.

—Mario, si no hay nada más, es mejor que nos vayamos. Me está mareando este olor —dijo Álex, desentrenado en soportar esos olores tan fuertes y nauseabundos.

—Claro, ven, te enseño otra cosa —dijo Mario, y los dos lo siguieron hasta el borde de la piscina—. Te fue bien, Karla, si el asesino te llega a empujar de un lado o del otro, ahora estarías ingresada en la UVI.

—¿Por qué? —preguntó Álex sin entenderlo.

Mario señaló con la cabeza a los buzos que se iban turnando dentro del líquido verdoso que parecía la pócima del caldero de una bruja.

—Porque en ese líquido hay una cantidad tan grande de enfermedades y bacterias que hasta a los buzos les está costando trabajar —afirmó Mario—. Si, además, añadimos que en el fondo hay hierros que sobresalen y que te los podías haber clavado, entonces, eso es una trampa mortal.

—Si no morías a causa de una infección, habrías muerto ahogada con un hierro atravesado —replicó Álex—. ¿Adónde te lanzó, te acuerdas?

Ella intentó recordarlo.

Miró a su alrededor, intentando localizar la plancha de hormigón en la enorme piscina olímpica. La señaló.

—Escuché como una rama se rompía y alguien se acercaba.

—¿Qué más?

—No lo sé, fue todo muy rápido. Ellas estaban allí afuera y, de repente, me empujó.

Álex se acercó. Miró la posición.

—¿Te das cuenta de que el asesino no quería matarte? Te empujó lateralmente para que cayeras allí, en la plataforma, no en el agua —dijo, y se acercó al oído de Karla para concluir—. El asesino te conoce y no quiso matarte.

Esas palabras calaron muy hondo en la cabo Ramírez. Un escalofrío le recorrió su piel morena. No había pensado en ese factor, pero Álex parecía tener razón, ese razonamiento cuadraba.

Karla se quedó callada y pensando, con la vista puesta en ese charco artificial de color verde donde se perdían sus pensamientos y que, por poco, no se convirtieron en su ataúd.

El momento de silencio entre los tres lo interrumpió Mario.

—Te ha ido bien. Podrías estar tú también allí, en el fondo.

—Ya… —afirmó Álex.

El silencio estaba acompañado por el ruido persistente y metálico de las bombas que estaban drenando la piscina.

—¿Y la mujer de la alfombra?

—Se la han llevado a la morgue, supongo que, en breve, Alba empezará con sus quehaceres.

Álex asintió y señaló el lugar.

—¿Crees que…?

Mario asintió.

—Están en ello, puede que haya más. Es muy hondo y la visibilidad es de un palmo.

Álex bufó, se pasó la mano por los rizos y una presencia le llamó la atención, y se giró.

Delante tenía al jefe Ferrer, que llegaba con el nuevo y flamante cabo Santamaría.

—Me alegro de verlo ya en el trabajo —dijo Ferrer—. Este caso lo tendrá que gestionar con Iker, no con Karla.

Eso provocó en Álex un sofoco.

13

Desde pequeño, a Álex no le gustaba que le dijeran qué hacer.

Desde la escuela hasta la academia de policía, llevaba muy mal las órdenes y la autoridad. A pesar de que en la academia y con la edad se le fue biselando, siempre le quedaron esos ápices de carácter. Unos fogonazos de personalidad que eran como una marca de la casa.

Dicen que los genes saltan una generación.

Los ojos verdes que tenía venían de la abuela materna y ese carácter tan duro y rebelde venía del abuelo paterno.

Antonio Cortés, ex guardia civil, decían que en sus mejores o peores momentos tenía un carácter tan iracundo como incontrolable. Tanto que en el cuerpo de la Guardia Civil lo llamaban el Forajido de Tarragona.

Álex no era un forajido ni una cabra loca, pero eso de gestionar la autoridad le costaba.

De la misma manera que no soportaba la autoridad, al ser enviado a Barcelona hacía años para incorporarse en la comisaría de Travessera de les Corts, había llegado a no soportar las dos cosas: la autoridad y la ciudad.

Con el tiempo, de forma involuntaria, se creó un cariño entre él y la ciudad, sus lugares, su gente y sus casos más enrevesados.

Sin embargo, la autoridad no la acababa de digerir. Menos la de Ferrer, ese hombre al que habían enviado a la comisaría después de la muerte de Reixach y que no tenía ni idea de gestionar un equipo ni tratar con educación a la gente.

Eso era lo que pasaba.

Esa autoridad que sentía estrecha como una camisa de un par de tallas menos la tenía delante. El subinspector Ferrer. El que cogió su lugar al decir él que no quería ser un mando de dirección, sino que quería seguir como un miembro de la investigación.

Ahí delante tenía las consecuencias de su decisión de renuncia a ese cargo; Ferrer no existiría si hubiese dicho que sí a la propuesta de Aragonés.

Y en ese momento, con Ferrer delante e Iker detrás, en medio de esa pestilencia del agua estancada de la piscina, recordó el día que el máximo cargo de los *mossos* le propuso una carrera estelar y una ascensión meteórica.

Coger su puesto en pocos años.

Pero había un componente sustancialmente político en su figura, coordinativo y político, y él no quería eso, él era un hombre de acción, no de mando. Y luego había otro tema importante que no podía dejar de lado, el caso Néstor Luna no había concluido. No podía dejar de lado su deber como investigador.

Así que su decisión lo llevó a volver a tragarse las órdenes de un superior que le decía qué tenía que hacer.

—Cortés, aquí no puede hacer nada. Váyase a casa a descansar y mañana nos vemos en comisaría. Empezará a trabajar con Iker. ¿Me ha entendido?

—Sí, le he entendido, pero no pienso trabajar con alguien en quien no confío.

—¡Eh! Siempre obtuve las mejores notas en la academia y en la comisaría de Puigcerdà —dijo el joven caporal desde la espalda del jefe, pasándole por encima.

—El cabo Santamaría es un miembro excelente y empezará mañana a trabajar con él. ¡Punto!

—¡No! —respondió Álex sin dudarlo.

—Ya sé por dónde quiere ir, Cortés. Pero no podrá investigar con Ramírez. Está involucrada con el asesino.

—¿Involucrada? ¿Qué palabra es esa?

—La conoce y puede tener problemas con la víctima.

—Por eso quiero estar con ella.

—Tendrá escolta hasta que esto se resuelva.

Álex negó y, al verlo, Karla se lo llevó a un lado.

—Escúchame, tienes que hacer lo que dice, está bien. Yo me quedaré en la oficina y todo irá bien.

Álex arrugó el ceño.

—Podrías ayudarme —susurró con un tono algo molesto.

—No te preocupes, hazlo con él. Si es tu nuevo compañero, pues es lo que hay, Álex. No sé qué decirte más —afirmó mientras se encogía de hombros—. Hoy daría lo que fuera para seguir investigando contigo. Pero esta conversación ya la tuve con el subinspector y no… Ya sabes —confirmó ella.

Álex arrugó el ceño y se dio por vencido. Ese novato investigaría con él en ese caso, o eso era lo que Ferrer quería.

«Tengo que hacer de canguro de este niñato, esto está empeorando», pensó Álex.

Apretó el puño para descargar de algún modo la adrenalina que se estaba acumulando en su interior. Recordó cuando salía a correr antes del balazo de la novia de Néstor. Antes todo iba bien, recordó, a pesar de que no se había dado cuenta.

Esa tarde todo estaba empeorando por culpa de su superior. Se le pasó por la cabeza ir a hablar con Aragonés, pero pensó que habría perdido una mañana para nada. Como la última vez, le diría que él había elegido su camino al no tomar la carrera que le había ofrecido.

No podía culparlo. Solo acatar la situación.

Destensó los músculos de la cara y se giró hacia Mario, dando la espalda al jefe.

—¿Algo más, Mario?

Él negó.

—De momento, esto… esto es todo.

—Muchas gracias, Mario. Mantenme informado —pidió, y se dio la vuelta—. ¿Nos vamos, Karla?

Ella asintió y Álex, sin añadir ni una palabra, se fue sin ni siquiera mirar a Ferrer.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó con tono eufórico el cabo Santamaría—. ¿Dónde quedamos?

—Tranquilo, ya nos veremos —dijo Álex sin mirarlo, ya separado del grupito—. Vamos, Karla, aquí no tenemos que hacer nada más —concluyó, y se fue hacia la salida.

Karla vio cómo se iba y lo siguió.

El jefe la sorprendió cogiéndola por el brazo. Ella se paró y primero, miró la mano y luego, lo miró a la cara.

—Procure que no haga ninguna estupidez —ordenó Ferrer.

—¿Estupidez, en serio? —preguntó con tono incrédulo—. ¿Después de todos los casos imposibles que ha resuelto? Lo siento, pero… —dijo, y se desprendió del agarre del hombre— aquí el único estúpido es usted.

La afirmación fue una detonación en pleno rostro del subinspector.

Se quedó boquiabierto y con la palabra en la boca. Necesitó unos segundos para digerir lo que acababa de escuchar y tragó saliva. Echó un vistazo a Mario y a Iker. Estos miraban el suelo. Mario, además, apretando la boca para no reír.

Ferrer, para contestar a esa respuesta insolente de su subordinada, levantó el dedo y, amenazándola, le gritó:

—Se lo perdono, pero que sea la última vez, Ramírez —espetó con poca convicción.

Ella, sin ni siquiera girarse, alcanzó a Álex con algún movimiento que delataba que su pierna, que había amortiguado la caída, le dolía aún.

Álex cruzó la zona de las vallas y enseguida los periodistas lo asediaron.

Empezaron a lanzarles preguntas y los *flashes* volvieron a dispararse.

—Sargento Cortés, ¿es verdad que han encontrado diez cadáveres allí? —preguntó una periodista con aire de encontrar la verdad lanzando un farol.

—Sin comentarios —dijo, tapándose la cara y metiéndose en el mismo coche patrulla que los había llevado hasta allí.

—¿Adónde vamos, sargento? —preguntó el agente que había presidido la puerta de Karla en el hospital.

—Vamos a la playa de la Barceloneta.

—A sus órdenes, jefe —confirmó el que conducía—. ¿Con o sin sirena?

—Mejor sin. No levantemos revuelo allí —pidió, y se giró hacia Karla.

—¿Adónde vamos?

—A casa de mi hermana.

—¿Y por qué? —preguntó con una sonrisa enigmática sin entender qué iban a hacer allí.

—Vamos a buscar a tu gato y tus cosas, te vienes a vivir a mi casa.

14

Álex lo dijo con seguridad.

No fue una pregunta, como le hubiese gustado a ella. Álex lo dio por sentado. La primera vez que vivieron juntos fue una decisión de mutuo acuerdo y casi de necesidad. Unir fuerzas económicas para subrogar los costes de un apartamento en época de estudiantes.

Ese apartamento se convirtió en un castillo para ellos dos.

Después de verse en casa de uno y del otro, o de pasar noches en el maletero de la ranchera de Álex, aquello fue un paraíso. A pesar de ser un tercer piso sin ascensor que daba solo al interior de la finca y que cuando soplaba tramontana, entraban todo los gases de las freidoras del bar de abajo, aparte de eso, era un sueño cumplido.

Le hubiera gustado proponérselo, pero pensó que las cosas no daban para hacer preguntas.

El rostro de Karla fue cambiando por momentos.

—¿Qué te pasa?

—Me lo podrías haber preguntado, ¿no te parece?

Él arrugó el ceño.

—¡Cómo, no te entiendo!

—Quiero decir que no me has preguntado si quiero ir a tu casa.

—Pensaba que querías.

—No me lo has preguntado, lo has dado por hecho. ¿Crees que las mujeres tienen que hacer lo que dictaminen los hombres? ¿Es eso lo que piensas?

Álex tragó saliva y comenzó a sudar. Una presión en los hombros lo aplastó más fuerte que la gravedad y más fuerte que el amor.

Suspiró.

—¿Pero vendrías?

—Esa no es la pregunta —espetó Karla.

Álex, que ya sentía la primera gota de sudor bajar por la frente, se fijó como el agente que conducía lanzaba una mirada por el retrovisor. Al lado, el otro agente, el de la puerta del hospital, también escuchaba, obviamente, mirando por la ventanilla.

«Mira, Álex Cortés, el héroe e ídolo del Cuerpo, desliza sobre una piel de plátano rosa, llamada amor», pensó Álex que estaría diciendo el agente de él.

Se sintió un dictador cuando solo quería lo mejor para Karla.

Era el típico momento en el que te haces el orgulloso y sigues adelante a pesar del error que has cometido o lo admites y se cierra la cuestión.

Se giró hacia ella. Karla miraba por la ventanilla.

—Tienes razón. Lo siento —dijo Álex sonriendo, y le cogió la mano—. No quiero que hagas lo que yo quiero. Solo lo que sea mejor para ti. ¿Te apetece que vayamos a buscar tus cosas a casa de mi hermana e instalarte en mi casa? Ya que dejaste el piso. Creo que sería algo chulo, ¿no te parece? Volver a estar unos días juntos —preguntó, sujetando su mano.

Ella, que se había girado, lo miró y le regaló una sonrisa.

—Me encantaría —dijo, y enseguida se puso seria—. No quiero que lo malinterpretes, estaré encantada hasta que encuentre un alojamiento. Un nuevo piso.

Álex se rascó la cabeza con una sonrisa circunstancial. Sabía que esa frase era más para que la invitación fuera algo temporal y que no se convirtiera en algo definitivo. Karla demostró que pensar que era por un tiempo la hacía sentir más a gusto.

—Claro que sí. Lo que tú digas, Karla —confirmó él, y luego se quedó en silencio el resto del trayecto.

Javier abrió la puerta del apartamento.

De frente, se encontró en un primer momento a Karla. Mientras la saludaba y le daba dos besos, se dio cuenta de la presencia inesperada de él.

Se quedó un segundo en silencio, valorando si era verdad lo que estaba viendo.

—¿Álex? —preguntó, y seguido, gritó—. ¡Álex!

Se le echó encima para abrazarlo. Hacía pocos días que había ido la familia de Ana a visitarlo, pero fue una sorpresa verlo fuera del hospital antes de tiempo.

—Pero ¿qué haces aquí? Pensaba que saldrías en una semana y pico. No sabía que saldrías antes.

—Javier, gracias, pero ni yo lo sabía, ha sido una desgraciada sorpresa.

Javier arrugó el ceño.

—¿Desgraciada, por qué?

—¿Te importa que entremos? No es necesario que los vecinos se enteren.

—Claro, por favor, entrad.

Álex entró en casa de su hermana. El piso de cristal con vistas al atardecer al Mediterráneo siempre hacía su efecto. A pesar de que lo había visto varias veces desde su casa y centenares desde la casa que tenía con Mary.

—Ha acontecido un crimen y he tenido que incorporarme antes de lo previsto.

—¿Un crimen? El de la urbanización en una fosa de agua.

—Bueno, es una piscina municipal fallida.

—¿Cómo? —preguntó Javier.

—Ya sabes, la burbuja inmobiliaria del 2008 arrasó con ese proyecto.

Javier asintió y cogió el trapo que estaba en su hombro.

—¿Y los niños?

—Con la clase privada de inglés. En su cuarto.

Álex, asombrado, asintió.

—Qué nivel…

—Bueno, creemos que el inglés es básico para sus vidas.

—Hacéis bien. ¿Dónde está mi hermana?

—Arriba, trabajando.

—¿Te importa? —preguntó, indicando la dirección de su despacho.

—Estás en tu casa —respondió con un ademán—. ¿Te quedas a cenar?

Álex suspiró y miró a Karla.

—Creo que es una buena idea. En mi nevera no habrá más que un par de yogures caducados con sabor a piña y un pan de molde que estará a punto de abrir la puerta y escapar dirección Collserola.

—Exagerado.

—Para nada. Hemos venido a buscar las cosas de Karla, se viene a vivir una temporada a mi casa.

—¡Ah! —respondió sin añadir nada más.

Karla se acercó a Javier y lo abrazó.

—Gracias por cuidar de mí estos días.

—Ya sabes que esta es tu casa. —Y volvió a la cocina a acabar el pollo al horno que estaba preparando.

Álex tocó la puerta del despacho de Ana y entró.

—¿Se puede?

Ana miró a su hermano sorprendida.

Rocky, el gato pelirrojo, se acercó a Karla para recibir muchos mimos. Lo cogió en brazos y comenzó a darle besos como si hiciera un siglo que no lo veía.

Álex le explicó lo que había sucedido, un hecho que lo obligaba a reincorporarse antes de lo que se pensaba en el Cuerpo.

—¿Cómo va tu pierna? —preguntó a Karla.

—Bien. Tengo algo que decirte ——confesó ella, y le explicó la mudanza a casa de Álex.

Álex se aproximó a la pared de cristal que, como la terraza de la *suite* de un crucero, tenía vistas al mar chispeante y a un cielo rosa y lila al atardecer.

La mesa donde la hermana trabajaba era de vidrio, con un Mac encima, un teclado y un ratón inalámbrico del mismo color que el ordenador, es decir, un verde casi turquesa. Una agenda, una estilográfica amarilla y un cuaderno de anotaciones.

Detrás, una pared y un sinfín de libros que hacían que los estantes se encorvasen.

—Me encanta ver cómo trabajas ahora. Me acuerdo cuando estabas en la uni, que eras un completo desastre y tu habitación estaba sumergida en papeles, libretas, apuntes y un caos generalizado. Me encanta ver cómo es ahora tu despacho.

Ella sonrió.

Miró al suelo un segundo y luego levantó la mirada.

—Las situaciones cambian y las personas también.

—Ya. Pero hay situaciones que no lo hacen.

—¿A qué te refieres? —preguntó mientras miraba a los dos.

—Tu hermano se refiere a la piscina.

—Ya… —dijo, bajando la mirada.

—Hay más cadáveres.

Ana se apoyó la mano en la boca.

—Creo que necesitaremos tu ayuda otra vez. El asesino no es normal que mate de esa forma.

—¿Cómo? —preguntó.

Álex dio un paso hacia adelante y le cogió la mano.

—Es mejor que mañana lo veas tú misma.

15

Álex se refería a que, en cuanto tuviera las fotos, se las mostraría para que le diera su opinión.

Después de hablar un rato más sin profundizar en el tema, bajaron a cenar.

Comieron el pollo con puré que había preparado Javier.

Hablaron de cómo avanzaba el manuscrito del libro que estaba escribiendo Ana sobre el Rey Muerto. Una investigación interesante y que llevaba una fuerte dosis de análisis de la conducta del asesino.

Ana explicó que las horas se le pasaban volando cuando escribía esos libros, autobiográficos y de criminólogos.

El libro no tenía título, aún se lo estaba pensando. Tenía varias opciones, y lo guardaría para el final. En cambio, no quería dejar la entrevista con el juez Sergi Vila que le había prometido a Álex para lo último.

Cuando acabaron de cenar, se fueron hacia la casa de Álex.

La patrulla pasó la Ronda Litoral, después, por la de Dalt y, por último, por la calle que llevaba a Collserola.

Se detuvo y miró la casa.

—Gracias. ¿Nos vemos mañana?

—No, señor, estamos de guardia hasta que venga otra patrulla.

Álex asintió y, antes de salir, retrocedió, se lo había pensado mejor.

—Por favor, decidles a los compañeros que se presenten con un coche de paisano. Preferiría mantener un cierto nivel de discreción en mi casa.

Ellos asintieron.

Entraron en casa.

La persona que iba a limpiar había seguido acudiendo a pesar de que él estaba hospitalizado.

Karla quedó algo fascinada por la casa que tenía Álex. Sí, era verdad que la había heredado, pero igualmente era espectacular. Más que una casa, le sorprendió que fuera una biblioteca donde una persona había vivido durante años.

Libros, libros y más libros.

Ella ojeó los lomos con avidez para ver qué títulos eran. Había estanterías solo de literatura universal, otros, de filosofía y otros, de pensamiento. Desistió cuando Álex la llamó para enseñarle la mejor parte de la casa: el dormitorio.

Al entrar, la ventana que daba a la fachada desvelaba de una forma contundente la posición estratégica y privilegiadísima.

Se quedaron embobados mirando las luces de la ciudad que aparecían en el horizonte.

—Y pensar que antes estábamos en uno de esos rascacielos. Ahora aquí —dijo ella.

—Ya… ¿Sabes en qué pensaba yo?

—¿En qué, Álex?

—Que si Clara se hubiese equivocado pocos centímetros y me hubiera disparado más hacia arriba, ahora no estaría aquí.

—Ya… La vida te ha concedido una segunda oportunidad.

—Soy consciente de ello, cada día más. Por eso, no quiero perderme lo mejor de la vida —dijo Álex, mirando las luces de la ciudad que brillaban en los ojos de Karla.

—¿Es decir?

Él sonrió y la besó. Fue un beso lento, sentido, deseado. Luego, vino otro y otro.

Siguieron mirándose, haciéndose confesiones y diciéndose cosas bonitas, las que hacía tiempo que se tenían que haber dicho.

Y se fueron a la cama, pero para seguir hablando. Como antes, como cuando eran estudiantes. De la vida, del pasado, del presente. Se durmieron vestidos y abrazados.

Por la mañana, las primeras luces provenientes del horizonte despertaron a Álex. Intentó levantarse sin despertarla y ella hizo como que seguía dormida.

Se duchó y salió sin decir nada.

Arrancó el Mazda descapotable y se fue al trabajo.

Aparcó el coche en el garaje de la comisaría y fue directo a la cafetería Sirena a por su desayuno.

—Un café con leche y una pasta —pidió Álex—. No, esa, la caracola de pasas. Gracias.

El camarero, que tenía pinta de ser nuevo, le sirvió las dos cosas en la bandeja. Pagó y se fue a desayunar a la esquina de la mesa comunitaria. Esa mesa alargada de madera cruda que ocupaban varios equipos de agentes tenía libre el extremo del fondo.

Fue a sentarse. Cuando lo vieron, los compañeros lo saludaron como en una procesión de Semana Santa.

Cada uno de los compañeros del grupo de la científica, de investigación, de tráfico, todos querían saber cómo estaba.

Al cabo de casi media hora, consiguió sentarse, por fin, para desayunar y leer su periódico.

Dio un mordisco a la pasta y un sorbo al café. No pudo retener el disgusto, el café con leche estaba frío.

Justo en ese momento, apareció Rafael con un café con leche recién hecho. La espuma de soja estaba perfecta y con una preciosa flor dibujada.

—Pero…

—Invita la casa. Ese está frío. Bienvenido de nuevo —dijo, y se fue.

Dio un sorbo y ese sí estaba caliente.

Pero su rato del desayuno iba a ser interrumpido otra vez. En esa ocasión, mucho más molesto, irritantemente molesto.

—¿Se puede? —preguntó el *mosso*, dejando su bandeja y sentándose sin esperar respuesta.

—No —respondió Álex.

—Pero está libre y así desayunamos y preparamos la mañana.

—Escúchame bien, novato. Me la repampinfla que seas el nuevo protegido del jefe. Cuando yo desayuno, lo hago solo. Así que vete de mi vista y de mi mesa, Iker.

16

La invitación a que se fuera no funcionó con el novato.

Eso le reventó a Álex.

«¿Por qué este chico es tan cerrado para entender las cosas?».

La cafetería había sido un lugar de muchos encuentros y momentos de descanso. El olor a canela y a bollo recién hecho que flotaba en el aire, las personas hablando, la televisión en el fondo y su ritual de por la mañana dedicado al café y a una pasta.

Su hábito se estaba rompiendo.

Iker Santamaría le estaba destrozando ese momento idílico. Uno suyo, sin nadie más. Y lo peor era que el novato no escuchaba.

—Sí, porque yo creo que haremos una buena pareja, ¿sabe? Desde luego. He estudiado todas sus investigaciones y me parecen magistrales. Siento envidia de cómo ha llevado ciertos casos y de cómo ha metido a esos criminales en la trena —dijo Iker a Álex mientras se comía un *croissant* de chocolate.

«A este no me lo quito de encima ni con agua caliente», pensó.

Intentó desconectar y seguir con su desayuno como si no estuviera. Dio otro mordisco al bollo y fue hojeando el periódico.

La voz con tono molesto de Iker seguía en el fondo de sus orejas, pero procuraba no escucharlo.

El periódico comenzaba con una noticia internacional de dos políticos que se habían reunido en un viaje diplomático. Pero la siguiente era el hallazgo de los cadáveres en una piscina municipal.

La noticia se había difundido como la pólvora.

La mañana empezaba de una forma tranquila: él, desayunando y Karla, en su casa, durmiendo y escoltada por los agentes. Era verdad que se había alterado con la presencia del novato, pero se acabó estropeando con las noticias que traía Mario.

El responsable del grupo de la científica cruzó Travessera de les Corts y entró en la cafetería. Se fue directo hacia la mesa. Llevaba una carpeta en la mano. Se acercó y se sentó al lado de Álex.

Lo sorprendió.

—Solo faltabas tú —espetó Álex con tono molesto.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Nos has visto? —preguntó Iker, mirando desde donde estaba sentado para ver si había una visual con las ventanas del segundo piso.

Mario lo miró extrañado.

—¿Es el novato?

—Sí, déjalo, es un plasta —respondió Álex—. ¿Qué pasa tan urgente?

—Verás, cuando te fuiste, acabamos de drenar la piscina. Debajo de todos los escombros y el barro que había dentro, apareció un tercer cadáver.

Álex arrugó el ceño.

—¿Cómo? ¿Pero no eran dos?

—Ya, pero resulta que al final son tres.

—Tres cadáveres —susurró Álex con los dientes apretados—. ¿Tenemos pistas, alguna idea?

Mario negó. En sus ojos estaba presente demasiado café y pocas horas de sueño.

—Poco. Quiero decir, casi nada, la verdad —afirmó con tono dolido.

—OK. ¿Qué sabemos de la tercera víctima?

—La han encontrado ahogada.

—Hombre, dentro de una piscina, obvio, ¿no?

—Ya, pero no te imaginas cómo. Escúchame. Te espero en comisaría y te lo explico —dijo, mirando a su alrededor.

Álex miró su reloj y lo que le quedaba por comer.

—Nos vemos en cinco minutos en la sala de *briefing* de investigación, ¿te parece?

Mario asintió y, sin mirar al novato, se levantó y regresó a la comisaría.

Álex acabó de hojear el periódico. Le faltaban pocos mordiscos de la caracola y se acabó de beber el café. Se sentía incómodo con esa persona que lo miraba y que, seguramente, anotaría todo movimiento en una libreta mental que después leería al jefe, el subinspector Ferrer.

Álex se levantó y fue a la caja. Pidió un café largo, muy largo, para llevarse y se fue sin esperar al novato. Cruzó la calle cuando ningún coche pasaba. Sentía detrás la presencia de Iker, que, sin decir nada, se había convertido en su sombra, hasta se pidió un café como el de Álex y se apresuró a seguirlo.

Entró en el edificio de los *mossos* y subió al segundo piso. Fue directo a la planta dos y a la sala de *briefing*.

Allí estaba Mario, que los esperaba.

—A ver, no perdamos tiempo. Dime, ¿cómo era el tercer cadáver?

Mario apoyó en la mesa la carpeta que llevaba.

—Horroroso, Álex. Este individuo es un sádico de cuidado.

—¿Qué ha hecho?

—El tercer cadáver es de una chiquilla, tendrá veinte años, veinticinco a lo sumo —dijo, sacando una foto de la carpeta.

Aparecía el cadáver en avanzado estado de putrefacción y con una bolsa del tamaño de un pequeño globo en la cabeza.

Álex, al ver la foto, se estremeció.

Por desgracia, se había acostumbrado a Néstor Luna y a sus asesinatos; serraba los cuerpos congelados. Ese era el *modus operandi* que más le gustaba, pero este era otro sádico. El que había arrojado tres cadáveres a una piscina de tres maneras diferentes era otro psicópata que sabía que lo llevaría de cabeza. Lo sentía. Lo presentía.

Cuando tuvo en la mano la foto del cadáver que sacaron del fondo de la piscina, tuvo la prueba.

—¿Por qué un globo tan grande? —dijo Álex mientras la miraba.

—Llevo toda la noche pensando en ello. Creo que la única respuesta es que quería que la agonía fuera muy lenta —respondió Mario.

Álex se quedó unos segundos en silencio.

—Iker, vete a la sala y coge folios en blanco, rotuladores y celo.

—¿Por qué? —preguntó, mermando la paciencia de Álex.

—¡Hazlo y ya está! No estoy aquí para discutir. Venga, no me hagas perder el tiempo.

El novato se fue. Al salir por la puerta, Mario se giró hacia él.

—Menudo tío…

Álex negó.

—Llevo veinte minutos con él a cuestas y ya no lo soporto. No sé cómo sobreviviré un día entero —afirmó, y regresó la vista a los documentos de la carpeta.

Los observó, hojeando las páginas, hasta que regresó Iker.

Cogieron las hojas y apuntaron: víctima uno, víctima dos y víctima tres. Los folios los pegaron en la pizarra y debajo, todas las fotos de los cadáveres.

Luego, imprimieron un mapa de la zona de la piscina.

Todo eso no tenía ni pies ni cabeza, pero seguro que tenía un hilo conductor.

—¿Ninguno de los tres llevaba nada con lo que pudiéramos identificarlos?

—Nada, limpios —respondió, y luego se acercó a la pizarra donde estaba la foto de la tercera víctima—. Ella.

—¿Ella qué?

—Tiene unos tatuajes bastante diferentes.

Álex se acercó. En los dos brazos había tatuajes. En el derecho, un tribal muy especial que arrancaba desde la mano y acababa en el cuello. Y en el otro lado, un sol clavado con una flecha. Muy pequeño. Como si fuera un corazón atravesado por una flecha de Cupido.

—Llama a Iván —dijo Álex a Iker.

Este bufó por ser el chico de los recados, pero se fue y regresó con él.

Iván se acercó y le dio un abrazo.

—Se te echaba de menos por aquí, jefe —dijo Iván.

—No me llames jefe —respondió jovial.

—¿En qué puedo ayudarte?

Álex apuntó la mano en la foto.

—Quiero que llames a todos los tatuadores de Barcelona y que les enseñes estos tatuajes. Seguro que algo así se recuerda.

Iván asintió.

—¿Algo más?

—Busca en todas las cámaras de los alrededores que puedan haber captado la actividad de la zona. Coches, personas, perros, gusanos y peatones que hayan entrado, salido o ido por la urbanización. Seguro que hay por lo menos una cámara de entrada —ordenó Álex.

—Los tatuajes y las cámaras, ¿algo más?

—Sí, Iván. Necesito que busques todas las desapariciones que encajen con estos perfiles.

Iván echó hacia atrás el peso y resopló. No fue un gesto que Álex interpretara como queja, sino que era mucho trabajo para una sola persona.

—¿Y para cuándo lo quieres todo esto?

—¿Para el mediodía?

Entonces Iván bufó.

—Pide a Laura o alguien más que te ayude —dijo, y le dio una palmada en la espalda para animarlo.

Este asintió y se fue rápidamente mientras repasaba las notas que había tomado.

—¿Y ahora? —preguntó Iker—. ¿Y nosotros qué hacemos ahora?

—Nos vamos a la morgue. Seguro que Alba tendrá alguna noticia para nosotros —dijo Álex mientras Mario subía las cejas.

17

Álex aparcó el coche bajo las instalaciones de la central de Sabadell.

Le encantaba que quien iba con él condujera. Prefería mirar por la ventanilla y pensar, repasar el caso, las fotos y la carpeta con toda la información.

Pero Iker le producía sarpullido.

Prefirió conducir él y que Iker se quedara callado.

Mientras iban hacia la morgue, repasó el caso, descubierto por casualidad por Karla, a la que el asesino conocía.

¿Casualidad o causalidad?

Eso era un misterio.

Demasiadas casualidades no suelen suceder.

Pero hasta prueba contraria, ese caso era una serie de coincidencias. Nada demostraba que no fuera así. Por lo tanto, debía seguir con la convicción de descubrir al asesino, sin caer en la trampa de que fuera una conspiración o algo parecido.

Recorrieron el pasillo acristalado y Alba lo vio.

A su lado, su joven ayudante rubia. Ambas se detuvieron. Alba le dijo algo y ella se fue hacia el escritorio.

—Caray, el sargento Cortés en persona. Tiene que ser muy importante a por lo que vienes para haberte sacado del agujero en el que estabas, ¿no? —preguntó Alba.

Álex, sin decir nada, se acercó y le dio dos besos.

—No te negaré que hubiera preferido acabar mi rehabilitación.

—Me han dicho que por poco pasas a ser cliente mío. Te hubiera visto las tripas… —bromeó Alba.

—Siempre tan oportuna, ¿verdad, Alba?

—En fin, entre tanta muerte, una pizca de sarcasmo no viene mal, ¿sabes? —confesó ella.

Mientras, la ayudante esperaba detrás con educación. El comportamiento de ella le llamó la atención. Miraba hacia el suelo y se arreglaba el pelo fino y rubio detrás de la oreja.

Álex arrugó el ceño, entendió qué estaba pasando.

—¿Y tú eres? —preguntó Alba al chico que seguía a Álex.

El sargento suspiró al recordar su sombra forzada.

—Ik… —dijo Álex, y fue apartado por el chico, que acercó a la forense la mano para estrechársela.

—Iker Santamaría. Cabo Santamaría —replicó el joven, mirando a los ojos a la mujer—. Encantado de conocer a la Dama de la Muerte. He oído muchas cosas sobre usted —acabó con

un tono divertido y con la esperanza de haber sido simpático, pero la realidad fue que obtuvo el efecto contrario.

El joven se quedó esperando a que se la estrechara, pero la mujer, al ver la expresión de Álex, entendió muchas cosas.

Miró la mano y analizó su mirada. Se lo pensó unos pocos segundos y no se la estrechó.

—Ya… —dijo ella, y se giró—. Te presento a mi ayudante.

Álex vio cómo la veterana había entendido la dinámica entre los dos y prefirió no tener nada que ver con el cabo. Se apartó y dejó que los dos jóvenes se conocieran al mismo tiempo que cogía de un brazo a Álex y se lo llevaba a un lado.

La ayudante de Alba le estrechó la mano a Iker y se quedaron un segundo mirándose fijamente a los ojos.

—Me han dicho que te van los italianos y si son camareros, aún más —dijo Álex a la forense.

—Me van desde que tú ya no te pasas por aquí por las noches.

—Prefiero trabajar de día.

—Eso se podría arreglar… Conozco un hotel muy limpio por horas —susurró.

Álex rio y le contestó.

—He venido por los cadáveres…

—Pensaba que, después de tanto tiempo, venías a verme a mí.

—No, siento defraudarte.

Caminaron hasta una mesa de trabajo. Alba, que no perdía ocasión para insinuarse al sargento, abrió la cremallera de la bolsa negra del cadáver, apretando con los antebrazos sus pechos y enseñando muy sutilmente una fina línea del mismo sujetador que llevaba la noche que acabaron revolcándose en la sala de descanso de la morgue.

—Me encanta el rojo —comentó Álex.

Y justo después llegaron Iker y la forense; al correr la cremallera, dejó de enseñar el sujetador.

—¿Rojo, dónde hay rojo? —preguntó el novato.

—Silencio. Las preguntas para después —dijo, tajante, Alba.

Al abrirse las solapas de la bolsa, el cadáver desprendió un hedor insoportable que echó para atrás a Álex. Pidió disculpas y fue a buscar unas mascarillas y un poco de crema mentolada.

Regresó, dio una mascarilla a Iker y entonces pudo observar el cadáver.

—Alba… —dijo Álex con un ademán.

—Tenemos una mujer que lleva muerta unas veinticuatro horas. No más. Fue encontrada envuelta en una alfombra. Es la que Karla vio cuando el asesino la tiró a la piscina.

—Ya, me lo ha explicado.

—Bien. Ningún signo identificativo, ni tatuajes ni *piercings* ni nada. Ni apendicitis ni cesárea. Tan solo una operación de cirugía estética de aumento de pecho. Nada más.

Álex se acercó. La mujer tenía una piel tersa y suave dentro del color cadavérico que mostraba. Unos labios carnosos y un rostro cuidado. Le dio la sensación de que la mujer tenía un estatus elevado. Y no por una operación de pecho, sino por todo en general. Tenía el pelo largo, castaño y con mechas rubias, no parecía una mujer de clase obrera, sino de clase media alta de Barcelona.

Cejas arregladas, labios sensuales y afilados. Uñas de los pies y de las manos pintadas de rojo.

—Hay una rota —se fijó Álex.

—Sí, seguramente, se ha roto en algún momento de la lucha con el asesino. He encontrado restos de arena, ropa y algo orgánico debajo de sus uñas, a lo mejor suena la flauta, pero no creo que seamos tan afortunados.

—¿Huellas?

—El asesino se las quemó. Imposible la identificación del cadáver por esa vía.

—¿Cómo la han matado? —preguntó Iker.

Alba ni lo miró. Acercó un bolígrafo a la garganta y señaló unas marcas.

—Estrangulamiento —respondió a Álex, aunque este no había realizado la pregunta.

—Ya.

—¿Más preguntas? —dijo a Álex, como si estuvieran ellos dos solos en la estancia. El sargento contestó que no—. Pues vamos a los otros dos cadáveres —invitó Alba mientras cerraba la cremallera de la mujer.

Cerró la compuerta y sacó otra bolsa.

—Este es el hombre —informó sin abrir aún la cremallera—. Este es más interesante —comentó Alba al mismo tiempo que miraba a Álex con los ojos brillantes.

18

La morgue solía oler a lejía, siempre y cuando no se abrieran esas bolsas negras con cadáveres.

Entonces el olor de la muerte se difundía por la estancia.

Alba Guevara, la Dama de la Muerte, parecía que, cuando se abría una de esas sacas y se expandía el olor, estaba feliz.

Era un ser algo diferente y complejo.

Sin considerar que un médico que dedicara su vida a los muertos en lugar de los vivos, como mínimo, tenía que ser una persona peculiar.

La mujer abrió la bolsa y apareció el hombre.

Álex seguía mirándola. La mujer con la que se había acostado una noche de pocas luces y muchos nervios, y en la que Álex necesitó un momento de compañía.

En ese instante, reflexionó sobre la peculiaridad de esa señora que rozaba los cincuenta y cinco años y mantenía un atractivo intachable.

Considerando que pasamos más tiempo en el trabajo que en casa, era cuando menos interesante que esa mujer prefiriera pasar más tiempo con los muertos que con los vivos.

Luego, pensó en Ferrer, su jefe. Pensó que trabajar con los muertos daba menos problemas que trabajar con los vivos. Más callados, no importunan, no te pegan un novato al culo.

Álex sonrió. Bajo ese punto de vista, Alba, la Dama de la Muerte, lo tenía todo muy bien montado.

—Varón, de unos cuarenta y cinco años. Muerto desde…, calculo por el proceso cadavérico, desde hace una semana. Pero… —dijo ella, y al subir la cabeza, vio a Álex—. ¿De qué te ríes?

Álex seguía perdido en sus razonamientos e intentó quitar esa expresión en su rostro.

—Nada, sigue, por favor.

Ella arrugó el ceño y siguió.

—En fin. El agua fría de la piscina puede que lo haya conservado mejor de lo que pienso. De este hombre poco que destacar, solo un par de cosas. —Apuntó con un bolígrafo las muñecas—. Estas marcas son de las bridas que sujetaban los puños a la silla. Te recuerdo que, si quieres verla, está arriba. —Álex asintió—. Las mismas marcas las encontramos en los pies —dijo, indicando unas líneas moradas rodeando los tobillos—. Murió ahogado, este sí. Lo tiraron vivo a la piscina, pero tuvo la fortuna de caer sobre un hierro que le atravesó el cuerpo. Eso quiere decir que lo tiraron empujándolo. El hierro le cruzó el abdomen. La carne que falta se la comieron las ratas.

Álex tensó los músculos de la cara, era repugnante. No solo el olor, sino ver cómo habían dejado el cuerpo esos animales hambrientos.

El hombre que tenía delante era un señor distinguido. Se podía ver por cómo llevaba la barba y el pelo. Sus ojos eran oscuros y profundos, casi inexpresivos.

—Tenía un tatuaje. Esto os puede ayudar a identificar el cadáver —dijo mientras mostraba un brazo—. Aquí, en el bíceps, hay como un martillo y una balanza de la ley, de un juez. ¿Quién se tatúa algo así?

—¿Un abogado? ¿Un fiscal? ¿Un juez? No hay mucho más —consideró Álex.

—Eso ya es cosa tuya, Álex —dijo, y cerró la bolsa—. La última víctima y luego me voy a desayunar.

A Álex se le había girado el estómago, para él era impensable comer nada después de ver ese espectáculo nefasto y escatológico.

Sacó la camilla y abrió la cremallera.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Alba—. Ah, sí, la chica joven.

Álex la reconoció. El tatuaje de temática étnica que le recorría el brazo era inconfundible. El dibujo llegaba hasta la barbilla. Se tenía que ver ese tatuaje incluso con un jersey de cuello alto.

Pelo largo con rizos, joven, muy guapa. La cicatriz de la autopsia le recorría el cuerpo, estropeando ese joven y esbelto físico.

—Mujer sobre los veinticinco. Tatuajes, un sol con una flecha y otros tribales, como podrás ver —explicó Alba—. A pesar de morir en una piscina, el asesino le colocó un globo al cuello e hizo que se asfixiara en el fondo.

—¿Cómo?

—La mujer fue arrojada a la piscina. Llevaba un lastre sujeto con las mismas bridas —dijo, señalando los tobillos—. El peso tiraba hacia abajo y las manos las tenía atadas a la espalda: no podía moverse. El globo en la cabeza le pudo dar oxígeno unos diez, quince minutos a lo sumo. Y luego se asfixió.

—Menudo final más aterrador —murmuró Iker.

Álex se giró hacia el chico, mirándolo perplejo.

—¿Algo más, Alba? —preguntó Álex.

Ella negó.

—Creo que por hoy tenemos bastante —dijo ella.

—Desde luego —confirmó Álex, y miró el reloj—. Bueno, nos tenemos que ir. Por favor, Alba, lo que descubras, ya me mandarás un *mail*.

—¿No volveréis? —preguntó la ayudante.

Álex se giró y pilló a la ayudante forense mirando con ojitos al novato.

—No, no creo —respondió, tajante.

—Por cierto, ¿cómo está Karla?

—Bien, recuperándose. Gracias —respondió Álex, y después añadió—: Me ha contado que os lo pasasteis muy bien esa noche.

Ella sonrió. A Álex le dio la impresión de que fue la primera ocasión que lo hacía de esa forma, sentida.

—Sí, mucho. Tendremos que repetir.

—Bueno, esperad un momento, que primero tenemos que resolver esto. Que vosotras tres juntas, como encontréis otro asesino, se nos solapa el trabajo —dijo Álex sonriendo.

Ella mandó un beso al aire y Álex negó con la cabeza como diciendo que nunca cambiaría esa mujer.

La ayudante se acercó a Iker para darle dos besos y le pasó un objeto.

Cruzaron la salida y Álex se detuvo.

Retrocedió y le preguntó a la forense.

—¿Por qué allí? ¿Por qué a ese restaurante perdido de Dios? ¿No hay bastantes restaurantes por Barcelona que fuisteis a esa urbanización perdida?

Ella se lo pensó y arrugó el ceño.

—Fui yo quien lo propuso. Tenía buena pinta y los de la ciudad ya me los conozco todos.

—¿Y cómo se te ocurrió?

Ella fue a contestar, pero se quedó en blanco.

—Pues ahora que lo dices, no lo sé.

Álex asintió.

—¿Me escribes cuando recuerdes cómo supiste del restaurante?

Ella asintió y los policías de la investigativa se fueron.

Subieron al coche y, en cuanto arrancó, Iker le preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A la piscina, tenemos que entender aún muchas cosas —dijo Álex—. Por cierto, ¿la vas a invitar a cenar?

—¿Yo? ¿Cómo? —preguntó con un tono algo incómodo.

—En el papel que te ha pasado antes estará su número de teléfono, ¿la llamarás?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Esto a usted no le incumbe —espetó, seco, y luego siguió con el tono de siempre —. Quiero decir, que no lo sé. Ya veremos.

Esa respuesta lo dejó perplejo. Era la primera vez que él consideraba que el verdadero Iker salía a la luz. No el cabo lameculos y gentil, el verdadero. El que era seco y maleducado.

Entendió que la fachada pronto se le caería del todo y vería cómo era el Iker Santamaría de verdad.

Lo miró de reojo cuando salieron del aparcamiento, pensando que era solo cuestión de tiempo.

19

Mientras Álex conducía hacia su destino, se acordó de su abuela.

No porque llevase tatuajes o hubiera muerto ahogada en una piscina o, simplemente, porque el día anterior lo hubiese llamado.

No, nada de todo eso.

En ese momento, entre el silencio y el zumbido continuo del coche, Álex recordó sus palabras. Sí, sus palabras. Una frase que le repetía muchas veces y que empezó a decírsela desde bien joven.

Una frase que no acabó de entender hasta pasados los treinta. Una frase de esas lapidarias que dicen las abuelas y que quedan grabadas a fuego para siempre.

La frase fue despertada por la respuesta de Iker: «No lo sé. Esto a usted no le incumbe».

Demostró mucho en tan solo nueve palabras.

Su abuela decía: «Antes de conocer a una persona, tendrás que comer muchos kilos de sal con ella».

Tenía razón.

El chico había demostrado a la primera situación incómoda que tenía un lobo debajo de la piel de cordero que mostraba.

Todos tenemos dentro un Mr. Hyde que antes o después quiere que lo dejemos salir. Y cuando es muy fuerte, siempre sale y quiere sobresalir. Está ansioso de protagonismo y tiene un pronto fácil que siempre, de un modo u otro, consigue escapar.

Cuando llegó a hacer ese paralelismo con Mr. Hyde, cayó en Néstor. En el alter ego de Néstor.

¿Dónde estaría?

¿Qué estaría haciendo?

No podía dejar de pensar en él. Ni cuando estaba con otro caso o centrado en otra tarea, su mente seguía cayendo en el mismo tema: Néstor, Néstor, Néstor.

Pero tenía que centrarse.

Hacía tiempo que no conducía y esa sensación de volver a surcar el asfalto le gustaba. Lo que no le gustaba era la compañía.

Se giró a mirarlo.

Llevaba todo el rato hablando de él, de su pasión por el *snowboard*, por correr por los Pirineos. Toda una vida viviendo en Puigcerdà y soñando llegar a la ciudad de Barcelona.

Como él.

Se sintió identificado.

Pero él no era tan abrupto y no pasaba por encima de los compañeros o superiores.

Se quedó rebobinando y cuanto más intentaba recordar que él no era como Iker, más momentos como los que había tenido con él afloraban a su mente.

La sensación que tenía se intensificaba.

Entraron en el pueblo de La Garriga. Siguieron las indicaciones del GPS y metieron el coche en un aparcamiento de pago.

Caminando hacia el ayuntamiento, Álex se detuvo y miró a Iker, que estaba hablando a su lado: le estaba contando cómo recolectar setas por el bosque. Cómo, cuáles, qué hacer con ellas.

Álex se detuvo justo antes de la plaza del ayuntamiento.

El novato se detuvo y lo miró.

—¿Álex, todo bien?

—¡No! —respondió, determinado.

Esa respuesta lo dejó en *shock*.

—¿Qué le pasa?

—Tú me pasas. No has callado desde Sabadell. No te soporto más. Quiero que te calles y que hables solo cuando te lo diga yo. ¿Has entendido?

El novato no contestó.

—¿Has entendido? —insistió.

El cabo movió ligeramente la cabeza, observándolo.

—¿Por qué?

—Porque tengo dolor de cabeza y debería estar haciendo rehabilitación. Y estoy en este pueblo, soportando tus historias, anécdotas y no sé qué más. Para, cállate, no te soporto. Es más, como sigas, te voy a dejar aquí. ¿Está claro? —espetó, y reanudó sin esperarlo.

Iker lo vio pasar a su lado con las manos en los bolsillos de su chaqueta de piel negra.

—Está bien —dijo, levantando las manos, aceleró el paso y enseguida se puso al lado del sargento—. Bueno, le decía que, cuando no es temporada de setas, es época de espárragos. ¿Ha probado los espárragos trigueros de bosque? Son una delicia. Yo los hago en tortilla, con sopa, con un salteado para pasta con nata. De muchas formas. Le traeré el próximo día que encuentren mis padres.

—No los quiero —respondió, y aparecieron al lado del ayuntamiento.

Ni poniéndose serio ese tío se callaba. No lo soportaba más.

El ayuntamiento de La Garriga era un edificio peculiar. Bueno, no lo era en sí mismo, lo que lo hacía diferente era la acera, que era una bajada constante y que provocaba un efecto óptico extraño: parecía un edificio recortado y puesto allí a la fuerza, dando la sensación de que se inclinaba, como una torre de Pisa, aunque en realidad estaba completamente recto.

Entraron y se colocaron delante de la mesa de recepción. Al otro lado del cristal, había un señor revisando unas hojas.

—Hola, somos de…

—Allá —dijo, indicando la entrada.

—¿Cómo? —preguntó Álex.

—Coged un tique. Estoy ocupado —respondió, señalando el expendedor de turnos de las visitas.

A Álex no le gustó. Ya venía molesto y enfadado con el cabo y eso no empezaba bien.

Regresó y miró las citas que podía coger.

—Si quiere que hablemos de la piscina y sus permisos, tenemos que hablar con urbanismo —dijo Iker al mismo tiempo que apretaba el botón y salía el papel de una impresora térmica antes de que Álex respondiera.

Fue todo tan rápido que se preguntó si estaba perdiendo facultades y reflejos.

Álex gruñó mientras Iker cogía el papel.

—Primera planta —dijo mientras lo revisaba.

—Espera —respondió, y se acercó a la recepción. Tocó con los dedos para llamar al hombre y le preguntó—. ¿No dan citas con el alcalde?

El hombre primero lo miró serio y luego, esperando unos segundos, estalló en una risa burlona, casi vejatoria.

Álex bajó las orejas y subió su nivel de cortisol.

Subió las escaleras del ayuntamiento siguiendo a Iker, que hablaba de una ocasión en la que había ido a La Garriga por un mercadillo medieval.

Se sentaron en una salita con una pantalla que marcaba el turno.

Desde la perspectiva de Álex, sentado, quedaba justo enfrente la puerta de la alcaldía.

No esperó a que su diablo interno se lo dijera dos veces.

Sin decir nada y con la fuerza de un toro, fue directo a la puerta. Ni se enteró de que la secretaria lo llamó.

Abrió y se encontró al alcalde en su mesa. Estaba hablando por teléfono.

—¿Sí? —preguntó la mujer vestida con un traje ceñido de terciopelo negro y una camisa blanca, poniendo una mano en el auricular del teléfono fijo—. No se puede entrar. ¿No ha visto el cartel?

Álex no le permitió repetirlo.

Se acercó, dejó la placa en la mesa y, con suma educación, le habló.

—Sargento Cortés. Necesito hablar con usted de la piscina —dijo, mirándola a los ojos.

Ella quitó la mano del auricular.

—Te llamo luego, tengo una visita —dijo, y hubo silencio—. Lo sé, pero es la policía. No, déjame. *Ciao*.

La mujer colgó sonriendo. Se levantó y le estrechó la mano. No dio tiempo de decir nada; Iker ya estaba estrechándosela también en cuanto la soltó.

—Cabo Iker Santamaría —se presentó sonriendo.

—Por favor, siéntense.

Los dos policías lo hicieron.

—Supongo que necesitan hacer preguntas —dijo, sentándose y cruzando las piernas—. Vamos un poco desbordados…

—¿Nadie vigila ese espacio? —preguntó Álex.

Ella frunció los labios. Su rostro era cuidado y limpio. Sin mucho maquillaje. Tenía que haber acudido el día anterior a la peluquería, ya que desprendía aún el típico olor de los productos profesionales. Su largo pelo estaba escalado y alisado. Entre rubio y castaño claro.

Lo observaba pensativa, juntando los dedos de las dos manos y con los codos en los reposabrazos.

Afinó la vista. Álex se sintió estudiado.

Seguramente, estaría repasando todas las respuestas estándares neutras y estériles que los políticos tienen en algún manual universal que les deben dar al inicio de la carrera.

El amor y respeto de Álex a los políticos era el mismo que le tenía a la autoridad en general. Es decir, entre poco y nulo. Pero eso no quitaba que necesitara de esas personas, en ciertos momentos, tenía que pasar por ese aro.

Después de pensarlo, levantó los ojos y miró al policía. Él se ajustó la chaqueta y esperó a que la mujer contestara.

—Esa obra está lejos de nuestro núcleo urbano. Fue construida por una comisión de gestión de la que ya no recordamos la existencia. ¿Ha visto las posibles fechas de la inauguración?

—Sí, las hemos visto —respondió Iker a la política, y enseguida se giró hacia el sargento para sonreír.

Álex solo esperó que ella respondiera.

—La crisis del 2008 los pilló de pleno y la dejaron a medias.

—Me refiero a que llevaban varias semanas los cadáveres allí dentro, ¿me entiende?

Ella se encogió de hombros, sin perder la compostura.

—Entiendo lo que quiere decirme, sargento, pero no tenemos manera de controlar todo lo que tenemos a medias o abandonado. Los efectivos de la policía son los que son. Si fuera por mí, hubiera derribado ese edificio hace años. Es una cicatriz en nuestro territorio.

—Pero nadie vigila qué pasa allí, cámaras o algo. Una compañera pudo acceder perfectamente. Niños o adolescentes podrían colarse en el recinto y sufrir un accidente.

—Está vallado —respondió ella con un aire de «¿qué más quieres que hagamos?».

Álex afinó la vista, esa respuesta la daba una persona que marcaba lo que decía la ley o un contrato con una aseguradora, no el sentido común.

—Se puede acceder.

—No entiendo a dónde quiere llegar.

Otra pregunta del manual de los políticos.

—Que, a pesar de estar vallado, es peligroso —aseguró, y, aunque se lo pensó dos veces, acabó diciendo lo que realmente pensaba—. Ustedes son los responsables. En los seguros, creo que dicen que es una responsabilidad subsidiaria —respondió con un tono de «despierta, tía».

Esa respuesta no le gustó a la alcaldesa.

—Un ayuntamiento es más complejo de lo que piensa, sargento. Gestionarlo todo no es fácil.

—Le pagan por ello.

—Servimos al pueblo. No es una cuestión de dinero, es una cuestión de vocación.

Álex estuvo a punto de levantarse y de gritarle.

—Deberían haberlo llenado de arena o derruirlo.

Ella sonrió de forma malévola.

—Eso es dinero, sargento. ¿Lo quiere aportar usted?

—¿Sabe lo que pienso?

Ella no respondió, solo hizo un gesto de abrir las manos.

—Si hubieran tirado allí el cuerpo de su hijo o de un amigo, estaría hablando de otra forma. Siempre se toman medidas después de un suceso, nunca antes.

—¿Adónde llega esta conversación, sargento?

—Pensaba que nos podría ayudar a saber quién tiene acceso a esa planta abandonada, quién tiene las llaves, quién puede saber quién esconde cadáveres en ese lugar. Tiene que ser alguien que conozca el territorio. ¿Me explico? —preguntó Álex.

—Lo siento, sargento, no sé quién tiene las llaves de ese lugar y no me relaciono con gente que tira cadáveres al fondo de piscinas abandonadas.

Álex entendió que estaba perdiendo el tiempo.

La alcaldesa cogió un trozo de papel y apuntó el número y el nombre del jefe de la policía local.

—Hable con él. Creo que le puede ayudar al respecto. —Álex lo cogió—. Ahora, si no le sabe mal… —dijo ella, indicando la puerta.

Álex asintió.

—Gracias por su tiempo —se despidió, y miró al compañero.

Iker se levantó y acercó la mano a la alcaldesa para saludarla.

Ella le miró la mano con un cierto recelo y luego se la estrechó.

Los dos policías salieron de la estancia y Álex se quedó mirando el papel. Le habría llamado enseguida, pero se presentó una oportunidad inesperada.

Iker apoyó su mano en el antebrazo de Álex.

—¿Le importa que vaya un momento al lavabo? —preguntó Iker.

Álex miró la dirección de los servicios y asintió.

Introdujo el número del jefe de policía en el móvil y vio cómo el compañero desaparecía detrás de la puerta del lavabo.

En ese momento, a Álex se le ocurrió una idea.

«No, Álex, no lo hagas», pensó en su interior.

20

Era como si en sus hombros llevara dos mini-Álex, uno vestido de ángel y otro, de diablo.

Los dos, con visiones diferentes de la realidad y de la vida, le susurraban al oído.

Cuando Iker se metió en el lavabo, el diablito cogió las riendas de la situación con tanta fuerza que el ángel no pudo hacer nada.

Pensó que no debía hacerlo, que le traería problemas, pero le dio igual.

Comenzó a caminar y pensó que no era posible que estuviera bajando las escaleras.

«Pues sí, estoy bajando las escaleras», se dijo en su interior.

«Es que ya no lo soporto», se justificó.

Sí, el plan del diablo era dejar al compañero en el ayuntamiento y fugarse.

«Adiós muy buenas. Ya se buscará una manera de volver a la comisaría».

Bajó veloz y corrió al parquin. Pagó, se metió en el coche y arrancó. Del cabo no había rastro. Seguramente, no se lo esperaría y estaría esperando delante de la puerta del lavabo. Algo así era impensable, nunca alguien dejaría en un lugar a treinta y cuatro kilómetros de la comisaría a un compañero.

Pero él lo hizo. Empujado por su lengua infinita, que no se detenía ni avisándolo.

Cuando ya estaba lejos del ayuntamiento, detuvo el coche. Y llamó al jefe de la policía local.

A los pocos tonos, contestó.

—Pubill, dígame.

Josep Pubill era el jefe de la policía local.

Álex se presentó.

Hablaron del suceso en general y, a continuación, Álex fue más específico.

—¿Quién tiene las llaves de ese lugar?

—Solo nosotros y los de mantenimiento.

—Ya. ¿Todos de confianza?

—Sí, mis chicos sí. Los de la brigada de mantenimiento del ayuntamiento… creo —dijo el hombre, y siguió—. Pero ahí se abrió una brecha para meter los cadáveres. No hacía falta tener las llaves. Llevó los cuerpos por la parte trasera.

—Sí, pero me pregunto, jefe Pubill, ¿cómo conocía ese hombre esta instalación abandonada?

Hubo silencio del otro lado del teléfono.

—No sabría decirle. ¿Quiere decir que es alguien que conoce este lugar?

—Quizá un vecino, ¿podría ser?

Hubo un silencio más.

—Mire, si lo que me pregunta es si alguien del barrio podría hacer algo parecido, yo creo que no. Y se lo digo con sinceridad. Todos los residentes de la urbanización son gente humilde y sin antecedentes. Bueno, menos uno, pero es un yonqui de tres al cuarto. Nunca haría algo así.

—No, un drogadicto no creo que lo hiciera. A lo mejor, un robo, un allanamiento de morada, pero nada del estilo. Tan calculado.

—Mire, sargento Cortés, a lo mejor fue a comer al restaurante y lo vio, tan simple como eso. Y vive lejos, vaya a saber dónde.

—Ya, puede ser una posibilidad. Si fuese esa, sería imposible localizar a los clientes del establecimiento.

—Espere —dijo el jefe al otro lado del teléfono; sonó como una idea repentina—. Hace unos meses, la televisión de la comarca hizo un documental de los lugares abandonados. Recuerdo que había una fábrica textil, una casa colonial estilo modernista y algunos lugares más. Pero la piscina también salía en el reportaje. Vinieron a pedirnos que les abriéramos y estuvieron grabando. Creo que el vídeo lo podrá encontrar en internet.

Álex asintió, sin que el hombre lo pudiera ver.

—Interesante. Pero son otros dos canales incontrolables, la televisión comarcal e internet.

—Ya, pero no puedo ayudarlo de otra forma.

—Lo sé. En fin, le doy las gracias y, si no le importa, si tengo más preguntas, se las mandaré por mensaje corto.

—Claro, a su disposición. Pero antes de colgar… ¿Usted no será quien salvó al hijo del presidente del Barça?

—Sí, aunque no fue una operación mía, sino de toda la comisaría.

—Ya, pero que sepa que, como culé, le doy las gracias. Es un honor hablar con usted y de poder ayudarlo.

Álex asintió y colgaron.

Pensó que la gente lo recordaba por haber salvado a ese niño y no a todas las personas que habría podido matar de más Néstor Luna.

Era curioso o inquietante.

Fue al lugar de los hechos. La piscina, el día después, había perdido el interés mediático. Ya no había ningún periodista que esperase saber qué encontrarían dentro del hueco. Los bomberos también se habían ido, solo quedaba una patrulla vigilando y otra de la científica que seguía haciendo comprobaciones. Se acercó al agujero. Dos hombres vestidos con trajes blancos estaban en el fondo. El agua, o líquido oscuro repugnante y estancado, se había sacado con las bombas de los bomberos y arrojado al bosque.

El olor a putrefacción y a follaje en descomposición era muy fuerte. Ese lugar era un foco de miles de enfermedades. Los compañeros de la científica trabajaban con mascarillas y tapados, buscando algún indicio, una pesquisa que pudiera llevar al asesino o a entender las identidades de los cadáveres.

En el borde de la piscina, con la camiseta subida como si fuera una bandana para cubrir los gases que salían de ese lugar, vibró el móvil de Álex.

En la pantalla aparecía el nombre de Iker Santamaría.

Tenía que estar buscándolo como un desesperado. Con razón. Pero las pocas horas de convivencia policial que habían tenido ya habían sido demasiadas.

Hubiera preferido unos cuantos gritos más de Ferrer que seguir soportando a ese plasta.

Le colgó.

Iker siguió intentando hablar con él hasta que le escribió.

No quiso mirar lo que decía el mensaje, pero se lo podía imaginar.

Luego, caminó hasta la brecha de acceso. Estaba hecha con una cizalla. Las dos extremidades partían en dos la red. El asesino pudo entrar con una carretilla o con sus víctimas a cuestas.

De la valla a los agujeros había poco más de diez metros.

En la dirección contraria, hacia el bosque, el lugar más cercano donde dejar un vehículo, estaba a unos pocos metros, en un camino de tierra. El polvo estaba marcado por miles de neumáticos de bicis y de pisadas.

Ese era el lugar donde llegaría el asesino y dejaría el coche.

Álex se agachó y miró el terreno. Podía haber estado allí el vehículo, pero las huellas estaban perdidas, camufladas entre decenas de otros vehículos.

Tenía que ver adónde llevaba ese camino. Si al final de la calle había cámaras, tanto públicas como privadas. En una urbanización, muchas casas tenían cámaras dirigidas a la entrada y hacia la carretera de enfrente, por robos, por personas poco deseables.

El asesino podría haber visto ese lugar en el reportaje y arrojado ahí los cuerpos.

Tres cuerpos.

Álex se estremeció. Un escalofrío le recorrió la espalda. Si no hubiese encontrado Karla ese lugar, ¿habría seguido el asesino tirando cadáveres?

¿Hasta cuándo?

¿Hasta que lo hubieran pillado o hasta cuando se hubiera cansado?

Sintió que allí no averiguaría mucho más. Entonces sonó el teléfono. Pensó enseguida en Iker Santamaría. Sin embargo, era el subinspector Ferrer.

El novato ya le había dicho lo que había pasado.

Descolgó la llamada y escuchó a ver qué quería.

Ferrer gritó una frase sin sentido.

En plena exaltación, el jefe se desahogó.

Hablaba de compañerismo y de falta de profesionalidad. De desobediencia y de lealtad.

Una chorrada detrás de otra, pensaba Álex.

No tenía ganas de escuchar esa conversación, ya se las apañaría la próxima vez que lo viera en comisaría.

—Jefe… —intentó decir, y no le escuchó.

Solo hablaba y hablaba. Como Iker. Seguramente, por eso los dos congeniaban tan bien. Los dos eran logorreicos y no escuchaban.

—¡Jefe! —gritó Álex, pero Ferrer no se callaba, seguía hablando.

Lo puso en altavoz y con el micrófono en silencio, total, el hombre no escuchaba.

Metió el teléfono en la chaqueta.

Dejó que el jefe se desahogara, pensó que eso era bueno.

Entró en el coche y arrancó.

Salió de la urbanización y regresó a Barcelona. Quería saber si las búsquedas habían sido fructíferas.

Cuando llegó a la Ronda de Dalt, entonces y solo entonces, el jefe lo dejó hablar.

Enchufó el micro.

—Jefe, no sé dónde está Iker, a ese chico lo veo disperso —dijo, y sin dejarle decir nada más, se despidió.

No era su estilo, pero él trabajaba solo. No quería ser el canguro de nadie, menos de alguien que no escuchaba.

Llamó a Iván y le dijo que cogiera lo que había descubierto y copias de las fotos de la científica, y fuera a la cafetería.

El compañero obedeció y se vieron poco después en la cafetería Sirena.

Iván se pidió un té verde y Álex, un café negro y un bocadillo, aún no había comido.

—¿Qué tenemos? —preguntó Álex.

—Ferrer me preguntó a dónde iba.

—¿Y?

—Nada, le dije que me iba a tomar un café, pero…

—¿Pero?

—Creo que no coló.

—Que le den. ¿Qué tenemos?

Iván tragó saliva ruidosamente.

—Tranquilo, si pasa algo, el marrón caerá sobre mí.

El agente desplegó las fotos que necesitaba Álex.

La cafetería estaba llena de gente que quería comer. Consiguieron una mesa al fondo, solo ellos dos. Era pequeña, pero para que los clientes de la mesa de al lado no vieran las obscenidades que mostraban las fotos, Iván sujetó la carpeta abierta, usándola como una barrera que impedía que se viera nada desde el otro lado.

—Para hacer un apunte de la situación: tenemos tres cuerpos. Uno, dos y tres. No sabemos quiénes son, pero quizá tenemos sus identidades.

—¿Cómo las has encontrado?

—Cada día desaparece gente en Barcelona. Es tremendo. Pero este es otro punto. He pedido un informe a la Dama de la Muerte para que me dijera, más o menos, cuánto tiempo hacía de la defunción de cada uno. He pensado que, desde la desaparición a la muerte, debería haber poco espacio de tiempo.

—Bien pensado. ¿Qué has encontrado? —preguntó Álex.

Iván sacó de la carpeta una foto. La de la chica más joven. Su cadáver se había encontrado en el fondo de la piscina, con un globo en la cabeza y ahogada.

—Esta podría ser Sonia Barrera, veintisiete años. Camarera en un bar del Born. Hace unos dos meses que se denunció la desaparición de la chica. Los padres viven en Lérida. No se sabe bien el día que desapareció. La denuncia viene de los compañeros de esa ciudad. Al no contestar a llamadas ni mensajes, los padres fueron a la comisaría de allí y denunciaron la desaparición.

—¿Pero vivía aquí?

—Sí, en un apartamento cerca del bar donde trabajaba.

—Manda una patrulla y que recojan un cepillo de dientes o un peine. Comprobaremos si coincide el ADN antes de hacer desplazar a los padres para el reconocimiento del cadáver.

Iván asintió y lo apuntó.

—¿Qué más has conseguido averiguar?

Iván sacó la segunda foto de la carpeta. En ella aparecía la figura del hombre que encontraron en la silla, atado. Eso parecía un *briefing* de las mañanas, pero realizado por la tarde y en una cafetería.

—Hay varias denuncias de hombres desaparecidos hace unas semanas.

—¿Tantas? —preguntó Álex.

—Unas cuantas.

—¿Nadie relacionado con una profesión o empleo relacionado con la ley?

El agente buscó entre sus papeles.

—No, de momento —respondió después de haber consultado—. ¿Por qué con la ley? ¿Qué tiene que ver?

—El hombre tiene un tatuaje de un mazo judicial y su correspondiente peana de madera. Creo que nadie se haría ese tatuaje si no creyera en la ley o estuviera relacionado con ella.

—O al revés. Podría estar en contra de la ley. En contra del sistema. A lo mejor no estaba a favor de ella, sino que la reclamaba. A lo mejor era una persona que había tenido un problema con ella y la reclamaba o un juicio en contra de alguien y salió perjudicado, por culpa de una ley injusta…

Álex se quedó escuchándolo perplejo. Él, desde que vio por la mañana el tatuaje, había pensado justo lo contrario, que era un defensor de la ley. Pero también es posible que se tatuara eso como una protesta o a saber qué historia.

—Pues es una teoría controvertida, pero podría ser —dijo Álex—. ¿Estáis controlando las fotos?

—Sí, Laura está echándome una mano y está con ello.

—Bien, ¿y la última?

Iván guardó la foto del hombre y sacó la de la segunda mujer. Cerró un poco la carpeta para que la pareja que se levantó de la mesa de al lado no pudiera ver nada. Cuando la volvió a abrir, apareció la foto de la mujer que se encontró enrollada en una alfombra.

—¿Tenemos identidad?

—Creemos que sí. Laura también lo está comprobando. Creemos que se llama Lucía Expósito.

Álex asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace dos días, vino a nuestra comisaría una mujer a denunciar la desaparición.

—Las fechas podrían coincidir.

—Sí, por eso.

—Has dicho Lucía…

—Lucía Expósito.

—Ya. ¿Lo habéis controlado?

—No, lo he descubierto hace media hora. Me pongo en marcha enseguida para averiguarlo.

—No hace falta, espera —dijo Álex, y buscó el móvil.

Lo desbloqueó e introdujo en el buscador el nombre de la mujer.

—Lucía Expósito. A ver si tenemos suerte —murmuró mientras miraba los resultados que le habían aparecido.

Un sinfín de perfiles en las redes sociales con ese nombre. Jovencitas en poses sensuales, divertidas e incluso en actividades deportivas.

Las redes sociales son un océano público de personajes que venden su imagen al mismísimo diablo llamado internet.

—En esta aplicación, todas tienen entre dieciocho y treinta. Esta mujer… —dijo Álex, indicando la foto de la morgue— tiene unos cuarenta o cuarenta y cinco.

—Tienes razón, jefe. ¿Entonces?

—Nos hemos equivocado de red social. —Cerró la aplicación y entró en otra, de una media de edad más alta que la anterior.

Introdujo el mismo nombre y aparecieron perfiles de treinta hacia arriba.

—Mira esta, jefe —dijo Iván, indicando una que podría parecerse.

Álex abrió el perfil.

—Creo que es ella. Lucía Expósito. Trabaja en un bufete de abogados de la zona de Pedralbes. Soltera y amante de los perros y el montañismo.

—Jefe, puede que estuviera por esa zona. Detrás de la piscina hay un camino y podría estar por allí paseando o corriendo y la mató y la tiró a la piscina.

Álex siguió mirando las fotos que estaban en el perfil.

¿Un ataque de rabia?

Podría ser, pero no acababa de convencerlo.

Lo que sí le llamó la atención fue la coincidencia de que el hombre tuviera un tatuaje en el brazo, simbolizando la ley. Y Lucía trabajaba en un bufete de abogados. En cambio, la primera víctima era una camarera y, según la ficha forense, tenía un tatuaje étnico en el omóplato izquierdo.

¿Tenía Lucía algún tatuaje?

¿Podría ser que las tres víctimas tuvieran una relación con los tatuajes?

¿Y si fuera otra conexión la que las unía?

O incluso que no hubiera ninguna conexión entre ellas.

Fuera lo que fuese, la conexión que había era que el asesino conocía a Karla.

Pero eso no determinaba nada. Karla no era famosa, pero sí había aparecido en los medios de comunicación. Prensa, telediarios, etc.

No podía seguir sin más información, así que decidió actuar.

—Hay que hablar con ella. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La hermana que puso la denuncia.

Iván buscó la línea.

—Marina Expósito. ¿Quieres el número, jefe?

Álex asintió y se lo dio. Mientras lo dictaba, sin perder tiempo, lo marcó en el teclado del móvil y apretó sin más dilaciones el botón verde.

La mujer estaba en casa, pero no tenía coche para dirigirse a la comisaría. Optó por ir él.

Hay ciertas noticias que es mejor darlas en persona.

—Vamos, Iván, te vienes conmigo.

El agente dio el último trago al té verde y cerró la carpeta, ordenando rápidamente las hojas.

Álex salía de la cafetería, seguido por el agente de su grupo de investigación, y, al pisar la acera, se encontró delante a Iker bajando de un taxi. Su rostro lo decía todo. Álex no supo si reír o echar a correr.

Se acercó y lo señaló justo antes de hablar.

21

Iker Santamaría.

Algunos lo compararían con un grano en el culo. O un quiste de pus en el culo.

Otros dirían que era como el típico cuñado que no te suelta en la cena de Navidad.

Incluso podría ser como el maldito ajo, que, aunque comas solo un poco, te repite todo el día.

Álex lo consideró como una cotorra verde en el hombro que habla y habla y de vez en cuando respira. Como las que en bandada vuelan de un lado al otro de la ciudad de Barcelona.

Si encima le añadía que estaba enfadado, entonces era una combinación explosiva.

—Maldita sea, Cortés, ¿dónde te has metido? ¿Es que uno no puede mear o qué? Me has dejado tirado. Me he gastado casi sesenta euros para volver a la comisaría.

—Pásale el recibo a tu jefe —dijo Álex, apartó el dedo que lo apuntaba y cruzó la Travessera —. Vámonos, Iván.

El cabo se quedó con la palabra en la boca, algo harto difícil. Por un segundo, lo vio pasar y, sin dar crédito a la reacción del sargento, lo siguió.

—¿Es que no me has oído? Sesenta euracos. Clin, clin, a tocateja, ¿sabes? —dijo, intentando atraparlo—. Oye, ¿adónde vas?

—A ninguna parte.

—Pero vas muy rápido.

—¿Sabes una cosa? —dijo, deteniéndose al otro lado de la avenida y enfrente de la comisaría, justo debajo de la ventana de Ferrer, que seguramente estaría viéndolos—. Nosotros nos vamos y tú te vas a casita, vete a comer y que tu jefe te diga lo injusto que es que te haya dejado allí, ¿vale? —espetó con un tono de injusticia, luego se giró, pero quiso añadir algo más —. Por cierto, dile que la experiencia de hoy no se va a repetir. Te quedas en casa o que te asigne otro caso, ¿de acuerdo?

Dicho esto, se dio la vuelta y le hizo una señal a Iván para que lo siguiera; se metieron en el parquin sin entrar por la comisaría.

Lo había conseguido, Iker Santamaría se había callado.

Del mismo modo, estaba convencido de que era algo temporal. Más tarde, a lo sumo mañana, lo tendría de nuevo enganchado a los talones.

Iker era un quiste en el culo. Álex tenía la impresión de que daba igual cuántas veces lo reventara, siempre volvería.

Salieron del parquin y se fueron hacia el barrio donde vivía la hermana de la presunta víctima.

Fueron dirección L’Hospitalet y hacia el barrio de Collblanc. Condujo todo el rato en silencio, solo habló para confirmar la dirección.

—Calle Graner, 32 bis —dijo el agente.

Entraron en la calle, que resultó ser un callejón sin salida, aunque solo para los coches, porque la calle seguía unos metros más hacia abajo, con acceso por unas escaleras. Dejaron el coche aparcado.

El número 32 bis era una casita de tres plantas con fachada de ladrillo. En cuanto bajaron del coche, la puerta de entrada se abrió. Apareció un hombre mayor. Álex pensó que era el padre.

Se acercó y le estrechó la mano, no hizo falta decir nada. El hombre, con pelo y bigote blancos, había vivido lo suficiente como para entender toda la situación.

—Por favor, por aquí —dijo con tono tranquilo pero serio.

Álex e Iván lo siguieron por las escaleras.

Se detuvo en la primera puerta del edificio. Sacó la llave del bolsillo con lentitud y, antes de meterla en la cerradura, señaló con la llave hacia arriba.

—Mi hija vive arriba. Pero está aquí, con nosotros —afirmó.

«¿Nosotros?», pensó Álex que tal vez se refería a su mujer.

Las dos familias en el mismo edificio, eso era muy familiar y fácil si tenían hijos.

La puerta se abrió y apareció la familia sentada en el sofá. Una mujer se levantó y fue hacia él.

—¿Marina? —preguntó Álex—. ¿Marina Expósito?

—Sí —dijo suspirando.

—¿Fue usted quien, hace unos días, denunció la desaparición de su hermana?

—Sí —contestó después de haberle estrechado la mano y hecho el gesto de que se sentaran en las butacas enfrente del sofá—. ¿Quieren un café, agua, un zumo?

Álex negó.

—¿Han encontrado a mi hija? —preguntó directa la madre.

—Déjalo hablar, Montse —respondió el padre.

A Álex no le gustaban esas situaciones. Hacía de todo por evitar que los asesinos anduvieran a sus anchas libremente por la ciudad. Cuando encontraba un cadáver, era como un puñal en su costado.

Tenía arrugado el ceño. Recordó cuando, de agente, le tocaban esas tareas. En esa ocasión, lo había decidido él para agilizar el proceso y capturar lo antes posible a ese hijo de perra.

—Lo lamento, pero creemos que hemos encontrado el cuerpo de Lucía —dijo Álex, y sus palabras hicieron mella en las tres personas que tenía delante.

La madre y la hija se abrazaron y empezaron a dejarse ir en un llanto desenfrenado. El padre, a pesar de no demostrarlo, debía sentir el mismo dolor o incluso más.

El corazón de Álex se encogió al ver el dolor de esas mujeres.

Levantó los ojos buscando un punto en el techo. Sintió como el dolor de esa familia se extendía por la habitación, por la casa y por el edificio. E, invadido por ese estado de ánimo, le costó aguantar una lágrima que al final secó con disimulo.

—Si lo prefieren, volvemos mañana —dijo Álex con suma delicadeza—. Pero es importante que me respondan a unas preguntas.

El padre asintió y le pidió que esperara unos minutos para recomponer fuerzas y poder seguir.

Mientras esperaba, Álex recorrió la mirada por la estancia. Sobre un mueble, había varias fotos. De niños que podían ser de la hermana. De la familia cuando las niñas eran más pequeñas. De cumpleaños y excursiones.

La casa habría olido a hogar si no hubiese caído en ese edificio el relámpago demoledor de la muerte.

Entonces, cuando pudieron hablar, Álex les dijo que si podían reconocer el cadáver. Eso agilizaría el proceso. Se fue con ella a la cocina y le enseñó la foto. Confirmó que era ella.

Antes de regresar, la hermana cogió un vaso de agua para ella y un paquete nuevo de pañuelos del cajón de la mesa en el centro de la cocina.

—Necesitaría saber qué hizo los últimos días y todo lo que recuerden del día de la desaparición —pidió Álex.

A su lado estaba Iván, que guardó la foto de la morgue y estaba preparado para escribir.

—No hace falta decir nada más —dijo el padre con un carácter y tono que dejó fuera de juego a los policías—. Yo sé quién ha matado a mi hija. Y no tengo ningún reparo en decirlo.

22

Ya eran habituales del Hotel Hilton.

La *suite* presidencial todos los martes estaba reservada para Napoleón y su nueva concubina. Allí practicaban las posturas más exóticas y bizarras que veían en la red. Ella compraba accesorios y ropa íntima de todo tipo para complacerlo y hacer que esos martes no se acabaran.

Napoleón, después de las sesiones salvajes con Inma, se colocaba desnudo con los brazos en jarra delante del cristal que se abría a Barcelona.

Se sentía un emperador con la ciudad a sus pies.

Las cosas habían cambiado mucho desde hacía pocos meses. Ahora era el director de una empresa cotizada y tenía un tren de vida envidiable.

Después de un rato mirando por la ventana, se giró, cogió una copa de *champagne* y se tendió al lado de la mujer.

Repasó con un dedo sus piernas, sus nalgas y sus costados. Como hubiera hecho un pintor para dibujar a su mejor musa.

Inma lo miraba con intensidad.

Tintinearon las copas y bebieron.

—¿Qué piensa hacer conmigo, director?

—Muchas cosas.

—Normalmente, no me regalas rosas rojas el día antes, ¿qué es lo que quieres?

—Que estés contenta —dijo Napoleón.

—Lo estoy —aseguró, y se quedó mirándolo fijamente—. Hay algo más, ¿verdad?

Él sonrió.

—Quiero que me ayudes.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Tengo un plan muy… A ver cómo te lo podría decir…

—¿Travieso?

—Lucrativo.

Ella levantó las cejas y, sorprendida, preguntó:

—¿Cuánto de lucrativo?

Él dejó la copa en la mesilla.

Cogió una bolsa de cocaína y vertió un circulito alrededor del pezón de su exuberante teta derecha.

—Muy lucrativo —repitió, y, con un billete de quinientos euros enrollado, aspiró el polvo.

El hombre se quedó por unos segundos en éxtasis.

—No te vayas sin mí. Siempre tenemos que ir al compás, uno a uno.

—Me parece que yo te hago llegar más veces.

—Eso da igual —dijo mientras se preparaba su dosis—. Háblame de ese plan.

Napoleón cogió la copa y se tumbó contra el cabecero de la cama.

—Tenemos que vaciar la planta veintitrés por completo.

Ella aspiró y, después de varios parpadeos, se sentó a su lado con la copa en mano.

—La planta, ¿qué? —dijo con sorpresa.

—Tienes que dejar solo los escritorios, el resto lo sacas.

—¿Qué vamos a hacer con toda la gente que trabaja ahí?

—A los imprescindibles los reubicas en otras plantas y a los superfluos, becarios y helechos varios te los cargas.

—Van estrechos por las otras plantas, añadir eso es una faena.

—Valdrá la pena. Hazlo.

—Está bien…, director. ¿Y qué vamos a hacer en esa planta?

—Cuando la tengamos despejada, te lo explicaré —dijo él mientras daba el último sorbo.

Lanzó la copa sobre el sofá y se abalanzó sobre la mujer para seguir con su martes de sexo desenfrenado.

23

Álex quedó deslumbrado por la frase del padre.

¿El padre sabía quién había matado a su hija?

Esa operación estaba cogiendo una velocidad de crucero no esperada.

Álex no podía estar contento, pero que tuvieran una idea de quién era ayudaría mucho en el caso.

—Señor Expósito, por favor, dígame quién piensa que ha sido.

Él, a pesar de haber salido con esa frase demoledora, miró a la mujer, que, a su vez, lo miró y asintió como si le diera permiso para decir lo que pensaba.

—Ha sido su novio —afirmó, tajante, el padre.

—¡Su novio! —dijo Álex—. ¿Cómo se llama?

—Alfredo Ibáñez —dijo la hermana.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Álex.

—Es empresario, ebanista —dijo la hermana.

—¡Qué va! Es un carpintero de tres al cuarto.

—¿Qué quiere decir, señor Expósito?

—No tengo nada contra los carpinteros, Dios me libre, pero va diciendo que es un empresario y es un simple carpintero. Tiene un taller y vive por encima de sus posibilidades —afirmó el padre.

—Eso no es un delito —respondió Álex—. ¿Qué es lo que le hace pensar que ha matado a su hija?

—Verá, sargento Cortés —dijo la hermana mientras acercaba un pañuelo a la madre y miraba al padre como si le dijera «ya se lo explico yo».

En sus ojos había una fuerte carga de resignación. Al final, el segundo peor desenlace de una desaparición era ese. El primero era quedarse en el limbo de no saber.

—Lucía y Alfredo hacía unos cuatro años o algo más que salían. Tuvieron sus altos y sus bajos todo el tiempo. Alfredo es una persona difícil y de mucho carácter —explicó, y se detuvo un segundo, como si lo necesitara para pensar—. Sobre todo, es celoso.

—¿Celoso?

—Mucho, y violento —dijo la madre, aún entre lágrimas.

La hija se giró para mirarla y se volvió enseguida al sargento.

—Bueno, sí, y violento —afirmó con un tono que a Álex no le gustó.

Arrugó el ceño y la detuvo antes de que siguiera levantando una mano.

—Marina, ¿tienen miedo? ¿Creen que corre peligro su integridad? —preguntó Álex.

Mientras hablaba Marina, que le había compartido pocos fragmentos del puzle, la experiencia de Álex había compuesto el resto. Un dibujo demasiado habitual en casos así. No hacía falta que explicara mucho más. Un caso como otros si no fuese por los otros dos cadáveres en la piscina.

Un carpintero.

Alto, fuerte, con una furgoneta y con taller para matar.

Todo encajaba. Pero, entonces, ¿por qué los otros dos?

A pesar de que eso de momento no encajaba, era la mejor pista que tenían.

—No. No tenemos miedo —dijo ella, mirando a los padres para buscar su aprobación.

—Como venga ese hijo de puta por mi casa, sacaré la escopeta —prometió el padre.

—Yo solo le puedo decir que, antes de disparar, llame a la policía, señor Expósito. O acabará usted en la prisión. Por favor, Marina, siga, ¿por qué tiene esta sospecha?

Ella tomó aire y siguió.

—Llevaban meses mal. Muy mal. Él cada vez estaba más borracho por las noches y ella ya no lo soportaba. Las cosas iban mal en su trabajo, cada día menos clientes y menos ventas. En fin, se había dado al alcohol.

—Un día lo encontré de cervezas a las diez de la mañana en un bar aquí cerca —intervino el padre, asqueado.

—Bueno, pero este no es el punto —siguió la hermana—. El problema es que coincide con que esa semana mi hermana dijo que lo quería dejar. Que se fuera de su casa y se buscara la vida. Ella no podía más.

—Es decir, que la misma semana que ella lo quería echar de su casa, ella desaparece y… Bueno, ya me entienden.

La hermana bajó la vista y asintió.

—No consta ni una denuncia ni una orden de alejamiento. He revisado el historial de Lucía y nunca acudió a los *mossos* —añadió Iván.

Marina negó.

—Ella era abogada y creía que podría gestionarlo sola. Pero se ve que no.

Álex asintió mirando al compañero.

—¿Dónde podemos encontrar a este Alfredo Ibáñez?

Marina indicó el nombre del taller. No le pudo dar la dirección exacta, pero sí le explicó cómo llegar.

—Alfredo Tiene Madera, se llama el taller.

—Con esto nos basta, buscaremos la dirección. Y me imagino que sigue viviendo en el domicilio de Lucía. —Marina asintió—. ¿Qué pasó el día que desapareció Lucía? —preguntó el sargento.

—Los miércoles suele tener juicios y por la mañana no va al despacho. Viene a casa de mis padres a comer. Comemos todos juntos y después va al bufete. Es un poco un día de fiesta entre semana. Nos gusta estar un mediodía con los niños. Hace más corta la semana, es bonito. Bueno, lo era —dijo la hermana, y necesitó un momento.

Sacó un pañuelo de la caja rosa y blanca que custodiaba entre sus manos y se secó la nariz. Luego, los ojos, y siguió.

—Ese miércoles no vino. No se presentó, sin decir nada. No era lo normal.

—¿Usted sabía qué tenía que hacer esa mañana?

—Tenía que ir al juzgado y luego venir. Nada más.

—¿Nunca llegó al juzgado?

—Sí fue. Tuvo un juicio y la tierra se la tragó.

—O sea, fue al juicio y luego ya no supieron nada más. El móvil de Lucía no lo encontramos, ¿cuál fue su último mensaje?

Marina fue a buscar el móvil. Mientras, Álex se quedó mirando la casa y el ambiente. Los padres, con una mirada perdida entre recuerdos y amargura, esperaban a que regresara la hija, la única que les quedaba.

—Mire, el último mensaje que ella me envió fue el miércoles a las diez y veintidós que decía: «Nos vemos en casa de los papis a comer». Yo le contesté que la mamá había hecho los canelones que tanto le gustaban. Esos mismos que nunca llegaría a comer.

—Está bien. Iremos a hablar con Alfredo, pero antes necesito hacerle una pregunta más. ¿Lucía les habló en algún momento sobre que tuviera un caso complicado o un juicio que perdió o ganó, o que tuviera miedo? —preguntó Álex.

Marina negó y miró a los padres. La madre tenía la barbilla bajada mientras negaba.

—Mi niña nunca perdía un juicio. Era una buena persona y ese monstruo me la ha arrebatado —dijo, demostrando que la cabeza se le había ido un poco.

—No es verdad —susurró la hermana—. También perdía alguno, como es normal.

—De acuerdo, ¿y puede que conociera a alguien nuevo? Por ejemplo, en una aplicación de citas virtuales o por internet, y conociera a una persona.

—No, me lo hubiese dicho.

—Entiendo, pero quiero que sepan que esto es muy habitual. Una mujer conoce a otra persona, porque con la que está ya no es la que era cuando la conoció, y se lía…, ¿me entiende?

—Sí, le entiendo, sargento. Pero estoy segura de que, si hubiese conocido a alguien, me lo habría dicho.

—Ya. Iremos a controlar al juzgado por si hay algún detalle más y hablaremos con este señor, Alfredo Ibáñez —añadió Álex, y concluyó—. Mientras, me tiene que hacer un favor. Si este individuo volviera, no le abran —dijo, mirando al padre—. Podrían cometer actos de los que luego se arrepentirían. Si no le abren, no le darán la posibilidad ni de hablar ni hacer nada. ¿Me han entendido?

—Le hemos entendido —respondió la hija, y el padre asintió.

—Bien —afirmó Álex, y se levantó—. Nos vamos.

Después de Álex, se levantaron Iván y la hija. El sargento dio el pésame a la familia y se fue hacia la puerta. Cuando abrió para salir, se detuvo. Se giró, miró a Marina y le preguntó:

—¿Sabe qué hizo Alfredo el miércoles de la desaparición?

Marina pensó por un momento.

—Vino con nosotros a buscarla.

—Ya, ¿y le dijo algo o notó algún comportamiento extraño?

—No. Parecía realmente alterado porque no regresaba.

Álex miró al compañero.

—Marina, la fecha del miércoles coincide con la desaparición y con señales que nos llevan a pensar que la mataron enseguida. Pero ¿qué hizo el mismo miércoles, fue al juzgado?, ¿dónde más la buscó?

—Por la tarde, al ver que no venía y que los mensajes, aunque los recibía, no los leía, llamé al despacho. Allí la secretaria me dijo que tenía un juicio y que regresaría al despacho por la tarde. Entonces me fui al juzgado y de allí al despacho, y la busqué en algún sitio más. No me acuerdo, quizá en alguna cafetería, no sé, ahora no me acuerdo bien. Pero no ha servido para… nada —dijo, encogiéndose de hombros.

—Está bien —aseguró Álex—. Hizo todo lo que podía. Ahora nos toca a nosotros. Necesitamos su número de teléfono y una última cosa: una foto de Alfredo. Nos agilizaría la búsqueda.

Ella se lo dio a Iván y él lo apuntó.

Dio las gracias y se fueron. Cogieron el coche y siguieron las indicaciones que les había dado Marina. Aparcaron delante del taller, el tal Alfredo Tiene Madera, y bajaron.

Un portón metálico cerraba el local, pero una puerta estaba abierta. Poco, un par de centímetros, lo justo para poder entrar.

Justo al cruzar el umbral, una furgoneta aparcada en la entrada impedía ver lo que sucedía en el resto del local.

Los policías entraron sin pedir permiso. Álex, los modales, los protocolos y el manual de la academia, hacía tiempo que los había usado como papel de váter.

Hizo un gesto para que Iván pasara por el otro lado del vehículo.

En el fondo, el ruido continuo de una sierra se extendía por el espacio diáfano. No se necesitaba tener el sónar de un murciélago para entender que el local era estrecho y hondo y que alguien estaba al fondo trabajando.

El ambiente estaba cargado de serrín y de un fortísimo olor a madera. Casi le picaba la nariz.

Cuando superaron la furgoneta y vieron en su amplitud el local, Álex imaginó que hubiese sido el paraíso de Néstor Luna, con tantas sierras y taladros industriales. Por suerte, no estaba allí, pensó.

El hombre del fondo estaba cortando una madera.

Llevaban medio local recorrido cuando el trabajador se percató de la presencia de los dos policías y paró de cortar.

Apagó la sierra.

Hasta que el enorme disco no se detuvo completamente, no se dio la vuelta y Álex le vio a la cara.

24

—¿Quiénes sois? —gritó el hombre con un tono peligrosamente alterado.

Álex enseñó las palmas de las manos.

Despacio, sacó la placa de la cintura y se la enseñó. No creyó que tuviera que entrar en ese local a punta de pistola, así que lo que hizo fue solo enseñar su placa y confiar en el sentido común. Pero a veces eso falla.

—Sargento Cortés y agente Carnejo. Venimos a hacer unas preguntas —respondió desde la mitad del local.

—¿Qué queréis?

Álex avanzó cauto hasta tener una buena visual del hombre, el cual había cogido sin saber bien cómo una llave inglesa del número veinte con la izquierda.

—Buscamos a Alfredo Ibáñez —contestó Álex al hombre, que no reconoció como la persona que buscaban.

Antes de salir del piso de la familia Expósito, Álex había solicitado una foto del novio de la hermana. Cuando Iván la recibió, se la enseñó a Álex y, efectivamente, el hombre que tenían delante no era él.

—Estará en el bar de al lado. Yo solo soy un empleado —dijo con un tono resignado—. Bueno, los empleados cobran, yo hace meses que no —dijo, soltando la llave inglesa en una mesa y su ruido metálico se extendió por el local—. Pensaba que erais comerciales de la madera. Llevan meses sin ver ni un duro. Están furiosos. Ya no sé cómo echarlos. Ya no sé ni cómo aún tenemos luz —comentó, mirando el cable que bajaba del techo y que alimentaba la sierra que poco antes estaba usando.

—Necesitamos hablar con él. ¿Dónde está el bar?

El empleado se encogió de hombros.

—Os lo he dicho, aquí al lado, dais la vuelta y lo tenéis. Bar Tere, creo —afirmó mientras indicaba con la mano hacia la izquierda del edificio, y se giró de nuevo hacia el sargento—. Si lo veis, decidle también que me debe aún tres meses y que me pague.

Álex se acercó un poco más. En la piel del hombre parecía que se hubiese librado una batalla entre los granos y la barba. Sus ojos se mostraban cansados, como los de un hombre que, después de haber trabajado toda una vida, quiere llegar cuanto antes a la hora de la jubilación.

—Escúcheme, Juan —dijo Álex, leyendo su nombre en el mono de trabajo—. ¿Ha visto ciertos cambios en la conducta de Alfredo desde que desapareció su mujer?

El hombre se lo pensó un poco.

—Llevaban tiempo mal. Bueno, él no me lo decía, pero se veía. Ya no era el que era. Antes tenía muchos empleados. A mí no me despidió porque mi finiquito era demasiado caro. Desde hace un mes, dedica más tiempo a la rubia que al resto.

Álex se giró hacia Iván.

—¿Rubia, qué rubia? —preguntó Álex.

—La cerveza, sargento. La cerveza es rubia.

Álex entendió lo que quería decir y asintió.

—Tengo que hacerle una pregunta muy importante. ¿Dónde estaba el miércoles? ¿Estuvo Alfredo aquí todo el día?

El hombre se limpió la mano en el mono y se la pasó por el pelo corto y enmarañado. Luego bufó.

—No me acuerdo de lo que cené anoche, imagínate lo que hice el miércoles —replicó.

—A todos nos cuesta recordar lo que hicimos hace unos días. ¿Puede probar a recordar?

—Seguro que estuve aquí. Esa semana no había montajes, así que me quedé cortando y preparando cosas para la semana que viene. ¿Pero Alfredo…? —dijo, y levantó la mirada y gritó —. ¡Mari!

Al no recibir respuesta, gritó el mismo nombre con más fuerza.

Los dos policías se giraron y se dieron cuenta de que tenían un piso por encima. Unas escaleras metálicas llevaban a la planta superior, en la que había unos despachos.

La ventana se abrió y se asomó una señora. Tenía el pelo casi blanco y recogido en un moño. Jersey de cuello alto y un cigarrillo en la boca, que sujetaba con la humedad de los labios. Parecía que estuviese a punto de caérsele. Del despacho, salió un humo blanco como si dentro hubiera una chimenea encendida.

—¿Qué? —gritó la tal Mari.

—¡El miércoles! ¿Qué hizo Alfredo? —gritó a pleno pulmón.

—¿Quiénes son?

—Policía, lo están buscando.

La mujer dio una calada delante de ellos, sin importarle que estuviera prohibido fumar en los despachos.

—¿Por qué le grita tanto? —preguntó Álex.

—Es sorda —afirmó el empleado.

—Vino a las diez. Luego se fue por la mañana y regresó después de comer. A las cuatro y media lo llamó su cuñada y se fue. ¿Quieres algo más o puedo volver a trabajar? Si no fuera por mí, este chiringuito estaría cerrado, ¿sabes?

—¿Algo más? —preguntó a Álex.

—No, gracias.

El empleado le levantó el dedo corazón y la mujer se lo devolvió después de volver a meterse entre los labios el cigarrillo. Luego, cerró la ventana de forma abrupta.

—Nos queremos mucho —confesó el trabajador de la madera.

—Ya, se ve —comentó Álex, y concluyó levantando las cejas—. Se percibe. Nos vamos. Gracias por su colaboración, Juan.

Este solo levantó la barbilla e indicó que cerraran la puerta al salir. Encendió la máquina y el ruido ensordecedor se volvió a escuchar.

En cuanto salieron, caminaron hacia la izquierda en dirección al Bar Tere para buscar al tal Alfredo.

—Menuda casa de locos —afirmó Iván.

—No tiene que ser fácil trabajar sin cobrar.

—Desde luego. ¿Qué piensas, jefe?

—Este tío tiene todos los boletos de que se haya hartado de la vida y de la mujer. Pero habrá que demostrarlo, ¿verdad?

—Cierto —dijo Iván, y abrió la puerta del bar.

Álex entró primero. Era un bar de toda la vida. Barra de aluminio, una nevera alargada con ensaladilla de hace dos semanas, anchoas, aceitunas y torreznos fritos. Taburetes y, en el suelo, sobres vacíos de azúcar, palillos y huesos de aceitunas.

Detrás de la barra, una señora.

—Somos de la policía, buscamos a Alfredo Ibáñez —dijo Álex.

La mujer lo miró y su expresión fue la de «solo me faltaba esta».

No dijo nada. Solo indicó con la cabeza y un gesto poco elegante al único hombre que estaba en la barra. Estaba encorvado en ella con unas botellas de cerveza al lado.

Álex tuvo la sensación de que, si no se hubieran presentado, se habría dormido en esa posición.

—¿Alfredo Ibáñez? —El hombre levantó la cabeza—. Necesitamos hablar con usted.

—Claro, pidan algo, yo los invito a una ronda —afirmó el hombre con un tono de voz que delataba demasiados botellines en el cuerpo.

—No le crean, aún me debe un montón de dinero y hoy ya es el último día que le fío. De aquí no pasa —intervino Tere.

Álex se lo imaginaba.

—¿Cómo se encuentra, señor Ibáñez?

El hombre levantó el pulgar.

—Está como una cuba, ¿cómo quiere que esté? —preguntó Tere.

—Necesitamos hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre Lucía.

—A Lucía la han raptado los alienígenas.

Álex miró a Iván y este le dijo algo a la oreja. Cuando acabó, Álex asintió.

—Necesitamos hablar con usted. Mañana a las nueve tiene que presentarse en la comisaría de Les Corts. ¿Me entiende? —dijo Álex mientras sacaba una tarjeta de visita y le apuntaba fecha y hora para que cuando ese estado se le pasara, recordase la conversación.

Entonces tuvo un momento de lucidez.

—¿Como imputado?

—No, como testigo. ¿Entiende que esto es serio, señor Ibáñez? Será mejor que venga o le mandaremos una orden judicial, ¿comprende?

El hombre, al que le costaba sujetarse por las oscilaciones debido al alcohol, asintió.

—Nos vemos mañana, entonces —dijo Álex, y se dio la vuelta mientras el hombre hacía el saludo militar.

Salieron del local y se metieron en el coche.

Debería afrontar al jefe Ferrer, ya que la insistencia de sus llamadas era feroz. Pero antes, hablando con Iván, decidió dirigirse al despacho de abogados. Quería preguntar sobre Lucía a sus compañeros.

Luego, mandó un mensaje a Ana y a Karla, proponiendo una cena entre los tres. Necesitaba la ayuda de Karla, que viera las cosas con perspectiva, y la visión experta de una criminóloga.

La cena sería un rato de tranquilidad que muchas veces se convertía en un momento de muchas ideas. La cuestión era llegar a la noche, porque a lo mejor, la «broma» al nuevo discípulo de Ferrer, Iker Santamaría, había sido exagerada.

Suspiró y decidió ir al bufete, sintió que aún había muchas cosas que identificar del pasado de la abogada que acabó en el fondo de la piscina abandonada.

25

El estudio legal hacía esquina.

Habían aparcado al lado del parque de Pedralbes, en pleno barrio del mismo nombre.

Caminaron por la acera de la calle de Jordi Girona, hasta la calle de Joan Obiols. La esquina de estas dos calles era un local amplio con una rotulación de color granate. El rótulo llevaba el nombre del despacho donde trabajaba Lucía: Executive Layer.

Una planta a la entrada y una recepción con madera y cuero. Un lugar que respiraba seriedad y aroma a flores.

La mujer que los atendió los hizo pasar a una sala de espera. A Álex y a Iván no les dio tiempo de hojear la primera revista, un señor trajeado los invitó a una sala de reuniones.

Se sentaron y les llevaron un café solo para Álex y un vaso de agua para el compañero.

El hombre debía pesar unos ciento treinta o incluso ciento cuarenta kilos. La corbata le apretaba la papada, haciéndola resaltar aún más.

Hablaba con un tono seco, olía a cigarrillo y a cada frase sufría un golpe de tos.

—Vienen por Lucía porque la han encontrado, ¿verdad?

El hombre fue directo al grano, se notaba que era un abogado que no perdía el tiempo. Se había presentado soltando dos tarjetas de visita que parecían un anuncio de teletienda de todos los servicios que ofrecía del bufete.

—La hemos encontrado —confirmó Álex—. Por desgracia.

El hombre, que era uno de los socios del bufete, suspiró profundamente.

—¿Ha sido… su pareja?

—¿Lo conoce?

—Vino a la cena de empresa un par de veces y a un viaje bonus a Las Canarias —dijo, mirándolo a los ojos mientras Iván apuntaba todo—. Parecía majo.

—¡Majo! Decir eso es como decir que no le gustaba. Abogado, puede decirme lo que piensa —afirmó Álex.

El hombre tosió un par de veces.

—Con confianza. Era un hijo de puta.

—Eso me lo creo más. ¿Por qué?

—Cuando se pasaba con la bebida, se liaba hasta con un perchero. Era una vergüenza ir por ahí con ese hombre.

—¿Cree que la ha matado?

El hombre levantó una ceja.

—Es difícil de creer. He visto muchos chorizos y nunca sabes quién puede hacer qué. Pero matar… Matar son palabras mayores.

—Usted no lo cree.

—Yo ya no creo nada. Solo digo que se necesitan muchos huevos para hacerlo.

—Ya, o un mal día.

Álex se acercó y olió el café. Tenía una espuma espesa y un fuerte olor, tenía que ser de una máquina de cápsulas. Dio un sorbo corto y aguantó la cara de asco por respeto.

—¿Dónde han encontrado el cadáver?

—En un lugar cerca de La Garriga.

El hombre asintió, luego juntó los dedos de las manos y las apoyó en la barriga.

—Dios bendito, Lucía era una de nuestras mejores abogadas, un mastín. Cuando cogía un caso, no lo soltaba. Un fenómeno, ¿sabe? Tenía muchos hombres importantes que le iban detrás. Muchos intentaban con ella, pero no lo conseguían. No. Ella decía que era mujer de un solo hombre y bastante tenía. ¿Sabe cuántas veces le dije que dejara a ese bodrio de hombre y que se buscara a uno de verdad? Pero nunca me hizo caso. Hasta que… —dijo, y se calló para toser de nuevo.

—Siga, por favor.

—Hasta que hace una semana me dijo que iba a romper con ese idiota. Di un salto de alegría y casi volqué la mesa.

—Ya, pero, señor… —dijo, y miró la tarjeta.

—Abogado Luete.

—Señor Luete, el miércoles, es decir, el día de la desaparición, ¿sabe si tenía reuniones o se tenía que ver con alguien?

—Intentamos averiguar qué pasó ese día, hemos elaborado un informe de esa semana entera —dijo, se acercó al interfono y llamó a una secretaria—. El expediente de Lucía, por favor —pidió, y soltó el botón sin recibir respuesta—. Hemos realizado una evaluación interna, nos pusimos a hacer una investigación como si fuera nuestro mejor cliente. Por ella, por sus parientes.

Álex se acercó a la mesa y lo miró directamente a los ojos. Los tenía abiertos de par en par, no sabía eso.

—¿Esto lo sabe la familia? Marina, la hermana no lo sabe, no me lo explicó.

Él negó.

—No lo saben. Nadie lo sabe. Es una cosa interna nuestra.

Entró por la puerta una mujer joven con una falda larga y ceñida y una blusa a juego. Pelo recogido con un moño sujetado por un típico lápiz Staedtler. Lo dejó en la mesa del lado del abogado, lanzó una mirada interesada a Álex y se marchó.

La carpeta era gruesa, unos cuatro dedos. Álex quedó asombrado por el volumen de trabajo en pocos días. Eso era un claro ejemplo de la profesionalidad que debía tener esa gente.

—Esto es confidencial.

—¿Puedo llevármelo y estudiarlo?

El hombre torció la boca antes de toser.

—Verá, ¿me promete que me lo devolverá? Somos celosos con nuestros trabajos.

—Se lo prometo.

El abogado se lo acercó.

—El miércoles tenía un juicio que al final se suspendió porque el imputado no se presentó. Así que se fue a una cafetería y quedó con alguien, pero no tenemos foto ni ninguna traza ni pista. Hemos pedido cámaras al juzgado y a la cafetería. Las encontrará dentro, en el USB.

—¿Dónde?

El abogado abrió la carpeta y había uno adherido a la parte interna.

—Encontrará varias cosas, pero la pista se detiene allí. No hemos sabido cómo seguir.

—¿Por qué no lo han llevado a la policía?

El hombre bufó.

—Hay cierta gente en la policía que es mejor tenerla lejos.

—¿Y qué pensaban hacer?

—Queríamos hablar con un detective privado. Nos pusimos la fecha límite justo para pasado mañana si no la encontrábamos, lo gestionaríamos internamente con un fondo que tenemos de emergencia.

Álex se quedó sin palabras.

—Esto no lo he visto nunca.

—Y no lo verá en ningún otro sitio. Cuídelo y, por favor, manténganos al tanto.

—Claro —dijo Álex, y cerró la carpeta.

Hizo amago de levantarse, pero formuló una pregunta que llevaba rumiando hacía horas.

—Abogado, pongamos por caso que no haya sido Alfredo. ¿Puede que algún cliente descontento o alguien que acabó en la cárcel por su culpa se haya vengado?

—No lo creo, pero yo no tengo ni idea de los locos con los que haya podido cruzarse Lucía. Por eso hay una sección de repaso de los casos más recientes y más importantes de su historia como abogado.

Álex sonrió.

—Gracias.

—¿Algo más? —preguntó el abogado.

—De hecho, sí, una última cosa. La verdad es que no sé cómo pedírselo.

El hombre abrió las manos en señal de confianza.

—Verá. Usted ya sabe que no podemos enseñar estas fotos por ahí, pero ¿podría decirme si reconoce a este hombre? Nos ayudaría… —preguntó Álex, y pidió a Iván la foto de la morgue—. Imagino que tendrá buen estómago para ver la foto de un cadáver.

—Por desgracia, sí —respondió—. Es nuestro pan de cada día.

Álex se la enseñó.

El hombre lo miró perplejo. En la foto solo aparecía el rostro del hombre en blanco y negro. El hombre de la barba que habían encontrado con solo una corbata, un tatuaje y atado a la silla.

Después de mirarlo bien, el abogado negó.

—Lo siento, no lo conocemos. Pero, si quiere, puedo preguntar en el despacho.

Álex cogió la foto y la guardó en la carpeta.

—Mejor que no —dijo, y se levantó.

Le acercó la mano y se la estrecharon.

Al salir, Álex se detuvo en la acera delante del bufete. Sujetaba la carpeta enorme, que pesaba como una mochila entera.

Miró a Iván y le dijo:

—¿Te das cuenta de que esta gente nos ha ahorrado un montón de trabajo?

—Y lo mejor es que tenemos una foto del asesino.

—Efectivamente, Iván. Tenemos una foto. Tenemos que volver a la comisaría y analizar esta información —respondió Álex con un tono de euforia—. A lo mejor estamos cerca de ese hijo de perra.

26

Cómo construir una comisaría.

En el trayecto de vuelta, Álex se preguntaba qué arquitecto había creado esa endiablada disposición que lo obligaba a pasar por delante del despacho de su jefe cada vez que volvía a la oficina.

¿Cómo era posible?

Sistemáticamente, no había una manera de acceder a la planta del grupo de investigación, se pasaba delante de su despacho.

Era el peaje para volver a su mesa.

Esa tarde, el tráfico era intenso, le pareció un saludo a la vuelta al trabajo. Como si el tráfico, como ser vivo dentro de la ciudad, le diera la bienvenida de nuevo.

Durante los días de recuperación en el hospital, lo veía desde la ventana. Lo poco que veía, ya que se veía mar, el paseo marítimo y poca carretera. Pero el tráfico era como un pulpo que te coge con sus tentáculos. Te acostumbrabas a su terrible forma de arroparte y a su frenesí.

La Ronda de Dalt a esa hora estaba saturada. No podía haber más cola. En dirección Llobregat corrían los coches, pero en dirección Besós estaban parados, clavados, no se movían. Entonces Álex tuvo la idea.

—Esperaba llegar a comisaría, pero no puedo esperar más. Iván, por favor, coge la carpeta del abogado y la miramos.

El agente la cogió y se la puso en el regazo.

La abrió y comenzó a mirar todo su contenido.

—Quería estudiarla bien en la sala de *briefing*, pero esto es demasiado importante y esto… —dijo, indicando el colapso que había en la Ronda de Dalt— es monumental, nos dejaremos aquí media vida.

Iván pasó las hojas. Al inicio, había un índice de todo lo que habían encontrado, dividido por temas.

Álex indicó ir directos a las cámaras del juzgado.

Había una sección en el índice que se llamaba «El rastro del miércoles».

Hasta parecería poético el título si no fuera por la muerte de Lucía Expósito.

—Mira, en el resumen dice que consiguieron rastrear a Lucía saliendo de la sala del juez, ya que no se pudo celebrar el juicio, y con las internas y las externas, se trazó su recorrido posterior —leyó, y se giró hacia Álex—. ¿Y el móvil no se ha encontrado?

—No, no se ha encontrado. Nada de teléfono ni DNI, ni nada de lo que llevaban las víctimas. Así que los móviles no podemos rastrearlos. Pero sí hemos solicitado el listado de llamadas de

los últimos meses. Pero eso puede ser un galimatías de números. Imagínate, un abogado, la mole de llamadas que puede tener esa persona. En fin, sigue.

—Sigo leyendo. Las cámaras dan la vuelta al edificio y siguen hasta una cafetería de atrás. Ella se sienta en una mesa y está delante de un hombre al que solo se lo ve de espaldas. Dice, textuales palabras: «Ese hombre es potencialmente el asesino y tenemos una foto de espaldas».

Álex alargó el cuello para ver lo que estaba leyendo y desde atrás le llegó un bocinazo. No había avanzado los pocos metros del tráfico y el conductor de detrás se estaba sulfurando.

Iván dejó el escrito y buscó la foto. La sacó y se la enseñó.

La golpeó con el dedo Iván.

—Este podría ser el asesino.

Un escalofrío recorrió al sargento. Esa foto era un tajo en el tiempo. Siempre le pasaba cuando veía un fragmento, un fotograma del pasado donde aparecían pocos instantes antes de un suceso que cambiaría radicalmente el transcurso de las vidas de esas personas.

En su interior, nacía una voz que gritaba a la víctima que no hiciera ciertas cosas, que se fuera, que no siguiera a ese individuo. Se hubiera lanzado a ese fragmento del pasado para cambiar su futuro. Se preguntaba dónde estaría él en ese momento del pasado para poder ir allí y cambiar el presente.

Arrugó el ceño al ver cómo ese instante fue tan importante y trascendental para Lucía y para muchas más personas.

Sintió rabia, impotencia.

Eso venía de antes.

Se acordó del día que, con sus padres y sus hermanos, fueron a ver la película *Regreso al futuro*. La película le encantó tanto que pidió el DeLorean que aparecía en la película. Pero como el coche no era posible, sus padres le regalaron la película en formato VHS. No era lo mismo, pero eso de entender que no existía si aparecía en la tele, el pequeño Álex no lo acababa de pillar.

Retroceder en el pasado, para cambiarlo, sabiendo lo que sucedería.

Pocos años después, conoció la historia de Jesucristo en la escuela e iba a misa ciertos domingos con su abuelo. En una ocasión, por Semana Santa, justo salidos de la misa, hizo la siguiente reflexión a su abuelo, guardia civil: «Si tuviéramos el DeLorean del doctor Brown, podríamos ir al pasado y salvar a Jesús, ¿no te parece, abuelo?».

Cambiar el pasado. Ojalá la policía tuviera un DeLorean.

—Si podemos encontrar más información, podremos averiguar quién es el asesino. E identificar a las otras víctimas.

—Claro, podemos centrarnos en esta información, sobre todo, el resto.

—Exacto.

—Tengo una idea, jefe —dijo Iván.

El tráfico seguía detenido. Los coches empezaban a pitar por cualquier cosa. Les faltaban pocas salidas para llegar a la comisaría. En cuanto el coche saliera del atasco, tardarían poco en llegar.

—Dime.

—Yo creo que podríamos darle estas imágenes a Alan. A lo mejor, a un informático se le ocurre algo y podemos tener una foto mejor, o tiene manera de ver algo más. No lo sé. ¿Qué te parece?

—Muy buena idea. En cuanto lleguemos, le proponemos el reto.

—¿Reto? Como no tenga un concierto de algún grupo rarito, nos quedamos sin ayuda.

Álex sonrió y se giró hacia el agente.

—Si no es un concierto, siempre le encontraremos algo. Seguro.

—Eres muy optimista.

—Si no lo soy yo, nadie lo va a ser por mí.

Dicho eso, siguieron leyendo, pero el resto de información era un popurrí de hojas de investigaciones que no habían llevado a nada. Casos anteriores, juicios ganados, juicios perdidos, etc.

Cuando los dioses del tráfico decidieron que era el momento, el coche camuflado llegó a la salida de la Ronda de Dalt y poco después entraban en el aparcamiento de la comisaría.

Y justo cuando pisaron el pasillo que conectaba las escaleras con la sala del grupo de investigación, el comisario los llamó.

—¡Álex, maldita sea, entre en mi despacho!

Sintió lo mismo que una ducha fría o cuando estás en la piscina de la casa de un amigo y te tiran un cubo de agua con hielo para hacer la broma.

La llamada del comisario delataba cierto nerviosismo y urgencia. Seguro que la broma del ayuntamiento de La Garriga no le había acabado de gustar.

27

El subinspector estaba visiblemente cabreado.

Álex cerró la puerta y se sentó en la silla delante del escritorio. En la otra, estaba su queridísimo amigo Iker Santamaría. Su rostro mostraba la misma expresión de su hermana cuando sus padres lo pillaban con algo y transmitía algo así como «la que te va a caer, Álex».

Ese hombre cada día le gustaba menos.

Pero, mientras el subinspector Ferrer le estaba gritando, tuvo la certeza de que ese «trepa» quería su puesto.

Lo vio en su rostro, en sus ojos ansiosos de éxito y poder. En sus pequeños y significativos movimientos de la cara y de su cuerpo. En su energía. Ese chaval se la tenía cruzada.

Lo que no entendía era el porqué.

Iker Santamaría, que venía de Puigcerdà, quería desacreditarlo y quitarle su puesto.

Era más, cuando sintió esa presión por las dos partes, del jefe y de ese mocoso, ya no quiso irse de la comisaría.

Si le hubiesen propuesto un cambio, lo habría aceptado. Pero… ¿ahora? Ahora no.

No dejaría su puesto a ese irrespetuoso e insolente novato.

El jefe gritaba como siempre. ¿Era esa una condición para ser jefe?

Reixach, Ferrer, todos acababan gritándole.

Quizá era él, pero ¿y si fuera la silla?

Sintió que fue lo mejor no aceptar ese puesto. Esa silla estaba maldita.

En fin, ese monólogo de gritos tenía que acabar. Intentó detenerlo varias veces.

Hasta que se levantó.

—¡Quiere sentarse!

—Si no me escucha, me voy —confirmó Álex mientras se ajustaba la cazadora de piel—. Me voy a trabajar.

—Siéntese, que no he acabado.

—Sí que lo ha hecho.

—¿Cómo? —preguntó Ferrer con los ojos salidos y rojos.

—Lleva… —dijo mientras miraba el reloj— más de un cuarto de hora diciendo lo mismo. Tiene razón, lo dejé en el ayuntamiento de La Garriga adrede, ¿OK? No lo soporto. Este tío puede conmigo.

—Pues se aguanta, Cortés. Yo tampoco le soporto, pero le aguanto.

Álex dio un paso adelante apuntándolo con el dedo y le dio donde más le dolía.

—Usted me ha pedido ayuda varias veces con casos que no me correspondían, como este. Si usted es un incompetente y le han puesto aquí porque no sabían a quién poner y no sabe gestionar una comisaría, no es mi problema. Yo, a Santamaría, no lo quiero. ¿Está claro?

—Pues váyase de esta comisaría. Pida el traslado ahora mismo, yo se lo firmo.

Álex se detuvo en seco, dejó de apuntarle y encogió el cuello.

Allí lo tenía, el traslado que tanto deseaba en una bandeja de plata.

Se giró hacia el novato. Solo verlo le producía un sarpullido comparable con revolcarse desnudo en un campo de ortigas.

No podía imaginar cómo sería dejar en manos de esos dos la comisaría, a su equipo, a Karla…

Estuvo a punto de aceptarlo, pero no supo explicarse por qué le vinieron a la mente los ojos de la hermana de Lucía Expósito, Marina, en la puerta de su casa despidiéndose. Le dijo que confiaba en él. Sabía cómo iba eso, si pasaban muchas horas, las pistas se perdían y la investigación se convertía en caso frío, olvidado, perdido para siempre.

No era casualidad.

Ese comentario no podía ser casual, sino causal.

Tragó saliva y dijo lo que pensaba.

—Ferrer, yo no renuncio ni pido el traslado —dijo, y enarcó las cejas mirando con determinación a su jefe—. No pienso ir a ningún sitio.

—Entonces, tendrá que compartir la investigación con Santamaría.

Álex se giró un momento para mirarlo porque, mientras decía esas palabras, Ferrer lo apuntó.

Se preguntó por qué se empeñaba tanto en obligarlo a ir con él.

A lo mejor esos dos tenían un plan maquiavélico en su contra.

—Ni hablar. Este tío no investiga conmigo.

Cuanto más intentaba endiñárselo, más lo rechazaba Álex.

—Pues tendré que quitarle de este caso.

Álex se sorprendió.

«Ni hablar, jodido pirado», pensó Álex, y por suerte no lo dijo, solo se quedó dentro de su cabeza. El filtro de lo políticamente correcto funcionó.

—Ni hablar, jefe. Yo lo llevo y lo llevo a mi manera. Si no, debería haberme dejado en el hospital de baja y recuperándome. Por culpa de este caso, no puedo ir ni al fisio ni a recuperación. —Y se fue hacia la puerta—. ¡Así que voy a seguir! Y si me sigue o me espía, le voy a cortar las alas más rápido que canta un gallo —gritó, y salió sin escuchar lo que decía el jefe del chiringuito.

Suspiró, cada día soportaba menos los numeritos de su jefe.

Cogió la carpeta del abogado Luete y subió hacia el despacho de Alan. El informático forense era el único que podía ayudarlo en cosas tan difíciles y tan trascendentales.

Al tocar la puerta, escuchó que no estaba de buen humor. Pero, aun así, entró igualmente, un camino para encontrar al asesino estaba al otro lado de la puerta. Y aunque hubiera habido muchos más, ese era uno importante para probar.

28

Abrió la puerta y Alan estaba de pie.

Nunca le había pasado.

Y, además, iba hacia él. Álex no estaba soñando, era de verdad. Alan estaba dando la vuelta a su escritorio e iba hacia él.

—¿Cómo te encuentras, Álex? —preguntó mientras lo abrazaba.

«¿Alan, eres tú?», pensó Álex, rígido como una columna.

Eso no se lo esperaba, desde luego.

—¿Estás bien, Alan? —preguntó, perplejo.

El abrazo del informático fue largo. Rígido, pero largo. Viniendo de un hombre como él, eso era algo inaudito.

Por un segundo, Álex pensó que le iba a clavar un cuchillo por la espalda. No era la primera vez que a un informático, un contable o una persona metódica y superdotada se le iba la pinza y mataba… porque sí.

Aunque recordó la frase del abogado del bufete Executive Layer: «Para matar se necesitan huevos».

El joven quizá no tenía ese tipo de atributos, y se alegró de que fuera así.

Alan susurró nueve y diez y se separó de Álex.

—Sí. No he podido ir al hospital, pero estoy cambiando —dijo, ya separado.

Luego, bajó la vista y regresó a su silla.

—¿Alan, estás bien?

Él lo miró con condescendencia.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, nunca te he visto hacer algo parecido.

—Estoy cambiando.

Álex afinó su mirada y aguantó un segundo la respiración.

—¿Cómo?

Él se giró y cogió un objeto de su mochila. Por un instante, se imaginó un cuchillo, pero se tranquilizó al ver que era un libro y no un arma.

Aunque a veces puede ser más impactante un libro que un Kalashnikov.

—Mi psicóloga dice que tengo que tener más contacto con la gente, que tengo que acercarme a la realidad y alejarme de lo virtual.

Álex solo asintió.

—*Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, por Dale Carnegie. ¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Y lo has leído?

—Sí.

—¿Y?

—Bien, pero no voy por el mundo abrazando gente porque me lo dice un libro.

—No es el libro, es mi psicóloga. Tengo que abrazar por lo menos a tres personas cada día —dijo, y levantó un dedo—. Y abrazos largos de diez segundos, no de esos cortos y que se dan muchas palmadas a la espalda del otro. Eso determina inseguridad e incomodidad, ¿sabes?

Álex se quedó en silencio sin saber qué tenía que contestar. Debería estar contento por que fuera a un psicólogo. Pero ¿por qué ahora?

—No sabía que ibas a un psicólogo.

—Álex, ni yo hace unas semanas. Mi madre me ha dicho que sería lo mejor.

—¿Tu madre?

—Sí, ha conocido a mi chica y dice que vale la pena y que es hora de poner la cabeza en su sitio.

—En su sitio.

—Sí, y…

—Un momento, la misma chica que hace cuatro días llevaste al concierto de los Pachi-Chachi?

—Sí.

—¿Y ya conoce a tu madre?

—Sí, ¿a que es asombroso, Álex?

El sargento se daba cuenta de que repetía muchas veces su nombre. Era un efecto directo del libro. Era bueno, claro estaba, pero tanta gentileza y cambio en ese chico le llamaba la atención.

Rezó para que ese cambio no afectara a su coeficiente intelectual y a su brillante capacidad de resolución de los programas, cuestiones, criptogramas y misterios informáticos que le presentaba.

Siguió explicándole cómo había ido el concierto, el mismo que le había conseguido gracias al juez Vila.

Siguió en cómo acabó esa nueva y flamante chica en casa y que siguiera con él. A lo mejor tenía razón su madre y era de verdad una chica que valía la pena.

Hasta le vinieron ganas de conocer a la madre de Alan. La misma que le puso el nombre en honor al matemático Touring. Que, por cierto, muy acertado el nombre. Le hubiera gustado haberle planteado una pregunta: ¿Alan era un genio porque le puso ese nombre o se lo puso porque era un genio?

Suspiró y miró el reloj.

Esa nueva versión del informático perdía efectividad y le dejaba muchas más dudas que certezas.

Un ejemplo era que había bostezado un par de veces y mirado unas cuantas más el reloj y no se había dado cuenta de que Álex tenía prisa.

—Alan, ¿qué te parece si me explicas otro día todo esto?

Él se detuvo en seco, se encogió de hombros y guardó el libro como si fuera un talismán, dejando paso al viejo Alan.

—Está bien. ¿Qué querías?

«¡Por fin!», pensó Álex.

Le explicó la cuestión y el problema que se le presentaba. Lo que habían encontrado en la piscina, el abogado y las cámaras del juzgado que llevaban a la cafetería. A partir de allí, el asesino quedaba en una sombra, un misterioso individuo del que necesitaban una foto, un fotograma para reconocerlo y entregarlo al fiscal en bandeja de plata.

Cogió el USB y lo metió en la ranura de su ordenador.

Fueron directos a las cámaras de la cafetería.

El hombre entraba cuando pasaba un carro de pastelería y salía detrás de la letrada hallada muerta en la piscina.

—Ese tío sabía que estaríamos buscando estas grabaciones y sabía cuándo pasar, dónde estaban las cámaras y qué hacer para que no lo grabaran —dijo Alan mientras repasaba las imágenes, avanzándolas y retrocediéndolas—. No será fácil saber dónde está y cómo localizarlo.

—Por eso vengo a ti.

Alan gruñó. Eso era típico en él antes de la época del psicólogo.

—Está bien, te lo miraré.

—Pero lo necesito con urgencia.

—Que sí, pesado, no me toques… Quiero decir, gracias por confiar en mí, te lo miraré con la mayor brevedad posible —dijo a regañadientes con una sonrisa falsa.

—Ese es el Alan que me gusta —dijo con un tono complaciente—. Eres mi mejor baza, Alan. Cuento contigo.

—Pues te equivocas, Álex. No cuentes mucho con esto, porque este tipo no ha dejado rastro, ¿sabes?

Álex se fue y, justo al salir, encontró a Iker, que estaba retrocediendo desde la puerta.

—¿Fisgoneando?

—¿Yo? Qué dices, ¿crees que no tengo nada mejor que hacer? —respondió Iker.

Álex lo miró de soslayo y se fue. Bajó al piso inferior.

Cogió las llaves del Mazda y se fue directo al parquin. Había quedado para cenar con su hermana y con Karla. No era una cena de placer, quería que su hermana lo ayudara con la perfilación del asesino de la piscina.

29

Aparcó el coche cerca del restaurante.

Caminó bordeando la Torre de l'Aigua de Besós. Era imponente, preciosa, le encantaban esos monumentos conservados que recordaban el pasado de la ciudad. Una Barcelona de la época de la industrialización y de la revolución textil, la misma que había estudiado en los libros de historia. Ahora había un monolito en recuerdo de lo que era.

Bordeó el parque hasta el restaurante. Karla había llegado con la escolta y Ana fue caminando. Las dos mujeres lo esperaban. Su hermana había elegido un restaurante al lado de casa. Bueno, justo al lado no era, pero estaba bastante cerca.

Desde que Néstor le había amputado una mano, se había aficionado al *sushi*. Nutritivo, sano y, sobre todo, fácil de comer. Le costó acostumbrarse a comer con una mano y con los palitos, más. Pero cuando le pilló el truco, consiguió comer sin ayuda.

Restaurante Asiático Xuan.

En cuanto entró, una señorita delgadita y joven, vestida con un traje negro, se acercó saludando.

Después de presentarse, le indicó que la siguiera y él lo hizo. Echó un vistazo a los sofás rojos que tenía el restaurante en un lado y, por el otro, la cocina, que se veía a través de un cristal tan limpio que parecía que no estuviera, y los cocineros asiáticos trabajar.

Abrió unas cortinas de terciopelo rojo y apareció una salita privada. Una mesa para unas seis personas y unos bancos redondos a su alrededor. Sentadas, Karla y Ana.

—No os levantéis, no hace falta —dijo Álex, y dejó la carpeta del caso en la mesa.

Se acercó a la hermana y le dio un beso en la mejilla. Luego, se giró hacia Karla y apoyó sus labios encima de los suyos.

Ana sonrió mientras apartaba la mirada.

—Ya hemos pedido. Así que no tendrás que lidiar con la carta.

Álex bufó mientras se quitaba la chaqueta y se ajustaba los rizos.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Karla.

Álex bufó otra vez. Entró la camarera con una cerveza fresca.

Sabía que era para él. La cogió y dio un buen sorbo.

—Ni se os ocurra pedir un tiramisú después del pescado.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Ana.

—Porque la última vez que lo pedisteis, tuvisteis que digerirlo y encontrasteis una piscina llena de cadáveres.

Karla puso los ojos en blanco.

—Cuando formulas este tipo de frases, reafirmas mi decisión de hermana mayor: solicitar una sala privada para nosotros.

—Ya, muy acertado, sí —comentó con retintín.

—¿Cómo lleváis la investigación? —preguntó la hermana.

—No, no, espera —intervino Karla—. Cuéntanos primero la cara de Iker cuando lo dejaste en el lavabo de La Garriga —dijo, emocionada.

Álex sacudió la cabeza.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Cómo lo sabes?

Ella bufó.

—Lo sabe toda la comisaría y es el hazmerreír de los de homicidios. Hasta me han enviado algún meme de Iker.

Álex dio otro sorbo de cerveza, sentía que merecía esa pequeña recompensa líquida.

Explicó a las dos chicas qué había pasado. Que no lo soportaba y que lo había dejado allí después de decirle varias veces que hablara menos.

Luego, resumió la conversación con el subinspector y que todo eso no era lo más importante. Por desgracia, no lo era.

Confirmó a Ana que en el fondo de la piscina habían encontrado tres cadáveres. Que había recorrido Barcelona en busca de respuestas. Les explicó lo de Marina Expósito y la pareja de Lucía, el carpintero que podía ser un claro candidato a haberla matado. Y que al día siguiente lo tenía citado para tener un interrogatorio como testigo. Que el abogado le había entregado su investigación interna y que había una posibilidad de tener una foto del asesino. Que esa remota y difícil opción estaba en las manos de Alan, el *crack* de la informática, volcado en reestructurar su vida social y estructura cerebral a base de psicólogos y libros de autoayuda.

—Y hasta aquí —finalizó.

Entraron dos camareros con dos bandejas de *sushi* enormes que dejaron en la mesa. Eran variadas con formas y pescados diferentes.

Álex quedó impresionado.

—Ana, ¿a quién esperamos con tanta comida?

Ella no esperó y cogió uno enseguida. Cogió salsa de soja y un poco de wasabi y lo comió. Cerró los ojos degustando el manjar. Tras unos segundos, miró hacia adelante como si esperara algo y levantó la vista. De repente, soltó un estornudo rapidísimo y monumental.

—Lo siento, el wasabi me hace siempre esta reacción —respondió, acabó de tragar el bocado y siguió—. No, no va a venir nadie más, tranquilo. Si sobra, me lo llevo a casa.

La idea de tenerlo todo frío y allí les daba tiempo para hablar de los cadáveres de la piscina.

—Como te decía, Ana, me gustaría que me dieras tu opinión. De estos cuerpos, creo que hay más, pero no quiero decirte lo que pienso yo. Quiero saber con tu experiencia de criminóloga y de perfilador de asesinos ante qué estamos.

—¿Pero no has dicho que podría ser la pareja de Lucía?

—Sí, encajaría, pero ¿y las otras? —preguntó Álex.

—Venga, dame la primera —dijo, y se metió otro *sushi* en la boca.

Hasta cierto punto era muy asqueroso ver fotos de unos cuerpos en vías de putrefacción mientras uno cenaba. Pero la verdad era que, entre las vidas complicadas que tenían y los compromisos, era el único momento de tranquilidad.

Álex sacó las primeras fotos de la única persona que habían conseguido identificar: Lucía. La primera instantánea representaba el cadáver recién sacado del agua pútrida y estancada de la piscina. La segunda, la mujer estirada en la mesa de la morgue, donde aparecía desnuda y con los signos de la agresión.

—Esta mujer es la que vio Karla esa noche. Cuando disteis el paseo, el asesino la arrojó con la alfombra.

Ana comió otro *sushi*, esa vez de pez mantequilla.

Al ver la voracidad de la hermana, le apareció una pregunta.

—Oye, ¿no estarás embarazada? —preguntó, y Karla casi se atragantó.

—¡No! Qué dices, solo nos faltaría otro hijo —espetó con la boca llena. Luego, esperó deglutirlo del todo y empezó su análisis—. Vamos a ver. Condición del cuerpo. Enrollada en una alfombra gruesa y sellada con cinta adhesiva negra. También conocida como cinta americana. Sí, interesante. Bien. OK —balbuceó; dejó esa foto y cogió la segunda—. Bien, vemos en su cuerpo una estrangulación previa al lanzamiento del cuerpo. Noto que tienen fuerza, mucha fuerza, las manos que la han estrangulado. Interesante. Signos de lucha en las uñas y la parte superior del torso.

—Dice Alba que está buscando restos orgánicos debajo de sus uñas. Seguramente, del asesino.

—Bien. Si está en la base de datos, lo encontraremos más rápido de lo que creemos.

—No confío mucho en eso, pero bueno. Por favor, sigue.

Ana se aclaró la voz y dio un trago a su Vichy Catalán y siguió.

—Bien, el cadáver está claramente en estado de descomposición intermedio. El asesino ha utilizado un método de estrangulación manual —dijo, y pensó, se quedó en silencio varios instantes dando vuelta a lo que estaba viendo.

Desde luego, no era lo más bonito que uno podía contemplar en la cena, pero Ana Cortés, la famosa criminóloga, ya estaba curada de espanto.

—Yo veo un mensaje simbólico del asesino.

Álex levantó las cejas.

—¿Cuál, Ana? —preguntó Karla, que estaba superatenta, tanto que había dejado de comer para no perderse ningún detalle.

La criminóloga estaba en el centro. Álex, a su derecha y Karla, a su izquierda. Ana parecía el oráculo y ellos dos, Neo y Triniti. Una imagen que imaginó Álex sacada de la película *Matrix*.

—Creo que la alfombra representa el ocultamiento del cadáver, lo que sugiere que el asesino quería deshacerse de la víctima sin evidenciar violencia explícita.

—Hombre, claro, no quería que se viera el cadáver, no hace falta ser un erudito en estudio del comportamiento para entenderlo. La cubrió y quiso deshacerse de ella.

—No, creo que va más allá, ¿sabes? Quiero decir, es como si no quisiera que este cuerpo se viera. No quiero verlo, no quiero que se reconozca. ¿Me explico? —argumentó Ana, y por la cara de Álex poco convencida, continuó—. Bueno, seguimos. Mira, la estrangulación indica un alto grado de control sobre la víctima, probablemente, una necesidad de demostrar dominio absoluto sobre el cuerpo.

—Con esto, la muerte pasional podría coincidir, ¿no? —preguntó Karla, refiriéndose a la expareja.

—Podría ser. Sí, un crimen pasional, un feminicidio podría encajar perfectamente —afirmó Ana

—Es como si el asesino dijera: «o eres mía o de nadie» —puntualizó Karla—. Álex, ¿sabes si tenía otro hombre en su vida? A lo mejor, la expareja se enteró de una aventura o de otro hombre y se rebeló.

—El abogado que trabajaba con ella no me dijo nada. Sí que dijo que estaba llena de atenciones y de propuestas, pero me dejó claro que era muy fiel a su pareja. O eso parecía, claro.

Los tres se quedaron unos instantes en silencio, como si esperasen el siguiente paso, el siguiente análisis que la criminóloga tuviese que dar.

Álex se limpió la boca con la servilleta. Dio un trago a la cerveza y, seguido, cogió un maki de atún fresco.

Ana comió un *california rools* con queso fresco, aguacate y cebolla crujiente por fuera, uno de sus preferidos.

Dejó los palitos, aún masticando el delicioso bocado, y cogió de nuevo la foto de la víctima.

—¿Qué piensas? —preguntó Álex.

—Cuando se asesina con las manos o con la cuerda estirando hasta que la víctima no respira, es posible pero no siempre que detrás haya una relación personal o psicológica con la víctima. Quiero decir, el asesino necesitaba verla morir de cerca. Disfruta verla morir por lo que la víctima le ha hecho.

—¿Qué le puede haber hecho esta mujer al asesino? —espetó Karla.

—Eso lo tendréis que averiguar vosotros. Yo os digo lo que veo, os hago las preguntas, vosotros tenéis que encontrar las respuestas.

Álex dio un sorbo a la cerveza. Miró la etiqueta con letras ilegibles mientras saboreaba el último trago. Luego, dejó la botella y miró las cortinas que cerraban la sala privada de ese lugar que parecía el consultorio de los horrores de la criminóloga Cortés. Desde la universidad, había pasado mucho tiempo. Desde que su hermana estudiaba sobre una montaña de libros de cosas que a él no le despertaban la menor curiosidad.

—¿Qué más puedes ver? —preguntó Karla.

—¿Ahora haces tú la investigación? —preguntó Álex con tono irónico.

—Bueno… —respondió mientras se rascaba la cabeza—, me aburro en tu casa y preferiría ir contigo, la verdad.

—Ni hablar.

—Álex, en tu casa, bueno, que es una biblioteca con cama y cocina, hay muchos libros, pero me aburro como una ostra. Quiero ir contigo.

—No, no. Tú estás demasiado involucrada en esto, ni hablar.

—Eso es una tontería, Álex —reprendió la hermana.

—Gracias —respondió Karla.

—De nada, ¿pero podéis dejar para después vuestros problemas matrimoniales?

Los dos bajaron la mirada al plato. Él cogió un *sushi* y, después de haberlo metido en salsa de soja y con una pizca de wasabi, lo comió.

—Hay una uña rota —indicó Ana.

—Sí, ya te he dicho que Alba lo está buscando en el banco de datos. Es una cuestión de tiempo para saber si está o no en nuestro banco ese hijo de perra.

Hubo unos instantes de silencio y volvió a tomar la palabra la criminóloga.

—Mirad, lo que voy a hacer es considerar que sean tres asesinos diferentes y que se hayan realizado en tres momentos diferentes. Luego, veremos si las tres muertes pueden tener un mismo motivo o *modus operandi*, o lo que tienen en común. En la muerte de Lucía veo que, basándome sen estos pocos indicios —dijo con la foto en la mano—, el asesino es inteligente y metódico, ha elegido un método de muerte que no genera ruido ni sangre. Probablemente, alguien que la conocía o tenía un motivo emocional o profesional.

—Puede ser, quedaron en la cafetería de al lado del juzgado. Uno delante del otro. Sabía dónde buscarla y ella accedió a hablar con él en un lugar público.

—Pero lo más importante… —puntualizó Karla—: ¿Dónde accedió a ir después?

—Efectivamente, Karla, esa es la clave. Si tuviéramos el móvil, lo sabríamos —respondió Ana.

—Alan puede que lo consiga. Veremos —dijo Álex.

—En fin. Este asesino evita el desmembramiento, lo que sugiere una preferencia por asesinatos con firma psicológica más que física —confirmó Ana—. Néstor, por ejemplo, tenía una firma mucho más sangrienta. Una firma física: serraba a las personas, amputaba, dejaba marcas en la piel, tenía símbolos. En fin, es algo totalmente diferente.

—Una firma psicológica, una firma invisible en lugar de algo visible —apuntó Álex.

—Me pregunto qué habría pasado si en esa piscina, en ese momento y en ese preciso lugar, no llegamos a pasar nosotras.

Álex se quedó pensando.

—Supongo que lo habrían encontrado antes o después. La policía local de La Garriga hace rondas por allí de vez en cuando. Tienen las llaves.

—Nunca lo sabremos. Lo que sabemos, y lo que creo que se puede ver en este cadáver con una asfixia mecánica, es que muchos estudios, sobre todo de Estados Unidos, es que la estrangulación es un mensaje ligado a la traición o a una voluntad de silenciar —dijo Ana, y dejó la foto y cogió los palillos.

Apuntó a su próxima víctima y la eligió, pasando sobre las bandejas la punta, como si fuera un puntero. Eligió un maki de salmón. Lo removió en salsa de soja y se lo comió.

Mientras, Álex pensaba en dos cosas. La primera, en la palabra silenciar.

Silenciar.

Silenciar.

Silenciar.

¿Por qué silenciar?

¿Silenciar qué?

Luego, pensó en otra cosa que le resultaba terrible.

Dentro de aquello, había un detalle que unía o desunía todo. La frase que dijo ese hombre antes de arrojar a Karla en la piscina, una frase que hacía de inquietante pegamento.

«Hola, Karla».

Eso era lo más tremendo de todo para Álex. Cómo podía estar relacionado ese caso con Karla.

¿Era un caso que había llevado ella?

¿Era una persona o asesino que había pasado por su comisaría?

Álex sacudió la cabeza sin dar una explicación a todo eso.

Entonces entró un camarero y pidió otra cerveza japonesa o china, lo que fuera; la noche se pronosticaba larga y con muchas ganas de seguir hurgando en los secretos de esa fosa común que resultaba ser una piscina para la muerte.

30

Apareció una chica joven a llevar la cerveza a Álex.

Menuda y con el pelo negro y liso. Ojos almendrados y delicados modos.

Ella, al ver al hombre con rizos y músculos que sobresalían de la camiseta negra, se quedó a mirarlo.

Él asintió con educación, pero ese gesto gentil no le gustó a Karla. Lo miró con celos y mortífera visión.

—¡Que sea la última! Tienes que conducir —afirmó con tono severo.

La chica se fue y Álex dio un trago. Volvió a mirar la etiqueta y respondió.

—Si esto no tiene casi graduación —dijo en su defensa.

—¡Da igual! —respondió sin que fuera el alcohol de la cerveza lo que importaba.

Álex puso los ojos en blanco.

—¿Seguimos, tortolitos? —preguntó Ana.

—Por favor —animó él.

—Venga, las siguientes fotos.

Álex cogió las de Lucía y las guardó en la carpeta, sacó las del hombre.

Antes de dárselas, las miró y las presentó con un tono de voz adecuado.

—La segunda víctima es un varón que aún no hemos conseguido identificar.

—¿Huellas?

—Quemadas —respondió el sargento—. Solo sabemos que tiene un tatuaje. Lo tienes en la siguiente foto.

Ella la pasó y se lo quedó mirando.

—Ya… Bueno, veo que la condición del cuerpo es que estaba atado a la silla. ¡Qué fuerte! Menuda muerte. Este es un… Bueno, no me adelanto. Atado a una silla de metal con bridas en las muñecas y tobillos —siguió con su análisis interno, aunque lo exteriorizaba para los dos policías—. Cuerpo hundido con peso adicional para garantizar la inmersión completa. Signos de ahogamiento y una herida en el abdomen de un objeto punzante, ¿no?

—Sí, un hierro de la piscina. Si hubiese tirado a Karla al agua, se habría podido clavar uno de esos —aseguró Álex.

—Bueno. Estado avanzado de descomposición. Además, tiene como unas mordeduras de…

—Ratas. Lo comieron. Alba piensa que *post mortem*.

—Tipo de asesinato, muerte por asfixia en el agua. Una sumersión forzada. ¿Habéis buscado si esta silla puede tener una trazabilidad?

—Están buscando, pero me da que es una mera silla de oficina desechada y cogida de un vertedero.

—Bueno, sigamos. El mensaje simbólico del asesino en este caso, tal y como he dicho antes, es que el hecho de que siga atado a una silla indica que el asesino quería que muriera completamente indefenso y sin posibilidad de movimiento. Incluso el agua como método de ejecución simboliza purificación o castigo, posiblemente, una forma de limpiar sus pecados o exponerlo como corrupto.

—¿Corrupto? —preguntó Karla.

—Es una de las posibles interpretaciones del agua. No quiere decir que sea lo que tiene que ser, ¿sabes?

—Sí, entiendo —respondió ella.

—¿Has pensado cómo puede haber llegado el asesino a elegir este lugar? Está muy escondido, en una urbanización lejana de todo centro habitado.

—Se lo he preguntado al jefe de la policía local. Me ha contestado que la piscina apareció en un programa de la televisión comarcal sobre lugares abandonados. Además, para más inri, se ha emitido en YouTube. Eso ha abierto el espectro de visión. Tiene muchísimas visualizaciones. Vete a saber quién puede haberlo visto. Si hubiera quedado en solo una emisión comarcal, el cerco se habría estrechado. Pero esto hace que el asesino pueda ser de una zona mucho más amplia.

—Entiendo —dijo Ana—. Bueno, seguimos. El tatuaje indica que es posible que este hombre esté relacionado con la ley.

—Perdona que te interrumpa. ¿Quién narices se tatúa esto en su piel? —preguntó Karla, asombrada, indicando el mazo judicial y la peana de madera.

—Alguien que cree en la ley. Le pregunté al abogado Luete si lo conocía, pero me dijo que no sabía quién era —afirmó Álex.

—¿Un abogado, un juez, un notario? —preguntó Ana.

—A un notario no lo veo tatuándose algo así —respondió Álex.

Ana subió las cejas y miró de nuevo la bandeja con el surtido de *sushi*, que iba menguando. Cogió otro con los palitos de madera y, antes de comerlo, dijo:

—Álex, despierta, en la intimidad, la gente es muy rara y fetiche. Te lo aseguro.

Él arrugó el ceño. Era posible, pero ese hombre, no sabía por qué, no le daba la idea de un notario. Más se acercaba a un abogado como Lucía, guaperas como Lucía.

—¡Esperad! —exclamó Karla, y pidió a la amiga la foto—. Este hombre es guapo, muy guapo. No pongas esa cara, Álex. Quiero decir que cuando estaba vivo, tenía que ser un hombre muy guapo.

Entonces se le encendió a Ana también la chispa.

—Ostras —afirmó Ana—. No me digas…

—¿Y por qué no? —respondió Karla.

—¿El qué? —preguntó Álex.

—Podría ser.

—¿Pero el qué? —insistió Álex.

—Los dos abogados, los dos guapos… —dijo Karla.

—Chicas, en serio, no lo pillo. ¿Es que no me lo queréis decir o qué? —espetó de nuevo Álex, ya un poco molesto.

—¿Es que hay que explicarte todo? —preguntó Ana con un tono casi burlón.

—Creo que sí —añadió Karla, divertida.

Entonces ella lo confirmó y Álex se quedó sin aliento por un segundo. Se apoyó en el respaldo de la banqueta redonda y se pasó la mano por los rizos, desenmarañándolos.

«Tiene razón», reconoció en su fuero interno.

31

El *sushi* estaba desapareciendo de las bandejas.

Solo quedaban los que menos gustaban. El *sushi* solo con arroz y una triste alga a su alrededor y alguna combinación de salsa rosa o con pepino que no triunfaron. Las piezas con trufa fueron las que se acabaron primero.

Se quedaron en silencio por un rato.

La idea de que los dos cadáveres, es decir, Lucía Expósito y el hombre misterioso fueran amantes no se le había ocurrido.

Álex, si hubiera podido, se habría dado de cabezazos.

Tenía que investigar la identidad de ese hombre en la vida de Lucía. Eso podía tener sentido, y cuanto más lo pensaba, más sentido cobraba.

A Álex se le escapó una sonrisa maliciosa y las chicas la vieron.

—¿Por qué te ríes? —dijo Karla, y seguido miró a Ana con complicidad.

Álex negó.

—¡Hombres! —afirmó él.

—¿Por qué? —preguntó Karla.

—Porque hay cosas que los hombres no ven. Somos ciegos, ingenuos, simples.

—¿Y previsibles? —añadió Karla.

Ana arrugó las cejas y alargó la mano con los palitos aún entre los dedos.

—Espera. No quiere decir que lo sean, pero podría ser…

—¡El abogado me dijo que no lo conocía! —afirmó Álex, retrocediendo en sus pasos.

Ana se encogió de hombros. Hizo un ademán con los palitos y cogió unos de los últimos que quedaban.

—A lo mejor fue un abogado contrario en un juicio y se… ¡enamoraron! —explicó—. ¿Quién sabe?

Álex arrugó el ceño y bajó la vista a la bandeja de *sushi*. Las posibilidades de resolver ese caso rápidamente como le gustaba a él eran escasas. Las posibles combinaciones eran tan variadas como esas bandejas de *sushi* cuando las trajeron.

—¿Estás embarazada? —preguntó el hermano.

—Perdona, ¿otra vez? —ladró con tono ofendido—. ¿Qué pasa, que una mujer tiene que estar embarazada por comer *sushi* a gusto?

—Nunca te había visto comer con tanta voracidad. Esas bandejas estaban repletas.

La hermana lo miró con la misma expresión que cuando hacía una trastada de pequeño.

—Pásame la siguiente foto, anda —ordenó.

—Tienes que analizar al asesino, su perfil. ¿Cómo lo ves, es el mismo?

Ana se detuvo. Se pasó un par de veces la lengua por los dientes para quitar algún trocito de arroz rezagado. Se limpió la boca y bebió un trago de agua. Luego, cogió la foto y se la acercó. Pensó un rato más y concluyó.

—Si fuera un abogado, esta es una clara referencia a su rol —dijo, y siguió susurrando, sin que la entendieran—. ¡Hundido! Como la justicia.

—No te oigo.

—¡Hundido! El agua puede que sea la justicia. Protegió a culpables y ahora él mismo es el hundido, es su final, ahogado por mentiras o engaños.

—Pero, Ana, ¿qué tiene que ver esto con que fueran amantes?

Ella se lo pensó.

—Lo ha atado a una silla y lo ha tirado dentro sin posibilidad de escapar. Quizá, la silla es la mentira. A lo mejor llevaban tiempo en la mentira, ¿no te parece?

—Sí, pero no. Quiero decir, si Lucía hubiese tenido una relación fuera de su pareja, a lo mejor…, como mínimo, a su hermana se lo habría dicho.

—No lo sé, podrías preguntárselo —puntualizó Ana, y siguió—. El perfil del asesino, basado en esta muerte, creo que es sencillo. Es frío, calculador, utiliza métodos que prolongan el sufrimiento. No siente urgencia por asesinar rápido, lo que sugiere un perfil muy organizado y con planificación detallada. En este caso, creo que su objetivo no es la satisfacción inmediata, sino el impacto del acto y el mensaje detrás de cada ejecución.

—Sin embargo, con Lucía fue más furtivo, la cogió y se la llevó. La estranguló y la enrolló en una alfombra. Eso es más impulsivo. ¿Por qué?

—Quizá ya no la soportaba en casa y decidió acelerar el proceso.

—¿Y por qué no matarla en casa? En lugar de fuera, encontrarse en un lugar público…

—A lo mejor, precisamente, para que no lo reconociéramos —indicó Karla—. Quiero decir, en la calle, encapuchado y sin identidad, no tienes manera de saber quién es.

—Siempre y cuando no haya cometido un error —exclamó Álex.

—En fin, también cabe la posibilidad de que el asesino buscase matar a este hombre por algún tipo de injusticia legal que haya sufrido o que haya visto.

—¿Que le hayan puesto cuernos no es bastante injusticia? —preguntó Álex.

—En parte sí —dijo Karla—. No me gustaría sufrirlo…

Ana se calló. Bajó la mirada y recordó cómo hacía años ella tenía esos invisibles pero pesadísimos cuernos. Alberto, su exmarido, había sido muy generoso al regalarle un par. Con la secretaria, decenas de veces, blindado con la excusa de quedarse hasta tarde con ella y un selecto equipo trabajando. El mismo que sabía que, si llamara a uno de ellos, mentiría tapando la aventura del jefe.

Lo descubrió después, a toro pasado y sin una mano.

Siempre se preguntó qué habría hecho si ella hubiese descubierto la aventura. Cómo habría afectado a su psique.

Después de haber sido violada por Nicolás Alcázar, había trabajado aún más su mente para superar ese momento. No solo con meditación e hipnosis por un compañero, sino escribiendo un diario para vomitar todo lo que su cabeza no quería expresar y sentía. Una válvula de escape

donde salía toda la porquería mental que no quería que se quedara dentro ni que se comiera nadie en su entorno.

Pero, comparando los dos hechos, sintió que la traición de Alberto era una herida que le costaría cerrar. La violación le había creado un hito en su cabeza, que siendo psicóloga, consiguió superar.

Pero estar embarazada del segundo hijo y que tu compañero se acostara con otra mujer mientras te decía que te quería para ella fue más duro. Más si recordaba que la noche que Néstor la raptó, él estaba con la maldita hija de perra de su secretaria.

Dolía pensarlo.

En la mesa de la sala privada del restaurante japonés, le vino de nuevo a la mente ese detalle.

Cómo un elemento como los cuernos resucitó sin querer la historia de Alberto.

Pensó que no tenía que ser fácil llevar cuernos. No todas las mentes eran capaces de afrontar de una forma constructiva ese tema.

Ciertos se suicidaban.

Ciertos afrontaban la realidad.

Ciertos lo negaban y somatizaban, incluso haciendo aparecer en su cuerpo enfermedades.

Ciertos, en cambio, mataban.

Al trabajar con la muerte y con psicópatas o criminales, Ana se había dado cuenta de que llegar al extremo de matar no era tan difícil.

Una mente débil o inestable podía llegar a ese punto de no retorno de quitar la vida a otro con inmensa facilidad.

Incluso muchas veces ella se había planteado, si los hubiese encontrado en la cama y hubiese tenido en la mano una pistola cargada, ¿habría disparado?

En ciertos momentos, cuando su mente caminaba por desiertos de soledad y frustración pensaba que habría apretado el gatillo.

Luego, rápidamente se retraía, perdonándose diciendo que nunca lo habría hecho.

… pero a veces sí.

Y por eso, ¿era una mala persona por pensarlo?

No quería responderse.

Una mano le tocó el brazo y la devolvió a la mesa del restaurante.

Sonrió.

—La Tierra llama a Ana, la Tierra llama a Ana. ¿Estás con nosotros? —preguntó Álex.

Sacudió la cabeza, como si de esa forma se fueran todas las malas ideas. Bebió y miró a su hermano.

—Seguimos, tercera y última víctima. La camarera ha entrado con cara de mala leche, creo que van a cerrar. ¿No la has visto? Parecías abducida por los álienes.

Ella arrugó las cejas. No recordaba ese hecho, solo la divagación que había hecho con sus pensamientos.

Respiró hondo y bajó la vista al tercer cadáver. También ese tenía miga.

32

La foto de la chica la compungió.

Cuando la criminóloga veía a una víctima joven, siempre se preguntaba ¿por qué?

Pensaba en todo lo que había vivido y disfrutado y todo lo que había dejado de vivir.

Su último beso, la última película que había visto, su último plato preferido, su último orgasmo, incluso la última vez que había hablado con su madre.

Una vida segada tan joven siempre era una tragedia dentro de una tragedia. Una matrioska de miseria.

—No sabemos quién es. Estamos averiguando. Hemos empezado con desaparecidos y a preguntar en los talleres de tatuajes por si alguien la reconoce.

—¿Huellas? —preguntó Ana.

—Adivina.

Álex pasó las fotos y en una de ellas se veían quemadas.

—Bueno, ya la encontraréis.

—En fin, ¿qué ves en esta foto?

Ella suspiró.

—Esta es una mujer joven. Quizá no llegaba a los treinta años. Bueno, la condición del cuerpo es clara, tirada con un peso al fondo de la piscina y con un globo en la cabeza. ¡Qué fuerte! Este tío es muy sádico. No me lo puedo creer. ¿Os podéis hacer una idea de lo que tiene que haber sido pasar el tiempo que ese globo tenía oxígeno y luego morir? —dijo con un tono de desesperación entre sus sílabas.

Miró a los otros dos con la mirada aterrada.

Un latigazo en forma de escalofrío recorrió todo su cuerpo. No se podía imaginar encontrar a un criminal de ese tipo. ¿Cómo podía una persona humana alargar la muerte de otro ser? ¿Cómo podía tener tanto odio en su interior?

Dio un trago de agua.

Entró otro camarero y preguntó si querían postres. Mencionó el helado frito, el *cheesecake*, el tiramisú o mochis de sabores.

Ellos negaron, sobre todo, a la palabra tiramisú, recordando la noche que encontraron los cadáveres.

Entonces el camarero retiró las bandejas y advirtió que llevaría la cuenta. Ana levantó la mano y preguntó si se podía llevar las pocas piezas de *sushi* que habían quedado, odiaba tirar la comida.

—Un peso en los pies y las manos atadas —dijo de nuevo, y bufó—. No aparecen signos de violencia previa.

—Ni violación, según indicó la forense.

Ana asintió.

—Estado avanzado de descomposición, eso sí. Tipo de asesinato: muerte por asfixia lenta y controlada. Quería que esta mujer sufriera durante mucho tiempo —dijo ella.

—¿Qué opinas? —preguntó Karla.

Ana levantó las cejas.

—Así, *a priori*, creo que en este caso el asesino lanza una mensaje simbólico, el uso del globo o bolsa en la cabeza sugiere una tortura psicológica previa, es decir, quiso que sufriera antes de morir. Con mi experiencia, la sensación de asfixia progresiva dentro del agua genera un miedo extremo y prolongado, lo que indica que el asesino disfruta del proceso de ver sufrir.

—No me extrañaría que lo grabara —dijo Karla.

Álex torció la boca.

—Esa agua es tan pútrida y oscura que a lo mejor ni una linterna potente la habría penetrado para que pudiera ver cómo se agitaba.

—De noche, a lo mejor sí —añadió Karla.

—Puede. ¿Lo has probado?

—Claro que no. Podría ser una idea.

Álex se encogió de hombros.

—Sigue.

—Solo añadir que la víctima representa a la persona silenciada o ignorada. No sabría qué decirte más.

A Álex no lo convenció.

—¿El perfil es el mismo?

—No, en este caso, el asesino demuestra más pautas de sadismo con respecto a las anteriores. Puede que esta víctima fuera menos importante en su venganza, pero, aun así, necesaria para completar su mensaje.

—¿Mensaje? —preguntó Karla.

—Todos los asesinos que matan así tienen uno. No solo Néstor con criptogramas. Pero en cambio, no está jugando con nosotros. Eso no. Eso lo diferencia. Este asesino busca generar terror no solo en la víctima, sino en la escena del crimen cuando sea descubierta. Quiere respeto de las personas que lo encuentren —finalizó.

Álex se giró al entrar el camarero y cogió el platito donde reposaba el tique. Ana insistió en pagar mientras cogía del mismo camarero un pequeño casi ridículo túper con las piezas de comida sobrante.

Álex invitó sin parpadear y ella le dio las gracias.

Cuando estuvieron fuera, Álex indicó a la escolta de Karla que lo esperaran en el coche un momento.

Acompañó hasta casa a su hermana, a pocas manzanas de distancia. Al ir, se dio cuenta de que estaba borracho de tanta información. Ella le aconsejó que lo mejor era que se tomara unas horas de reposo y que mañana hiciera un resumen y viera cómo podía encajar todo eso con la vida de Lucía.

Se dieron dos besos y un abrazo largo.

Luego, regresó con paso más rápido hasta su coche y al de la escolta de Karla.

Los dos coches regresaron a la casa de él. Los agentes se quedaron fuera para controlar la zona mientras Álex y Karla entraban.

—¿Cada cuánto viene la mujer de limpieza? —preguntó Karla, refiriéndose a su casa.

—Cada mes, creo.

—Se nota —dijo, pasando un dedo por los libros y levantándolo con polvo.

—Ese polvo venía de herencia, no te equivoques.

—Lo que tú digas, sargento.

Él sonrió y se metió en la ducha.

Cuando salió, ella lo estaba esperando.

—¿Quieres tú la…?

No pudo acabar la frase cuando vio que la mujer lo invitaba a ir a la cama.

La sábana le tapaba solo la mitad del cuerpo. Sobresalía una pierna y la mitad del torso.

—¿No vienes?

Él sonrió mientras su cuerpo se preparaba para el encuentro.

Entró poco a poco en la cama.

«Por fin», pensó Álex al comenzar a hacerle el amor después de haberla besado por todo el cuerpo.

En el cielo sonaban truenos y algún relámpago se veía en el mar, soltados por nubes que llevaban tormenta.

Ver a Karla de nuevo en su cama dos noches seguidas era un oasis, un sueño que estaba encantado de seguir teniendo.

El encuentro duró poco, rápido pero intensísimo.

Se abrazaron mientras las nubes liberaban la lluvia. El repiqueteo contra las ventanas fue como una canción de cuna.

El despertador sonó antes de que apareciera la claridad de la mañana.

Era un día importante el que comenzaba. Álex, a las pocas horas, iba a descargar una batería de preguntas sobre Alfredo Ibáñez, la pareja de Lucía. Eso sí, se tenía que presentar, y eso era otra cosa.

33

—Un café con leche de soja y una caracola de pasas. ¡Bien calentita, por favor! —pidió Álex al camarero del Café Sirena mientras le guiñaba un ojo.

—Que sean dos —dijo Karla a su lado.

Álex puso los ojos en blanco.

Ella había insistido en ir con él a la declaración del testigo Alfredo Ibáñez. No le gustaba la idea, pero tampoco la podía dejar sola en casa.

—¿Otro día aburrida? —preguntó mientras estaba haciendo la religiosa y necesaria cafetera de la mañana.

Él, finalmente, aceptó que fuera.

No sabía cómo reaccionaría Ferrer al verla, pero, como siempre, le daba igual.

Echó un vistazo a las noticias del periódico por encima y con una oreja puesta en la televisión.

Al lado de la caja, siempre estaban los periódicos del día para consultarlos.

La noticia de la piscina de la muerte que el día anterior era *trending topic* en las redes y en los telediarios se había disuelto en la nada.

Ya nadie pensaba en eso. Un mundo donde un hecho terrible como el de la piscina duraba como noticia el tiempo que la cinta tarda en recorrer la rotativa de impresión.

Tuvo un sentimiento de asco y de soledad, pero pagó y cogió la bandeja con los dos desayunos.

Recordó que tenía una llamada perdida en el móvil. Mientras estaba haciendo la cafetera en casa, llamó para saber quién era y el móvil estaba apagado.

Decidió devolver la llamada.

¿Quién lo había telefoneado?

Marcó el número y, en esa ocasión, sí dio señal, el móvil estaba encendido, pero nadie contestó. El camarero del Café Sirena lo llamó, así que colgó y guardó el móvil.

Se dirigieron hacia la mesa comunitaria, siempre llena de compañeros y agentes y, en ese preciso instante, se levantó uno.

Lo habían requerido con urgencia de la comisaría. Al realizar el movimiento rápido, cogió desprevenido a Álex, que hablaba con Karla.

El agente descompensó la bandeja y los cafés se habrían caído si no hubiera llegado una mano providencial por detrás.

Como aparecida de la nada y como si supiera lo que pasaría, se presentó para estabilizar la bandeja y salvar los vasos con el desayuno.

—Perdona, Álex —dijo el agente al darse cuenta del desastre que había estado a punto de provocar.

Ese brebaje habría acabado en su chaqueta, camiseta y pantalones como poco. Con una entrevista que le esperaba, no habría sido la mejor manera de presentarse. No le habría dado tiempo de volver a casa para cambiarse. No, imposible.

Álex sonrió al agente y se giró para ver de quién era la mano providencial.

Nunca habría imaginado que hubiese sido esa persona la que evitara el desastre.

Él sonrió y Álex canceló la sonrisa al ver a Iker Santamaría.

Giró la cabeza al mismo tiempo que gruñía un gracias.

—Un placer ayudarte, Álex —respondió él.

Avanzó y, en lugar de sentarse en el final de la mesa comunitaria, se sentó en una para dos, intentando evitar al novato.

—Hola, Iker —dijo Karla sin muchas ganas de hablar.

—Hola, ¿te encuentras mejor hoy?

—Sí, gracias —respondió mientras se sentaba en la silla frente a Álex.

Iker en cambio, cogió otra silla de la mesa de al lado y la puso en medio.

—¿Os importa?

—Sí, estamos desayunando —ladró Álex con un tono algo cabreado a pesar de lo que había evitado el chico.

Karla le hizo una señal. Él ya conocía muy bien lo que significaban esas expresiones de Karla. Esa, en concreto, era la típica de cuando daba un portazo o un puñetazo en una mesa. Su expresión era de «venga, no hagas eso, pórtate bien», pero en un forma evolucionada, discreta, cifrada.

—Sí, Iker. No te preocupes —afirmó ella ante la negación continua de Álex.

Iker se acabó de sentar, levantó un brazo y miró la caja.

—¿Qué quieres? —preguntó Karla después de tragar un bocado de la caracola de pasas.

—Pedir un café.

—No, tienes que ir a la barra. No te lo traerán a la mesa.

Iker bajó enseguida el brazo.

—Es verdad, nunca me acuerdo. En la ciudad, las cosas son así —dijo sin darle mucha importancia.

—¿Qué quieres, Iker? —preguntó, directo al grano, Álex.

—Pues estar presente en el interrogatorio del testigo.

Álex arrugó el ceño.

—¿Cómo sabes lo del testigo?

—Me lo ha dicho Iván.

—¿Iván?

—Sí. Lo ha hecho pasar a la sala de interrogatorios y me ha extrañado. Así que le he preguntado.

Álex se abstuvo de comer. Se giró hacia Karla, cruzando las miradas.

—¿De qué me hablas, Iker?

—Quiero decir que el señor Ibáñez y su abogado ya están aquí.

—¿Ha venido con el abogado? —preguntó Álex—. No me lo puedo creer —afirmó con un tono de satisfacción.

—¿Eso es bueno? —preguntó Iker.

—Parece que sí… —respondió Karla por el compañero.

—Genial. Entonces, lo tenemos todo listo, acabamos de desayunar y nos vamos —confirmó el cabo Santamaría.

—Novato, tú no entrarás en la declaración, ¿está claro?

El chico levantó las manos.

—Lo sé, pero me gustaría estar detrás del cristal. Ya sabes, para aprender de los grandes —pidió con un tono manso, luego, cambió de tercio y se puso serio con un tono que nunca le había oído—. Te prometo que no voy a hablar mucho. Lo he pensado, te molesta y quiero que seamos compañeros. No quiero molestarte, ¿vale?

Álex se lo pensó. Era tan pelota que no sabía ocultarlo. Pero, en cambio, lo había salvado de tener toda la ropa manchada.

¿Había sido el destino?

¿Quizá un mensaje?

Al final aceptó y le estrechó la mano que el novato aguantaba en el aire.

Karla sonrió y Álex, al verlo, lo hizo por dentro.

Cuando dejó la mano, miró el reloj. Faltaba un cuarto de hora para las nueve. Alfredo Ibáñez había llegado antes de hora. Su exceso de puntualidad no sabía si era una estrategia, pero él no dejaría a medias su caracola caliente.

Se acercó la pasta y le dio un bocado más. El sabor de la canela, la uva pasa, de la miel y la masa crujiente por fuera y tierna por dentro se mezclaban en su momento perfecto de la mañana.

Menos el novato, él sobraba en el desayuno con Karla.

Álex, mientras acababa el desayuno, pensó que estaba dispuesto a ceder en el trabajo y en llevárselo consigo como decía el pesado del jefe, pero tenerlo también en el desayuno…, eso era demasiado.

Si ese novato seguía invadiendo su espacio por las mañanas, cambiaría de cafetería.

Le habían hablado de una muy buena y con unos cafés espectaculares cerca del Passeig de Gràcia. Creyó recordar que se llamaba Capri Café.

Pero ese momento no era para pensar en desayunos. El café se había acabado y tocaba solo una cosa, averiguar cómo encajaba Alfredo Ibáñez en la piscina de la muerte.

34

—Buenos días —dijo el abogado.

—Buenos días —respondió Álex.

Ibáñez se había presentado con un jersey azul, camisa blanca y una chaqueta dejada en el respaldo de la silla. Iba afeitado y perfumado. Sus ojos transmitían nerviosismo. Había seguido el consejo de Álex de ir sin alcohol en vena y, seguramente, algún que otro consejo del abogado.

—Josep Montoya, abogado —dijo el hombre, alargando una tarjeta al policía.

Álex asintió y la dejó a un lado.

El letrado, en cambio, se presentó con una corbata azul y un traje gris. No habría dicho Álex que era un traje carísimo ni de sastrería, pero era correcto, tirando a bueno. Montblanc en la mano y una libreta de anillas que ya tenía algunas palabras escritas en ella.

Álex dejó en la mesa un café de la máquina expendedora y se sentó.

A pesar de que habían llegado pronto, Álex decidió dejar sentados allí a esos dos hombres unos minutos más.

Alfredo Ibáñez, en función de testigo, no saludó. Se quedó en silencio, observando al policía entrar y sentarse. Sujetaba un lápiz y jugueteaba con él. Delante no tenía nada donde escribir. Simplemente, lo usaba como entretenimiento para expulsar de alguna forma el estrés. Estaba roído y muy desgastado, seguro que cogido en última instancia del salpicadero de su furgoneta antes de entrar en la comisaría.

—Gracias por venir —afirmó Álex—. Primero de todo, me gustaría darle el pésame por su pareja.

El hombre solo agachó la cabeza, en respeto a ella, supuso.

—Me gustaría saber una cosa antes de empezar. Viniendo en calidad de testigo, ¿por qué ha acudido con un abogado? ¿Necesita la protección de un profesional?

El testigo fue a hablar y el letrado no lo dejó ni empezar.

—Mi cliente me contactó anoche asustado. No sabía bien a qué veníamos y por eso, siendo un momento delicado para mi cliente, he decidido venir.

Álex entendió que el hombre, borracho como una cuba, fue al abogado con la tarjeta del policía con la fecha y hora de presentarse. Sin más. Sin recordar nada.

—Entiendo, pero no es habitual presentarse con un abogado cuando un testigo viene a declarar.

—Tampoco está prohibido —afirmó el abogado.

Álex asintió.

—Correcto, no está prohibido, por eso usted ha pasado a esta estancia —afirmó Álex—. Me gustaría empezar con que me explicara cómo era su relación con Lucía Expósito en los últimos tiempos.

El hombre se pasó el dedo por el cuello de la camisa y se la estiró, como si llevara corbata y hubiese necesitado apartarla.

—Bastante bien. Teníamos nuestros altos y bajos.

—¿Más bajos que altos o más altos que bajos?

El hombre se lo pensó.

—Más altos, creo.

—Cree.

—Sí, no sé. Todas las parejas tienen altos y bajos, ¿no?

—Sí, desde luego, las parejas tienen altos y bajos. Pero usted no me está diciendo toda la verdad.

—Eso no puede probarlo —afirmó, apuntando con el dedo el abogado.

Álex, en su fuero interno, pensó que ya estaba metiendo cizaña en la conversación.

Él optó por no darle peso a su intervención.

—Dígame, ¿querían cambiar de casa, tenían planes de futuro?

Alfredo miró el lápiz que sujetaba.

—Bueno, no sé, la relación se había estancado.

—Siga, por favor.

—No sé, las parejas tienen momentos de todo tipo, ¿no cree?

Álex esa vez no contestó y esperó a que siguiera.

—Teníamos la idea de buscar una casa más grande y ponernos a buscar un hijo. Queríamos cambiar su coche y comprar un monovolumen para llevar bicis a la montaña y pasear. Ver series los sábados con palomitas. Éramos una familia —dijo, acabando la frase, cortándola, como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

—Una familia… —afirmó Álex con retintín—. ¿Por qué quiere venderme esa película? ¿O es que se la está vendiendo a sí mismo?

—¡No! Yo quería a mi mujer.

—La mayoría de los hombres que cometen feminicidios dicen que querían a su mujer. También dicen que conmigo o con nadie.

—Por fin nos revela a qué hemos venido: quiere imputarlo por el asesinato de Lucía Expósito. Muy bien, por fin nos revela la naturaleza de esta farsa —dijo el abogado con tono teatral y comediante.

Álex se giró hacia él.

—¿Cuántos años hace que estudió Derecho, letrado?

El hombre levantó la barbilla y respondió con orgullo.

—Veintisiete años.

—Pues no hacen falta tantos de profesión para entenderlo.

—Esto no tengo por qué tolerarlo.

—¡Cállese! —ordenó Álex, y el otro obedeció—. Alfredo, está a tiempo de confesar.

—No, yo no he matado a Lucía —confirmó con tono molesto.

—Me ha mentido, Alfredo, y lo sabemos tanto usted como yo.

—No es verdad.

—La semana que Lucía fue asesinada fue la semana que ella le dijo que se marchara del piso, ¿verdad?

—No es verdad.

—Sí, lo es.

—No.

Álex estaba conteniendo con un dique el tsunami que estaba a punto de rebosar e invadir toda la habitación. Si el dique se hubiera roto, todos se habrían mojado, sin vuelta atrás. Luchaba por contenerse. Lucía, el hombre y la mujer del tatuaje. Las tres víctimas de la piscina. ¿Era esa persona que estaba delante de él quién había cometido esa tragedia?

Se imaginó cómo le saltaba por encima y lo hacía confesar a su manera.

Pero eso no podía ser. Era un policía, no un justiciero de la noche.

—He hablado con Marina, su hermana. Me-lo-ha-dicho-¡todo! —afirmó sin quitarle ojo de encima—. Está a tiempo de rectificar su testimonio, Alfredo, le doy la última oportunidad.

El hombre negó.

—Marina es una arpía. No me ha soportado nunca. Me quería fuera de su familia desde el primer día —espetó el hombre con energías renovadas.

«Claro, porque eres un alcohólico y una sanguijuela», pensó en su interior Álex.

—Última oportunidad, Alfredo.

—No, yo la quiero. La quería —dijo entre sollozos.

—¿Ha entendido, sargento? Mi cliente no tiene nada que ver con eso.

—Ya, nadie tiene nada que ver hasta que se demuestra. ¿Dónde estaba el día de la desaparición de Lucía? ¿Puede reconstruir todo el día?

Alfredo miró al abogado. Este hizo un gesto que venía a decir que contestara.

—¿No puedes hacer nada? —susurró.

—Es una pregunta lícita. Demuéstralo, explícaselo —dijo el abogado.

Alfredo se giró algo molesto.

Álex no perdía detalle de los dos, pero se giró hacia la pared donde estaba el cristal. Detrás, Karla, Iker y otro agente que grababa la declaración. Lo miraron. Le hubiera gustado hablar un momento con Karla y saber lo que pensaba.

—Es verdad, Lucía quería cortar. No quería nada más conmigo. No sé por qué. Se despertó un día y no quiso saber nada más de mí.

—Le permitió quedarse en su casa solo esa semana, en breve, se caducaba el ultimátum y no quería irse, ¿es verdad? —espetó Álex subiendo la voz.

Alfredo no respondió y Álex entendió que afirmaba con su silencio todo lo que estaba diciendo.

—Además, a todo esto se añade su problema con la empresa, que está en quiebra y usted se refugia en un bar. Así que cuando se enteró de que Lucía lo dejaba por un hombre guapo, bien fornido, que trabajaba en lo suyo y no en la madera y que la trataba mucho mejor que usted, entonces lo mató primero a él y luego, a ella. ¿Verdad? —acabó Álex mientras daba un manotazo en la mesa.

—¡No, no, no! —lloró Alfredo.

—Ya está bien. Está incriminando a mi cliente en algo que ni siquiera sabe. ¿Lo está implicando en un segundo asesinato? ¿En serio? ¿Dónde se ha visto esto?

—Sí. El asesinato de su pareja, Lucía Expósito, y de su amante —gritó, acusando al testigo y mirando al letrado—. ¿Por qué no me dice qué hizo ese miércoles? ¿Por qué no me hace la descripción de todo?

En medio de esa discusión que estaba cogiendo una espiral destructiva, alguien llamó a la puerta por fuera.

Álex se calló, casi jadeando.

Cogió el café corto, lo bebió de un sorbo, tiró el vaso a la papelera y fue a abrir.

35

Cerró la puerta detrás de sí.

Abandonó la entrevista porque los ánimos se estaban calentando demasiado.

—Sabía que llegaríamos a este punto —dijo Karla, que lo había llamado.

Se fueron a la sala de grabaciones, detrás del cristal.

Los dos hombres que se habían quedado dentro seguían hablando. No se entendía nada. A pesar de que Karla le estaba riñendo, él intentaba acercarse al altavoz para escuchar lo que decían. Sin embargo, hablaban tan bajito que no entendía nada.

—Te has pasado, Álex —dijo Karla de nuevo.

—¿Ese hijo de perra ha matado a tres personas y ahora me vienes con estas?

—No lo sabes, Álex. ¡No lo sabes! ¿Es que no lo ves? Ni siquiera le has dejado explicarse.

Álex bufó, mirando a Iker. Este asentía como si diera la razón al sargento.

—No me ha dicho nada. Es más, ha hablado en falso, ha dicho que con Lucía estaban la mar de bien y que estaban haciendo proyectos. Mentiras. Se la ha cargado. ¿Por qué viene aquí con un puto abogado? ¿Eh? ¿Me lo puedes explicar? —gritó Álex, y ella se quedó mirándolo.

En los ojos de ella vio esa expresión que a veces reflotaba desde el pasado. Esas abruptas respuestas y viscerales gestos que lo transformaban casi en un cavernícola. En sus ojos pudo ver condescendencia. Lo entendió y comenzó a bajar la cabeza, respirando. Como un oso herido.

Respirando hondo, volvió poco a poco a la normalidad.

—¿Estás mejor?

—Sí —respondió, mirando al suelo—. Perdona.

—Ya. Escúchame. No digo que no tengas razón, soy yo la primera que no soporta los malos tratos a las mujeres, pero no le has dejado hablar —insistió, y Álex de nuevo quiso excusarse—. Espera, no digas nada. Te conozco lo suficiente como para saber lo que vas a decir. Déjame hablar. Voy a ir allí dentro a seguir con la declaración. Luego, si no lo veo claro y si hace falta, tomaremos una decisión juntos. ¿Te parece?

Álex, después de pensárselo un segundo, asintió.

—Bien —confirmó Karla, y le dio un beso en los labios.

Abrió la puerta, la cerró y apareció en la sala.

Mientras se sentaba, Iker dio una palmada en la espalda de Álex. Este se giró, extrañado.

—Estoy contigo, ese tío tiene algo oscuro, seguro que la ha matado él. Maldito carpintero —dijo Iker sin reparo.

Al otro lado del cristal, ella se sentó.

—Soy la cabo Karla Ramírez. Seguiré yo con la declaración si no le importa —dijo, y ellos se miraron a la cara.

Su expresión era de sorpresa. Seguramente, no tanto porque fuera una mujer quien entraba, sino por lo guapa que era.

El perfume del champú usado esa misma mañana para lavar su pelo moreno había cambiado el aroma de la estancia. Su tejano apretado, una camiseta ceñida enseñando la voluptuosa forma y sus preciosos ojos castaños habían dejado sin palabras al abogado y al testigo.

«Sí, las mujeres son guapas e inteligentes», decía a los cretinos, pero de momento esa situación no parecía que necesitara desenfundar la frase.

—¿Algún problema? —dijo ante la inexpresividad de los dos hombres.

Enseguida se recompusieron y asintieron.

—Me gustaría que me explicara los hechos del miércoles en cuestión.

—¿Qué miércoles?

«Ya empezamos», pensó Karla.

Sonrió.

—Los hechos del miércoles en que desapareció Lucía —confirmó con dulzura.

El abogado tocó con el codo al cliente.

—Ya ha venido el poli bueno.

Ella hizo como si no lo escuchara. Carraspeó y le indicó a Alfredo que hablara.

—De acuerdo —dijo Alfredo con tono derrotista—. ¿Podrían traerme un poco de agua?

Karla se giró e hizo un gesto por el espejo.

A los segundos, mientras aún Alfredo se estaba ordenando las ideas y seguramente las ganas, entró un agente y dejó el vaso en la madera. Enseguida, lo bebió voraz.

—¿Quiere otro? —indicó Karla mientras el agente se detenía antes de cerrar la puerta de la estancia.

—No, gracias. Tengo bastante —respondió.

Karla entrelazó los dedos y apoyó las manos en la mesa. Echó un vistazo al cristal sin querer, sabiendo que al otro lado estaba su compañero.

—Le escucho —dijo para que arrancara con la explicación.

Suspiró.

—Esa mañana me levanté cachondo. Ella se estaba preparando el desayuno. Se bebía un café con leche muy largo y no sé cuántas de esas mierdas de cápsulas. ¿Cómo se llaman?

—Suplementos.

—Eso.

—Yo también tomo esas mierdas por la mañana —dijo Karla sin cambiar de actitud—. Siga, por favor.

—Se estaba bebiendo el café y mirando el móvil. En cuanto llegué por detrás, cerró la pantalla. Hice como si no lo viera. Le restregué mi miembro, que sobresalía del pijama. A ella le encantaba por la mañana hacerlo en la cocina, brutal, como animales, antes de la ducha.

—¿Y esa mañana también quiso mantener relaciones sexuales con usted?

—¡No! Se puso como una fiera. Raro, pensé yo. Si normalmente le gustaba. Pero no había manera esa mañana, estaba torcida. Así que le pregunté qué le pasaba. Y me dijo que tenía prisa

y que estaba cansada de mí y de mis maneras… creo que «rudas». Lo digo porque se lo tuve que preguntar a Alexa para saber qué quería decir.

—Muy bien, y luego, ¿qué pasó?

—Pensaba que se había quedado ahí la bronca. Pero cuando salió de la ducha y ya se había vestido, me dijo que me tenía que buscar otro lugar donde vivir. Que esa casa se la quedaba ella y que me fuera.

Karla subió las cejas, pero sin mover las manos en la mesa.

—No tiene que ser fácil que te digan eso.

—No. No lo es.

—Ya. ¿Qué pasó después?

El hombre se lo pensó un momento y siguió.

—Me dijo que llegaba tarde yo también y que me fuera a trabajar. Por la noche seguiríamos hablando. Cogió su maletín, el bolso y se fue sin girarse, sin darme el beso desde la puerta —dijo con la cara arrugada por el dolor y mirando el vaso vacío que estaba en la mesa.

Karla pensó que, si lo que quería hacer era que se compadeciera de él, con ella no funcionaría. La mayoría de los hombres que cometían asesinatos eran corderitos que lloraban por cuánto la querían y cuánto la echaban de menos.

—Y eso le desestabilizó, ¿verdad? —preguntó ella.

—Ojo con lo que dices —advirtió el abogado.

—La empresa no va bien. He perdido clientes, he tenido que despedir. Todo iba mal y ahora esto también. No lo soporté.

—¿Y qué hizo? —preguntó.

—Cogí la furgo y me fui a repostar. Allí vi un *pack* de cervezas que me estaba esperando. Decidí cogerlo y me lo llevé.

—Lo describe como si la cerveza le hablara.

—No enseguida, pero cuando llevo varias, entonces sí me hablan. Adoro la cerveza y ella me adora a mí.

Mientras Alfredo decía esas palabras, el abogado se pasó la mano por el rostro. Algo le decía que aquello no iba bien.

Esas frases asustaron a Karla. Podía ser una persona con problemas psicológicos o que necesitara medicación. Podía incluso haber cometido esos asesinatos y no acordarse.

—¿Qué hizo con las cervezas?

—Pues la verdad es que…

—Espere, ¿pero no tenía que ir a trabajar?

—Tenía que ir a tomar unas medidas para un trabajillo en una fábrica. Pero no me presenté. Me fui a un mirador que está cerca del Tibidabo, al Mirador de Vallvidrera, y me quedé allí. Mis birras y yo, a ver qué hacía con mi vida.

—¿Desde el desayuno no volvió a ver a Lucía?

—No. No la volví a ver en absoluto.

—¿En absoluto?

—Lo juro.

—¿Y luego qué pasó? ¿Se acabaron las cervezas?

—Sí, por desgracia. Me dormí en la hierba al sol. Hacía tiempo que no lo hacía. Creo que la última vez fue con la pandilla en ese mismo lugar.

—¿Qué pasó cuando se despertó?

—Me llamó Marina, la hermana de Lucía, que decía que no había ido a comer y que no sabía dónde estaba.

—¿Cuánto durmió en ese lugar?

—No sé, me desperté por la tarde.

—Me imagino que no hay cámaras en ese lugar.

El hombre se lo pensó y al cabo de unos minutos respondió.

—No. No creo.

—Es decir, que en el momento de desaparecer Lucía, la persona que más ganas de hacerla desaparecer de este planeta, por despecho o por envidia o por celos o por venganza, no tiene una coartada sólida.

El hombre asintió y el abogado apoyó un brazo en la mesa, se acercó a la oreja del cliente y le susurró algo que cambió por completo la declaración.

—Esto es todo lo que tenemos que decir.

—¿Se da cuenta de que su cliente no tiene una coartada y que así se lo pone en bandeja a un juez? —dijo, pasándose de la raya.

—Eso hay que probarlo.

—Claro, y lo probaremos.

—Nuestra declaración se acaba aquí —dijo el abogado—. Nos vamos.

—No tan rápido, señores. El señor Alfredo Ibáñez quedará retenido en nuestras dependencias policiales por riesgo de fuga u obstrucción de pruebas hasta nuevo aviso.

—¿Cómo? —gritó el letrado—. ¿Y por qué?

—Porque no le creemos y, considerando que puede alterar pruebas o escapar, es mejor que se quede en nuestro calabozo.

—Esto es indignante —dijo el abogado.

Karla se estaba encendiendo como una cerilla. Necesitaba salir o se los habría comido a bocados, como en el cuadro de Goya cuando Saturno devora a su hijo.

—¿Pueden hacerlo? ¿Estoy arrestado? Esto no me lo habías dicho, tío. No me habías dicho que me podían meter en la trena.

Antes de contestar el abogado, Karla pensó que ese hombre era el hombre más ingenuo que se podía encontrar en la faz de la Tierra.

Entraron dos agentes e indicaron al señor Ibáñez que tenía que seguirlos.

El abogado intentó tranquilizarlo, pero el detenido cada vez gritaba más y se negaba a acompañar a los agentes. Cuando al final se lo llevaron, a Karla la atravesó una cuestión que la dejó sin aliento.

Había hecho lo que creía que tenía que hacer, pero una duda la invadió terriblemente.

36

Entró en la sala de observación.

Karla estaba despistada. Separada de lo físico. El cuerpo había entrado en la sala, pero su mente seguía en la misma pregunta que la estaba alterando.

A pesar de las palmadas que le dio Álex y de los elogios de Iker, no se le quitó la idea.

Esa idea que la había devuelto a aquella noche. El dolor en la pierna aún le recordaba ese momento como una cuerda que de vez en cuando la arrastraba hasta ese instante: cuando la empujaron.

¿Era un hombre?

¿Era una mujer imitando voz de hombre?

¿Era una sola persona?

Las voces de los dos policías que le hablaban eran un tono sordo y aislado que no permeaba en sus orejas.

Y en su cabeza la frase se repetía como un mantra, una continua canción en monotono.

«Hola, Karla».

Le había dicho ese hombre antes de empujarla.

¿Era ese hombre?

¿Habría sabido reconocer la voz de ese hombre?

Se lo llevaba repitiendo desde hacía demasiadas noches, sin encontrar la respuesta. No tenía manera de saberlo. Pero si era Alfredo Ibáñez, lo había disimulado muy bien.

«Un asesino nunca se adelanta a una acusación a menos que busque atención y protagonismo», decía su instructora de la academia.

Y la verdad era que no tenían nada.

Tragó saliva y levantó la vista hacia Álex.

—¿Qué piensas? —dijo Karla, interrumpiendo lo que estaba diciendo.

Álex se detuvo, la miró, la cogió de los hombros y le preguntó si estaba bien.

—Sí, pero si es ese pobre diablo quien me tiró a la piscina… —dijo, pensativa.

—Supongo que sí.

—Hay demasiados componentes que no me cuadran —confesó Karla.

—Escúchame, tenemos que buscar si hay pruebas en la furgoneta y en su taller de carpintería.

—Karla, seguro que ha sido este tío. Tiene el móvil perfecto. Lo has dicho tú —intervino Iker—. Tenemos que averiguar si ese hombre dice la verdad. Seguro que alguna cámara pasa por ese lugar que ha dicho en el Tibidabo. El Mirador de Vallvidrera, lo busco e investigo si estuvo

allí. No sé, una casa, una gasolinera u otro lugar que pueda demostrar que no ha pasado su furgoneta nos dará la razón. ¿No te parece? —dijo Iker mientras miraba a Álex.

—Me parece bien. Te encargas tú de ese lugar, entonces —respondió a Iker como si fuera uno más de su equipo de homicidios—. Yo me encargo de la furgo y del taller.

Karla, que parecía estar un poco aturdida, tardó un instante en responder.

—Yo quiero ir —dijo ella.

—No. Quédate en la comisaría. Es el lugar más seguro.

—Ni hablar, yo quiero ir contigo.

Iker se había marchado ya, solo quedaban ellos dos en la sala.

—Necesito que te quedes, que rellenes el papeleo. Si sales de este edificio, por favor, que los escoltas vengan. ¿Me has oído? ¿Me has entendido? —Ella torció la boca—. Ya sé que quieres venir, pero es mejor que te quedes —insistió él.

Karla soltó un grito sordo.

—Me muero de ganas de volver a la calle.

—En este caso no.

—¡Vale!

Él sonrió y ella, justo después.

Él apoyó los labios en los suyos y le dio un beso apasionado.

—Quédate aquí, nos vemos pronto.

Álex salió de la estancia y corrió hacia arriba. Sentía la adrenalina que corría por sus venas como una manada de caballos salvajes.

Una vez arriba, la voz del subinspector de la policía lo detuvo. Lo llamaba. De repente, los caballos salvajes en su interior se desvanecieron.

—Álex, entre en mi despacho. —Se escuchó desde el pasillo.

Álex asomó la cabeza al interior y Ferrer le indicó que cerrara la puerta.

Le repateaba eso.

—Tengo prisa, jefe.

—Lo sé, será solo un minuto. Antes de nada, cuénteme cómo ha ido la declaración.

Álex le explicó por qué lo habían retenido. Que necesitaba pedir un permiso al juez para analizar el vehículo y el taller del sospechoso.

—Está bien, me parece que puede coincidir. En una furgo, uno puede perfectamente transportar el cadáver de una mujer enrollado en una alfombra. —Álex no respondió—. Bien. Me alegro de que ahora con el sargento Santamaría se vayan afianzando las cosas.

—Sí, ha ido a buscar unas pruebas.

—Bien —respondió, y esperó unos segundos.

Cuando el jefe se ponía en ese modo, algo tenía que decirle. Lo conocía y cuando estaba a punto de comunicar algo, el jefe hacía un gesto particular con las hojas y tosía. El toser, se lo había explicado Ana, era una forma involuntaria de expresar que no quería decir algo.

Por la cabeza de Álex, pasaron varias opciones: lo trasladaban, pero entonces no habría tosido; o le cambiaban el coche; o lo ascendía de cargo; o mejor aún, lo dotarían de un helicóptero para llegar antes a los sitios.

Mientras pensaba, llegó la respuesta.

—Me ha escrito Aragonés y me ha dicho que le ha colocado en una lista muy selecta de *mossos* que acudirán… —dijo, carraspeó y continuó con un tono más solemne—, acudiremos a una fiesta benéfica para recaudar fondos.

Álex arrugó el ceño y torció la boca.

—¿Una fiesta?

—Sí, ya sabe, cócteles, invitados elegantes, gente importante —explicó, como si él acudiera a esas fiestas cada domingo—. ¿Tiene un esmoquin? Tiene que ir con esmoquin, no puede ir con una simple camisetita de color negro de H&M.

Ese tono y esa manera de hablar le repateaban. Ahora parecía como que Ferrer era el gran experto en etiqueta de fiestas de la ciudad condal. Seguro que tenía en la mesilla un libro sobre el comportamiento y la etiqueta del buen caballero en Barcelona.

Pensó que a ese tío lo habían sacado de algún lugar lleno de escarabajos y de cazurros y, ahora, le venía con palabras grandilocuentes para explicarle todo lo bueno que era, solo por una fiesta.

Esmoquin.

Solo había llevado uno en su vida, en la graduación de los Mossos, una fiesta por la noche donde Karla le dijo que le sentaba de maravilla.

—Lo alquilaré.

El jefe bufó.

—¿No tiene un esmoquin?

—No, ¿algo más, jefe?

—Un hombre siempre debería tener uno, un abrigo de color caqui y un Barbour como fondo de armario.

A esas palabras, la posibilidad del libro cobraba vida, pero, del mismo modo, subía peligrosamente el índice de sarpullido.

—¿Por qué yo?

El jefe se encogió de hombros.

—Lo ha expresado vivamente el presidente del Barça. Es él quien la organiza.

Álex asintió; desde que salvó al hijo del presidente, no había vuelto a recordar el suceso. Tenía sentido que estuviera allí con él.

—Pero iré con acompañante.

—¿Perdone?

—Con Karla.

—No contempla acompañante.

—Dígale que, si no es con acompañante, no voy. ¿Está bien?

—Eh, bueno, la verdad es que…

—Es mi condición. Tampoco es tanto, ¿verdad, jefe?

—Miraré qué puedo hacer.

—¿Cuándo es?

—En unas semanas.

—Está bien. Me voy. A Karla y a usted les dejo la burocracia con el juez —dijo mientras salía por la puerta.

En cuanto salió del despacho, se dirigió hacia la planta superior, hacia el escritorio de Mario. Este estaba hablando por teléfono. Le dijo que necesitaba hablar con él con urgencia.

Mario le señaló que le diera un par de minutos más.

Miró a su alrededor y, al ver la puerta del despacho de Alan, se metió dentro.

—Alan, ¿has descubierto algo de la reunión de Lucía en la cafetería al lado del juzgado?

37

Álex miraba por la ventanilla del coche de Mario.

El compañero de la científica conducía hacia el taller de carpintería donde tenían que hacer la inspección ocular.

Iban por la Ronda de Dalt, en dirección a L'Hospitalet, y el tráfico de esa mañana era tranquilo, casi nulo. La lluvia seguía desde la mañana con fuerza. Le gustaba a Álex ver desde el asiento del copiloto cómo la ciudad se mojaba y se purificaba. Era una de esas cosas que le relajaban. También verlo desde casa. Ahora, en esa casa vieja, despertarse un domingo por la mañana escuchando la lluvia matinal era una maravilla.

Nunca entendería por qué el erudito le había dejado esa casa a él en herencia. Pero eso no quitaba que le estuviera muy agradecido por ello.

No conducir lo ayudaba a pensar.

Tenía a Karla con la burocracia y todos los permisos, escribiendo un informe de la declaración que luego serviría para el juez y para el fiscal.

Justo antes de salir, había mirado dentro de la furgoneta del carpintero, pero no encontraron nada, ni una gota de sangre con una rápida visión ocular. Pero eso no era suficiente. Así que cogieron una grúa y la enviaron a Sabadell, a la central, donde tenían todo el material e instrumentos necesarios para registrarla y hacer los análisis pertinentes.

Una cosa había entendido del carpintero, y no se necesitaban tantos años de estudio para ser de la científica: Alfredo era un desordenado, rozando la guarrería.

La furgoneta, en la parte anterior, estaba llena de polvo, bolsas de patatas y gominolas. Papeles con mil apuntes a lápiz, muchos tachados. En la guantera, documentos y albaranes firmados. Bolas de papel de aluminio con migas y pepitas de tomate enganchadas. También latas de Coca-Cola y cervezas vacías.

En la parte trasera, la tabla que cubría el suelo estaba recortada a medida, llena de serrín y recortes tirados junto a una caja de herramientas. Las paredes estaban cubiertas de pequeñas abolladuras, como si las tablas se hubieran escurrido al no estar bien atadas y hubieran golpeado la chapa; por fuera, parecía como si una bomba con metralla hubiese estallado dentro y las piezas de metal hubiesen impactado contra la chapa. O mejor aún, como si hubiese caído un granizo desde dentro hacia afuera.

A fin de cuentas, cada uno podía llevar el coche como quisiera, pero dentro del caos que había, no había encontrado restos humanos a simple vista.

Tal vez había sido muy perspicaz o meticuloso.

Mario indicó que solo Lucía había muerto en otro lugar y se la había trasladado con un coche grande hasta la piscina. Los otros dos los habían matado *in situ*.

La única manera de pillarlo, sugirió Mario, era que encontrasen restos orgánicos de las víctimas. Una huella, un pelo o cabello, para poder retenerlo más tiempo en el calabozo de forma provisional.

Cuando llegaron a Alfredo Tiene Madera, Álex entró primero.

El empleado seguía en el mismo lugar que el día anterior.

Juan seguía vestido igual cortando tableros, enganchado a una máquina de sierra giratoria.

Al entrar, una sirena sonó, alertando de la presencia del policía.

Se giró y le gritó.

—¿Otra vez tú? ¿No nos puedes dejar trabajar? —gritó el empleado.

—Lo siento, Juan, tenemos orden de inspección ocular. Tiene que apagar la máquina —indicó Álex.

El hombre negó y se acercó a la máquina. Poco a poco se fue apagando y, en consecuencia, el ruido

—Justo hoy que tenemos un poco de trabajo, nos hace parar —refunfuñó el hombre.

—Lo siento, pero su jefe está detenido de forma preventiva.

—¿Cómo? ¡Mari! —gritó hacia arriba.

—Tiene que dejar sus cosas y alejarse —indicó Álex.

Mientras, la señora salió por la ventana.

Seguía con su pitillo entre los labios, siempre a punto de caérsele.

—¡Qué pasa! ¿La poli otra vez?

Álex la miró, suspiró y subió a explicárselo.

Al cruzar la puerta del lugar de trabajo, tuvo un *déjà vu*: como si volviera a entrar en la furgoneta del jefe de ese chiringuito.

Seguro que la oficina era igual antes de que en España se aprobara la prohibición de fumar en el puesto de trabajo.

La niebla era espesa y el aire, cargado. Los cristales se habían ennegrecido por el humo y el escritorio solo estaba iluminado por la pantalla del ordenador.

Mari era una señora en el fondo amable, pero con carácter. Entendió por qué estaban allí, aunque no daba crédito a que su jefe hubiera acabado «en el calabozo de un cuartelillo».

Permitió que recogiera sus cosas y la dejó marchar. Habría sido necesaria una multa por fumar en lugar público, pero pensó que ya se la pondría otro. Esa gente ya tenía bastante sin eso.

Bajando las escaleras, Mario y dos compañeros que habían ido con ellos ya estaban fotografiando la nave entera. Necesitarían mucho tiempo para analizarla por completo. Pero Mario era el mejor, si hubiera una sola posibilidad de encontrar algo, él lo haría.

Salió de la nave industrial y vio cómo todos los vecinos miraban con la curiosidad en sus rostros. No le extrañaba, aquello se convertiría en la noticia más chismorreada por el barrio durante un buen tiempo.

Mientras caminaba fuera del taller, a Álex se le repetía una frase que no lo abandonaba. ¿Quiénes eran el hombre y la muchacha de la piscina que no habían reconocido?

Las piezas del puzle no encajaban a la perfección.

Muchas veces, aunque no encajaran en apariencia, en su interior tenía la corazonada de que hacía lo correcto, que las pistas y la dirección eran las buenas.

Sin embargo, tenía sentido que Alfredo hubiese matado a su pareja. Incluso al amante. Pero ¿y la chica?

Caminaba por la acera, arriba y abajo, para pensar. Sentía el ansia de un cigarrillo. Entrar en ese despacho lo devolvió atrás en el tiempo, a cuando fumaba, cuando era guay, cuando aún saboreaba con su abuelo algún cigarrillo. Luego, lo dejó por Karla, bueno, mejor dicho, por él. Pero fue ella quien insistió en que lo dejara.

Y justo en ese momento le llegó un mensaje al móvil.

«Tengo una pista. Voy al juzgado».

38

Una media hora antes, Karla seguía con su informe.

Estaba escribiendo en su escritorio.

El dolor en la pierna era un martillo que continuaba molestándola y llamando su atención mucho más de lo que le gustaría.

La caída había sido tremenda y encima de una superficie tan horrible, hormigón bruto. Podía haberse roto la pierna o, directamente, la cabeza.

Le costaba escribir. A pesar de que habían transcurrido pocas horas desde la declaración, el hábito de redactar informes era como un músculo adormecido y atrofiado. La productividad que la caracterizaba desde la academia parecía evaporada.

Miraba por la ventana.

Su cabeza la boicoteaba y no le permitía seguir.

Miraba el móvil y lo dejaba. Se levantaba a por un café y por otro. No por ganas ni por necesidad, sino por falta de concentración.

Cuando llevaba un rato lidiando con su concentración efímera, retornaba el protagonismo de esas dos palabras: «Hola, Karla».

No la dejaban. Como si fueran una sombra oscura adherida por ese maldito asesino.

«Hola, Karla».

¿Quién era?

«¿De qué me conoce?», se preguntaba.

Cuando ya había conseguido centrarse, apareció Iván.

Sin decir nada, solo una sonrisa, dejó un pósit en la mesa de Álex y se fue.

Sabía que Iván estaba buscando en la lista de las personas desaparecidas una coincidencia con las víctimas de la piscina, además de llamar a las casas de tatuajes para averiguar al artista de esos dibujos tribales en la piel de la chica.

Desistió y se levantó.

Fue a su escritorio y le preguntó.

—¿Cómo va, Iván, alguna novedad?

Él apartó la vista de la pantalla y la miró.

—Ninguna, jefa.

—¿Cómo puede ser que nadie denuncie la desaparición de una chiquilla como esta? —dijo, indicando la foto de la víctima, donde solo aparecían los tatuajes.

—No lo sé, es algo curioso.

—¿Y los tatuadores?

—Nada. De todos los que hemos hablado, nadie ha dibujado el tatuaje del hombre y menos el de la mujer.

—Entonces, a lo mejor son de fuera… —afirmó Karla.

—Sí, puede ser. Si son de fuera, entonces será una pesadilla.

—Ya. Pero por algún lado tendremos que seguir.

Iván asintió y bajó la cabeza sobre la lista a la que estaba llamando.

Karla dio un paso hacia adelante y se giró de nuevo.

—¿De quién es el pósit que has dejado en la mesa de Álex? He visto que hay unos cuantos —dijo Karla.

Cuando se levantó, vio el mismo número y persona: lo había llamado continuamente.

—Es el jefe de la policía local de La Garriga —respondió Iván.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé, dice que es urgente, pero que no consigue ponerse en contacto con él.

Karla sacudió la cabeza y pensó que Álex era un desastre con los móviles.

Regresó al escritorio y se asomó a los recortes de papel de colores.

En todos ponía lo mismo, el nombre del hombre y su número. Debajo, la palabra «urgente».

Se sentó en la mesa e intentó seguir con su informe, pero el ojo y la intención regresaban a la mesa de su compañero.

Tragó saliva y envió a la mierda la educación. Así que cogió el móvil y el último papelito y marcó el número en su móvil para satisfacer la sed de curiosidad que tenía.

Al primer tono, le contestó una voz profunda.

—Pubill —dijo a secas.

Karla titubeó.

—Soy la cabo Karla Ramírez, y soy parte del grupo de homicidios de Álex Cortés.

—Sí, lo buscaba, pero quería hablar con él.

—Yo soy de su equipo, ¿entiende?

El hombre calló y se notó que no sabía bien cómo decirlo.

—Entiendo, pero quisiera decírselo a él directamente.

Ella suspiró. Esa respuesta le dio una connotación machista. Pero también que tenía que ser importante, debido a su insistencia y porque no se lo había dicho a Iván.

—Señor Pubill, soy la pareja de Álex Cortés, tiene la confianza absoluta de decírmelo a mí.

El hombre se lo volvió a pensar unos segundos y al final contestó.

—Está bien, se lo diré —decidió, y, antes de seguir, se aclaró la voz—. Hace unos años se ahogó un niño en una piscina en los Pirineos. ¡No me acuerdo dónde! Seguí la historia porque me gusta seguir los crímenes y cómo se desarrolla la investigación. En fin, a lo que iba. Que se trasladó el caso al juzgado de Barcelona y… ¿sabe quién llevaba el caso de la familia en los juzgados de Barcelona?

—No… —respondió Karla.

—Si le digo el nombre, entenderá por dónde van los tiros. Era una tal Lucía Expósito.

39

Álex cogió el primer taxi que encontró.

Por esa zona no pasaban muchos. Se tuvo que alejar varias manzanas hasta encontrar una arteria de Barcelona en la que pudiera encontrar un coche medio negro y medio amarillo. Inconfundibles en la ciudad.

Pidió que lo llevara a la Ciudad de la Justicia.

El taxista le vio cara de urgencia y preocupado. El hombre, al que se le veía un veterano de ese oficio, cuando estuvieron a medio camino, no supo resistirse.

—¿Se le ha olvidado un juicio?

Álex, que estaba pensando lo que le había dicho la compañera, aterrizó en el coche desde sus elucubraciones.

—¿Cómo dice? —preguntó, sorprendido y sin ganas de hablar.

—Que si llega tarde a un juicio.

Álex hubiera respondido de buenas a primeras que se metiera en sus asuntos.

Pero vio al hombre algo aburrido y demasiado curioso; no obstante, le dio la sensación de buena persona.

Álex sonrió.

—Sí, algo así —mintió.

Si le hubiera dicho que iba a una investigación policial, le habría caído una lluvia de preguntas inútiles que no quería responder.

El hombre, al recibir la respuesta, comenzó a ametrallarlo con anécdotas de otros clientes y de su cuñado.

Álex, a la segunda frase, desconectó y lo dejó hablar. Miraba por la ventanilla a las personas que caminaban resguardadas bajo el paraguas.

En cuanto había recibido el mensaje, llamó a Karla. El caso del niño ahogado en la piscina daba un vuelco a la investigación.

Aquello tenía sentido.

Pero, si de verdad lo tenía, el tiempo apresuraba en una dirección en la que se bifurcaba la investigación.

La primera era que tenían un posible asesino en los calabozos de la comisaría de Travessera de les Corts que, en pocas horas, el juez dejaría libre por falta de pruebas.

Si había pruebas, las encontraría el equipo de Mario en el taller o en la furgoneta.

La segunda pista la acababan de encontrar gracias a una colaboración del jefe de la policía local de La Garriga.

Esa era una pista demasiado jugosa como para no seguirla.

Los casos hay que cerrarlos rápido. Cada día era más su lema.

No había más efectividad que un caso cerrado pronto. Cuando más tiempo pasa, más pistas y pesquisas se pierden.

El taxi entró en la Ronda de Badal. Desde lejos, ya se veía el conjunto de edificios de Justicia.

En esos momentos, cuando desde el horizonte se empezaba a ver la sombra de la solución o de una pista que perseguir, Álex sintió una energía renovada que le dio fuerza y empuje para seguir. El macabro descubrimiento de los cuerpos en la piscina había generado un malestar en el sargento. Solo ver la posibilidad de encontrar al hijo de perra que había creado ese templo a la muerte le daba sentido a su trabajo.

Llegó delante del edificio y pagó al hombre, que seguía hablando como una radio estropeada que no puedes detener. Corrió entre charcos hasta refugiarse en el tejado cubierto de la entrada.

Karla ya estaba allí con un policía de paisano que la escoltaba.

—¿La has encontrado? —preguntó él.

Ella asintió mientras lo cogía de la mano. Abrió las puertas y ordenó al escolta que esperase en el vestíbulo.

Subieron hacia los despachos de los jueces.

Mientras subía las escaleras mecánicas, Álex recordó la noche que había acudido a reunirse con el juez Del Pozo. Esa noche cuando su mujer había sido raptada por el discípulo de Néstor.

«Todo vuelve», pensó Álex en ese edificio que tanta injusticia albergaba.

Corrieron por un pasillo y, sin llamar, entraron.

La puerta de madera golpeó la pared debido a la fuerza con que Karla la abrió.

El despacho de la jueza estaba precedido por uno más pequeño. En este, había una mesa con una mujer, que se quedó asombrada por la incursión violenta.

Detrás de ella, se veía la puerta abierta del despacho de la jueza.

—¿Quiénes demonios son? —preguntó la mujer, horrorizada.

Karla dio un paso más después de ver cómo la puerta se había topado contra la pared.

—Sargento Cortés y cabo Ramírez, grupo de homicidios de los Mossos —dijo ella—. Lamento la invasión, pero tenemos que hablar con la jueza.

—¿Les parecen estos modales dignos de entrar en este lugar? ¡Por el amor de Dios! —espetó la secretaria.

—Lo sentimos, señora —intervino él—. Pero es de vital importancia. —Continuó acercándose a la puerta del despacho de la jueza.

Se asomó por la puerta y arrugó la frente. Después de un vistazo, se giró de nuevo hacia la secretaria.

—Bueno, como ha podido ver, la jueza no está.

—¡Necesitamos hablar con ella! —dijo, adelantándose, Karla.

—Tendrá que ser el lunes. Se ha cogido unos días libres por un asunto… personal.

—¿Personal? —preguntó Álex.

—Personal, sí.

El sargento se acercó a la mesa de la señora.

—Tenemos que hablar con ella enseguida.

—Ya se lo he dicho, el lunes, si quiere, le doy hora. Si es que tiene horas disponibles —dijo con tono tranquilo mientras movía el ratón para que se encendiera el ordenador.

—No me ha entendido —replicó él.

Eso de esperar no iba con él. Por desgracia, las normas estaban, sí, pero no para él. Sentía que cuando tenía una pista y se olía que era buena, no había ni calendario ni vacaciones ni nada que se le opusiera.

—¿Dónde está la jueza? Tenemos que hablar con ella ahora. Es un caso importante. Me llevará pocos minutos —dijo Álex, acercándose a la secretaria mientras fijaba sus ojos verdes en ella.

Ella parpadeó dos veces al tener al policía delante.

—La verdad es que…

—Por favor, hay tres vidas en juego. ¿Ha oído lo de las víctimas de la piscina de la muerte? Pues estamos investigándolo, y ella es la única que puede ayudarnos.

La mujer bufó. Miró a Karla y ella le devolvió una sonrisa. Luego, miró el reloj.

Álex rezó para que se hubiese ido a un crucero o de viaje, así podrían hablar por teléfono.

—En media hora van a operar a su perrita. La encontrarán en la Clínica Veterinaria Bofill —confesó, e indicó la dirección—. El lunes me va a caer una buena por habérselo dicho.

40

La planta veintitrés estaba vacía.

Había pasado poco tiempo para que la nueva y flamante secretaria de dirección con poderes extraordinarios se liberara de todo lo que había dentro.

La planta había sido sellada y solo podían acceder Napoleón e Inma.

Cuando todo estuvo listo, bajaron un recorte de tiempo.

Los primeros pasos que Napoleón dio en ese piso retumbaron por las paredes debido a que ya no había prácticamente nada.

Quedaba la suciedad de un traslado efectuado de forma rápida. Hojas, una planta volcada y con tierra en el suelo. Unas gafas pisadas. Una carpeta abierta con la mancha de un zapato.

—Aquí lo tienes. Tal y como me habías ordenado. Solo escritorios. ¿Y ahora?

—Bien —dijo con voz famélica—. Aquí montaremos la resistencia. Un grupo de élite que solo tú y yo conoceremos. Los contratarás por lealtad a esta empresa y genio matemático. Tú los conoces a todos, contrata por lo menos a dos. Y un par de asistentes leales a la empresa.

Ella lo miró como si hubiera dicho lo más estrafalario que había escuchado en su vida.

—¿Cómo dices? ¿Cuatro personas para toda una planta?

Él sonrió.

—Y una cosa, tienen que cumplir con una condición más. Tienen que ser despiadados y sin remordimientos. Piensa lo que te digo y mañana me los presentas. Esto tiene que estar en marcha lo antes posible.

Inma, que era una mujer a la que costaba mucho sorprender, se quedó sin palabras.

Napoleón caminó hasta la otra punta de la planta. Se quedó mirando las vistas. Consideró que en ese mismo punto pero un piso más arriba estaba su despacho.

—Pero…

—¿Pero qué? —espetó sin darse la vuelta.

—Pensaba que pondrías una planta de inteligencia artificial o de *blockchain*. Que querías sacar una criptomoneda nuestra o un departamento entero de *marketing* que habría podido gestionar yo —confesó, decepcionada.

Él se giró serio hacia ella y luego, al ver sus preciosos y peligrosos ojos, sonrió.

—Nada de todo eso, algo mucho mejor.

—No te sigo.

—Tendrás que ir al mercado de Els Encants.

—¿Allí? —preguntó, asqueada, como si fueran las cloacas de la ciudad o unos suburbios comparables a las favelas de Río.

—Tendrás que comprar impresoras de matrices, ordenadores viejos, de los de cuando aún no existía el wifi ni la conexión a internet. Crearemos una red interna, una intranet, con esos ordenadores y archivadores, muchos archivadores, de los viejos, de los de cajones. Como los de las películas.

—Sí —respondió con el labio superior retraído y la nariz arrugada—. ¿No sería mejor comprarlos de segunda mano por internet, en alguna aplicación o en una tienda de informática?

—¡No! —gritó, sacando todo su odio acumulado; al ver la reacción de la mujer, regresó al tono de antes—. Quiero decir que sería más fácil, pero para lo que tengo pensado tienes que hacerlo así. Nada de pistas por internet, ningún rastro o pista que se pueda seguir. ¿Has entendido?

Ella asintió.

—Bien. Haz lo que te digo y te haré muy rica, ¿entiendes? —Ella asintió—. ¿Estás conmigo?

Ella asintió y le dio un beso.

—Todo lo que tú me digas, mi Napoleón.

—Buena chica.

Entonces ella apoyó contra los cristales las manos y puso las nalgas en pompa. Napoleón sonrió y se bajó la cremallera. Le subió la falda y fornicaron en esa planta abandonada donde pronto, con las instrucciones de Néstor, comenzaría un maquiavélico y peligroso plan.

Inma no tenía ni idea de cuán peligroso podía llegar a ser.

41

La Clínica Veterinaria Bofill estaba en la calle Ganduxer.

Casi enfrente a la iglesia redonda, al lado de una pastelería de renombre.

El coche de paisano se detuvo delante con los cuatro intermitentes encendidos. Karla, Álex y un escolta de la policía bajaron y entraron, llamando la atención de los transeúntes distinguidos que caminaban por la acera.

Tocaron el timbre y enseguida les abrieron.

Un local con música ambiental de piano y un ambientador a lavanda con cítricos les dio la bienvenida antes que la recepcionista.

Esta, al ver las placas, dio un paso hacia atrás.

Balbuceó y les preguntó qué deseaban.

—Venimos a ver a la jueza Teresa Montoliu —dijo Karla.

Álex miró a su alrededor. La recepción era pequeña y con paredes blancas impolutas. Detrás de la chica, había una puerta con cristal opaco. A la derecha, dos puertas; una daba acceso a los clientes con gatos y otra, para perros. Como si fueran los vestidores de dos grupos de la población. O como dos equipos diferentes de fútbol.

La muchacha de la recepción no pudo esconder en sus ojos grandes y oscuros un cierto susto.

—Por aquí, por favor —dijo mientras indicaba que la siguieran.

Entraron por la puerta de los perros, de color verde. La de los gatos era amarilla. Dos colores diferentes, pero del mismo modo tenues, pastel, elegantes. Nada chillones para un veterinario en esa zona. Un lugar elegante y sobrio.

Pasaron la primera puerta, donde ponía Sala de Espera. Allí, entendió Álex que iban todos, porque la recepcionista se detuvo en la siguiente, en una puerta donde ponía Reservado.

«¿Reservado para qué?», se preguntó Álex.

La guía de ese lujoso centro se detuvo. Respiró y, después de tragar saliva, tocó a la puerta.

Álex pensó que le faltaba que se hubiese santiguado.

¿Quién habría dentro? ¿El mismísimo diablo?

—Disculpe la molestia, ¿está todo de su agrado, señora? ¿Necesita más café o un bocadillo de algo, unos canapés o un trozo de tarta? —preguntó.

Hubo un instante de silencio y luego la respuesta de la mujer, que estaba dentro esperando, la jueza.

—¡No! ¿Ya saben algo de Milady?

La muchacha carraspeó.

—No, aún está en el quirófano.

—¿Entonces, por qué me molestas?

—La policía la está buscando.

—¿Buscando? ¿A mí? —dijo con un tono entre sorprendido y molesto—. ¡Pasen! —ordenó, y los policías entraron—. ¿Qué narices quieren? ¿No ven que estoy en asuntos personales? ¿Es que no pueden sonarse la nariz sin mí o qué?

La chica, con la misma viscosidad que una anguila, se escabulló fuera de la estancia.

—Sargento Álex Cortés y cabo Ramírez. Homicidios de la comisaría de Les Corts. Lamento esta intrusión y molestarla, pero necesitamos hablar con usted urgentemente —dijo, haciendo el saludo del Cuerpo.

La mujer lo miró con indiferencia.

—No me puedo ir un maldito día de esa jaula de locos, los problemas me persiguen. ¡Maldita sea! —gruñó, y cerró la revista de decoración que estaba leyendo. La dejó en el mueble y miró a Álex—. Siéntese, sargento, si es tan importante.

Álex sonrió y el escolta salió cerrando la puerta.

—Gracias, jueza —dijo Álex, y se giró hacia Karla, que se sentó a su lado.

Cogió la carpeta y la dejó encima de la revista de interiorismo recién cerrada. Álex la abrió y apareció la foto de la abogada.

—La abogada Lucía Expósito. ¡Por el amor de dios!

—Imaginaba que la conocería.

—Una de las mejores abogadas. ¿Qué demonios le ha pasado? —dijo, entristecida aunque sin perder ese tono de capitana del ejército, severo pero casi amable, que la caracterizaba.

Álex suspiró y le explicó toda la historia. La noche en la que encontraron los cadáveres por casualidad y las pistas que los llevaban hasta el juicio que ella había llevado en su tribunal.

—He leído la noticia en la prensa, pero no sabía que era ella.

—Ya. Espere, ¿sabría reconocer a este hombre? —dijo Álex, y le enseñó la foto del otro cadáver.

La jueza se puso unas gafitas sobre la nariz. Lo observó en silencio hasta que estuvo segura de lo que iba a decir.

—Fue el procurador de la letrada, Samuel Morató, si no me equivoco. Pero yo nunca me equivoco —respondió, convencida.

En los ojos de Álex y Karla apareció la luz que solo surge cuando se adjunta una pieza más a un rompecabezas. Se miraron con complicidad. Una ligera sonrisa de una victoria parcial en la carrera contra ese asesino de la piscina, el asesino del «Hola, Karla».

—¿Y esta? —dijo Álex, enseñando la de la tercera intentando acertar de la misma manera y esperanza que hace un jugador de casino, apostando todas las fichas de una noche a un color y a un número.

La mujer, después de mirar al sargento, miró a la chica. Se quedó reflexionando sobre la imagen. Álex, al ver que no tenía una respuesta, le acercó otra foto, la del tatuaje. Luego, del cadáver recién sacado de la piscina.

—Es increíble que en nuestra sociedad existan monstruos así —dijo, señalando la tercera foto.

—Para eso estamos, señoría.

—Llámeme Teresa. Podría ser su madre y no estamos en un maldito edificio de Justicia —dijo de una manera peculiar que siempre había tenido, pero solo en ese momento se dio cuenta Álex.

Cuando hablaba, levantaba ligeramente, nada, solo unos milímetros, el labio superior. De la misma manera en la que una persona normal estuviera hablando con un excremento untado bajo la nariz y cada vez que hablara, al mover el olor, provocara un clarísimo asco.

—No la conozco —dijo, convencida, sin titubear, sin ninguna perplejidad.

La mujer tenía unos sesenta años y tez morena. Rasgos tal vez andaluces. Pelo corto y rizado por una perfecta permanente. Sus manos estaban cuidadísimas y las uñas, pintadas de un color rosáceo discreto. Un reloj caro y un anillo. No era de casada, de un regalo a lo mejor, elucubró Álex.

—Está bien, gracias de todas formas —dijo, y la guardó—. ¿Nos podría ayudar con este caso? ¿Tiene idea de por qué han acabado muertos?

La mujer retrocedió en la butaca, que, aunque era de esa estancia lujosa para clientes vip, no parecía ser de su completo agrado.

—Es una mala historia —confesó ella con un suspiro; luego, miró el reloj.

—¿Tiene tiempo?

—En media hora, si todo va bien, sacarán a Milady del quirófano —confirmó—. Tenemos tiempo. Una mala historia porque era un juicio que empezó mal desde el principio.

—¿Por qué? —preguntó Karla.

La jueza se giró hacia ella.

—No saben la historia, ¿verdad? —preguntó, y viendo sus caras, siguió—. Primavera. Puigcerdà. Una familia decide celebrar una fiesta de cumpleaños en un *camping* de la zona. En el restaurante, abierto para el evento. Ya se pueden imaginar, globos, una tarta, algún regalo, y quince niños. Después de la tarta y de abrir los paquetes, los niños juegan en un pequeño parque del establecimiento. Un niño, Arnau, de nueve años, junto a otro de su misma edad y uno de los más traviesos e inquietos, Pere, salen del parque. Digamos que a jugar a explorar. Los padres están tomando una cerveza y un zumo. Riendo y hablando. Normal, lo que haríamos todos. Arnau y Pere deambulan por el *camping* en busca de su próxima trastada, hasta que llegan a un lugar vallado. Consiguen saltarlo y se encuentran en el recinto de la piscina. No muy grande, pero lo suficiente para satisfacer las ansias de mojarse.

»La piscina está cerrada, por eso la valla. Está cubierta con una lona azul para que no caigan hojas ni entren bichos, y que no se ensucie. Pere invita a caminar por encima de la lona a Arnau. Este no lo hace. Pere, más delgaducho y pequeño, camina por los bordes un par de pasos y sale enseguida. Le dice que no pasa nada, que siga, que cruce la piscina y él lo esperará al otro lado. Que no pasa nada —explicaba la jueza con el mismo tono y el labio superior siempre algún milímetro levantado mientras observaba cómo las caras de los *mossos* iban entristeciéndose, esperando el desenlace que se temían—. Después, vimos con las cámaras de la piscina que fue así. Pere lo invita a cruzar. Arnau, antes de parecer un gallina o un cobarde o solo Dios sabe qué le dijo ese niño, acepta. Empieza a cruzar. Pere está al otro lado, incitándolo. Arnau, más gordito, cuando llega a la mitad, los enganches de la lona ceden y se desprenden.

La jueza se detuvo y descruzó las piernas para volver a cruzarlas por el otro lado y seguir con la historia.

Mientras, Karla aguantaba la respiración ante el desenlace que se pronosticaba el peor que uno podía prever.

—¿Entonces? —preguntó Álex.

—La lona lo engulló, llevándolo hasta el fondo de la piscina. Estuvo unos segundos allí, con metros de agua por encima, hasta que el agua invadió la lona, haciendo una tenaza letal. El forense creyó que el niño estuvo varios minutos consciente, atrapado. Y, finalmente, se ahogó —concluyó la jueza.

42

En algún lugar, Álex había leído que la mejor muerte era la de barbitúricos.

Una cantidad masiva de pastillas que deja inconsciente y el resto se ocupa cuando ya uno duerme. Pocos segundos, ni te das cuenta.

Luego, en la misma lista, bastante friki, decía que la segunda muerte menos dolorosa era la de un disparo preciso en el tronco. Preciso, sí, pero efectivo, tanto como un botón, como un interruptor en la pared.

En la misma lista, venía la muerte por congelación, que llegaba a ser como dormirse lentamente con frío pero sin dolor, y, por último, una hemorragia masiva y súbita.

Creyó recordar que la había leído en alguna revista de hombres sin camiseta que dejan los dentistas en la consulta. O en algún blog. Al mismo tiempo de preguntarse a quién le podía interesar esa información.

Pensó en ese artículo. Sin embargo, con una profunda tristeza, le dio la vuelta. Si en la revista decía cuál era la mejor muerte, él pensó, si tuviera que hacer esa lista, ¿cuál sería la peor?

Durante su vida como *mosso* en el grupo investigativo de homicidios, había visto muchas. Sin embargo, la muerte que acababa de describir la jueza con una frialdad absoluta, como si fuera una comentarista de un partido de fútbol, era la peor.

Sentirse engullido por el suelo y sin poder hacer absolutamente nada. Verse cubierto por agua y morir en medio de los azules del cielo y de la lona que se mezclaban tuvo que ser terrible.

«Un ángel nunca debería morir», pensó, como si viniera desde su corazón.

Apretó el puño y las mandíbulas. Álex no se podía imaginar cómo podía sentirse el padre al ver esa escena, intentando salvar lo insalvable.

Tragó saliva, dejó sus sentimientos de lado y siguió buscando la verdad.

—Señoría… —dijo Álex.

—Teresa, por favor.

—Lo siento, no puedo —afirmó, lamentándolo y bajando la cabeza unos grados en signo de respeto—. Escúcheme… —suspiró—. Esto sucedió en Puigcerdà. ¿Cómo llegó a su tribunal?

—Buena pregunta, sargento. De esto hace unos cinco años. El primer juicio se celebró en el mismo Puigcerdà, pero los padres pidieron el traslado por una serie de fallos de proceso.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Karla.

—No me gusta hablar de los errores de los demás, pero digamos que en la población donde sucedió el suceso no estaban siendo muy parciales.

—Los padres de Arnau pidieron ser trasladados a Barcelona —afirmó Álex.

—Exacto.

—Y luego contrataron a un abogado de aquí.

—Lucía Expósito. Una chica brillante.

—¿Cómo acabó el juicio?

La mujer bajó la vista, fue la primera vez que mostraba su naturaleza. A pesar de llevar una camisa azul y una americana de cuadros, en todo momento parecía ir vestida con su toga de juez y se comportaba como tal.

—Sentencié que fue un accidente.

—¿Un accidente?

—El restaurante tenía vallado el recinto y los niños saltaron. No fue un error del restaurante.

—Entiendo que de este modo la familia no tuvo indemnización y creyó que era injusto —afirmó Karla.

—Me imagino que no les gustó que absolviera de los cargos de negligencia al dueño del restaurante. Pero es lo que creo, sinceramente.

—¿Entonces no cambió el juicio de lo que habrían tenido en el tribunal de Puigcerdà? —preguntó Álex.

—Sustancialmente, no.

—Entonces, señoría, ¿quién cree que puede haber matado a esta gente? Porque todos han muerto asfixiados. La chica no sabemos quién es, pero ha muerto como el niño, en un cierto sentido. La abogada que llevaba la defensa de la familia también. El procurador. Esto no es fortuito.

—Durante el juicio, vi cómo la familia se derrumbaba de vez en cuando, sobre todo, la madre, obvio. ¿Quién no, supongo?

—¿Usted no tiene hijos? —preguntó Karla.

—No.

La respuesta fue seca, pero la vista se fue hacia el lado contrario de los policías, hacia la pared que dividía esa estancia lujosa con el resto de la clínica veterinaria.

—Ya… —respondió Karla.

—¿Qué quiere decir con ya? —espetó la jueza de nuevo con su tono de estrado del tribunal.

—Quizá, si hubiera tenido hijos, habría dictaminado otra sentencia —apuntó Karla.

—No. Era justo. Lo siento por la familia, pero fue un accidente. En todo caso, podrían denunciar a la familia del otro niño, que lo incitó a cruzar esa maldita lona. Entonces, sería otro juicio, menos técnico y con más matices psicológicos. Pero este no. Repetiría la sentencia otras mil veces.

—Creo que usted está en peligro —dijo Álex, dejando sin palabras a la mujer.

Esta retrocedió la cabeza encogiendo el cuello, casi escondiendo entre la papada el elegantísimo collar de perlas.

—No lo creo.

—Deberíamos asignarle una escolta, por lo menos, hasta que esto se haya acabado.

—Ni hablar. No la tuve ni cuando ejercía en el País Vasco en la época de ETA, no la voy a tener ahora por esta tontería.

—Discrepo —insistió Álex.

—Me da igual. Una escolta la tiene que firmar un juez y los conozco a todos, y nadie me la va a asignar si yo no quiero. Pierde el tiempo, sargento. Encuentre al asesino antes de perder el

tiempo conmigo —confirmó segura de sí misma.

—¿Es un consejo? —preguntó Álex.

—No, es una orden —ladró la señora—. Plaza del Ayuntamiento, 23. Puigcerdà.

—¿Qué es? —preguntó Álex.

—La dirección donde vive la familia de Arnau.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Karla.

—Oller. Familia Oller —confirmó la jueza con las cejas arqueadas.

Ella se apartó la camisa para ver su caro reloj. Miró la hora y lo volvió a tapar.

—Creo que es la hora. Dentro de poco deberían entrar y me podré ir a casa —dijo ella, mirando la pared que la separaba del quirófano.

—¿De qué la han operado? —preguntó Karla—. Me refiero a Milady.

La jueza hizo una mueca que pareció casi una sonrisa, dio la sensación de que le gustó que se lo preguntasen.

—Linfoma benigno, pero se pondrá bien pronto.

Álex entendió que la jueza no tenía hijos, pero su perra, que parecía el único ser en esta Tierra al que quería, era lo que más se acercaba a tener uno.

—Nos vamos. Pero una última pregunta, señoría. ¿Cómo se llamaba el restaurante del *camping*?

Teresa Montoliu tardó unos instantes en responder. No porque no lo supiera, sino porque los necesitaba para dejar de pensar en su perrita y volver a centrarse en el caso.

—Restaurant Peu de la Muntanya —dijo la jueza en catalán, pero con un claro acento del sur —. El *camping* se llama igual.

—¿Y quién lo regenta?

—La misma familia. Se llaman Farga.

—Ya no la molestamos más, señoría. Gracias por su tiempo —indicó Álex, y se levantaron de las sillas de la sala vip del veterinario.

Cuando estuvo a punto de cerrar la puerta, la jueza lo detuvo.

—Sargento…

—¿Sí?

—Tenga… tacto con esa gente. No han pasado lo que diríamos unos últimos años tranquilos. ¡Ya me entiende! —afirmó la mujer con tono de magistrado y acabó—. ¡Manténganme informada! Es una orden.

Álex solo asintió bajando la barbilla y cerró la puerta.

Los dos policías salieron de la Clínica Bofill y se detuvieron en la acera.

El escolta miraba a su alrededor. Pero en pleno barrio de Sarrià-Sant Gervasi, Álex no tenía ningún temor de que pasara nada.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Karla.

Mientras Álex rebobinaba la conversación, el policía de paisano hablaba con el que se había quedado en el coche en doble fila con los intermitentes de emergencia. Arrancó el motor, listo para salir.

—Es un gran paso adelante, pero tenemos que ordenar las ideas.

—Todo está bastante claro, ¿no te parece? —preguntó Karla.

—No lo creo, pero tengo una idea.

—¿Cuál?

—Te la explico en el coche —dijo, y miró al escolta—. Nos vamos.

Este habló por el pinganillo y subieron al coche hacia su nuevo destino.

Ellos no lo sabían, el tiempo del reloj de arena del asesino, al salir de esa clínica veterinaria, había empezado a correr.

43

Aparcaron el coche en la comisaría.

Subieron a la primera planta, donde el equipo de investigación de homicidios estaba trabajando.

Karla y Álex se fueron directos al escritorio de Iván.

—¿Novedades? —preguntó Álex.

Iván levantó la vista del monitor.

—Nada. Nadie ha realizado este maldito tatuaje a la chica.

Álex arrugó el ceño, su expresión se entristeció.

—Me temo que hemos buscado en el lugar equivocado —dijo con la voz compungida—. Iván, busca tatuadores en Puigcerdà.

A Iván le extrañó esa orden.

—¿Cómo dices?

—Es una larga historia —afirmó Karla—. Búscalo, por favor.

El agente bajó la cabeza al teclado y buscó en el monitor todos los talleres.

—Bien, pues aquí los tienes, hay dos *tatoos* en esa población.

Álex tamborileó los dedos en la pantalla y le dijo que los llamara.

—Enseguida, jefe —dijo, y levantó el auricular para llamar al primer estudio de tatuajes de la población de los Pirineos.

Álex se separó del ordenador.

—Bien. Mientras él busca, tenemos que hablar con Alan para ver si ha podido averiguar quién es el tío de la cafetería —dijo Álex.

—Escúchame. Iker es de Puigcerdà. A lo mejor él puede ayudarnos —sugirió Karla, y Álex puso los ojos en blanco—. Lo sé, no te gusta hablar con él, pero es nuestra baza interna.

—Buena idea —dijo a regañadientes—. Habla tú con él o conmigo se enrollará como una persiana.

Karla accedió y lo llamó.

Iker estaba aparcando en ese momento. Karla lo esperó en su despacho y Álex subió a la segunda planta del edificio.

Al entrar en la científica, vio cómo Mario estaba en su despacho. Cambió de dirección con paso acelerado.

—Novedades.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó Mario.

—Es largo que explicar. ¿Habéis encontrado algo en la furgo o en el taller?

Mario no contestó, solo arqueó hacia abajo la boca.

—¿Nada? —preguntó Álex.

—Nada de momento —confirmó Mario—. Seguimos en ello. Si hay algo, no dudes que lo encontraremos.

—Lo sé, lo sé —afirmó con las cejas bajadas—. Te veo luego —dijo, y se fue directo al despacho de Alan.

Abrió la puerta y entró. El chico estaba a oscuras mientras miraba la pantalla con auriculares. La música, a pesar de estar canalizada por los auriculares, se escuchaba por toda la estancia.

Al verlo entrar, Alan detuvo la música.

—¿Qué mierda escuchas? —preguntó Álex, sorprendido.

—Pop coreano, ¿por?

Álex no añadió nada más a sus gustos musicales.

—¿Has encontrado algo?

—No. ¿Crees que no te hubiera llamado?

—Llevas mucho con eso. ¿No tienes ni un maldito avance?

—Oye, Álex, es más difícil de lo que crees. Esto es un galimatías. No sé por dónde tirar.

—Creo que no le pones la suficiente atención —espetó Álex.

—Esto no es justo. ¿Ves esa pila de carpetas que está allí? Son temas urgentes que he aplazado para encontrar a tu hombre misterioso, ¿sabes?

—No te estás esforzando lo bastante, escuchando esa birria de música y comiendo dónuts como si no hubiese un mañana —dijo, indicando la mesa con bolsas de bollería industrial esparcidas por todas partes.

—Siempre me vienes con cosas imposibles, cuándo vendrás con cosas más normales, ¿eh?

—Está bien, déjalo. Estoy nervioso. Sigue dándolo todo, ¿quieres? —pidió, y se fue de la estancia.

—¡Ya lo hacía antes de que vinieras! —gritó para que lo oyese.

Álex bajó por las escaleras y regresó al piso del grupo de homicidios.

Al entrar, vio cómo Karla e Iker estaban hablando. Karla lo vio y lo llamó.

—Estábamos hablando de ti. Y de la jueza —dijo Karla.

—Iker, eres de Puigcerdà me dijiste, ¿no?

—Sí, soy de allí.

—¿Y qué nos puedes decir de este caso?

—Pues… —dijo, pasándose la manos por el pelo corto y encogiéndose de hombros—. Un caso duro. Muy duro.

—Ya, pero qué más.

—Pues lo que ha dicho la jueza, supongo —dijo Iker, señalando a Karla, que le había resumido la reunión.

—Pero tú has vivido allí. ¿Qué más puedes decirnos? —espetó Álex.

Karla lo conocía y ese tono de voz solo traía problemas. Un tono de voz hijo de la frustración y de los nervios que sobresaltaban a Álex cuando estaba en apuros o con el yugo del tiempo sobre los hombros. Ella puso su mano en el pecho de Álex.

—Tranquilo. Iker no puede hacer nada, está en nuestro bando, no te enfades. ¡Tranquilízate! —dijo Karla con tono calmado.

—Jefe, fue un momento muy duro para todos cuando murió ese niño. Ni te lo puedes imaginar —aseguró Iker.

—Álex —llamó Iván, y nadie le hizo caso.

—Sí, Álex se lo puede imaginar. Gracias, Iker —apaciguó Karla en tono mediador.

Álex, a pesar de lo que había dicho Karla, le apoyó un dedo en el pecho a Iker.

—Podrías haberme dicho que había pasado esto en Puigcerdà.

Iker ni se inmutó.

—Hay bastantes casos de ahogamientos de niños cada año en España. Otros tantos de adultos. ¿Tú crees que yo tenía que relacionar que lo que pasó en mi pueblo hace cinco años, precisamente ese caso, podía tener relación con esa piscina? ¿En serio me dices esto, sargento? —espetó con los ojos furiosos.

—¡Álex! —insistió Iván.

—Está bien. Dejémoslo ya o esto puede acabar mal para nada —dijo Karla, separando a los dos hombres, a punto de pasar a las manos.

—¡Álex! —gritó Iván.

Cuando se giró el sargento, Iván bufó.

—Por fin —exclamó Iván—. ¡La tenemos! La identidad de la mujer ahogada en la piscina. Natalia Farga. ¿Te suena el apellido?

44

Enseguida no caló en Álex.

Luego, la relación del apellido fue inevitable. Era de la misma familia.

¿Cómo podía ser?

¿Qué hacía y quién era esa chica?

Álex miró a Karla y ella a él.

Álex fue hacia la mesa de Karla, que tenía el ordenador encendido.

Entró en un buscador de internet y puso el nombre: Natalia Farga.

Aparecieron fotos de la chica. Algunas en bikini con poses para las redes sociales. Otras comiendo una *pizza* con amigos. Otras haciendo deporte y otras, en Barcelona.

Entró en el perfil de una red social; las últimas fotos eran en una cafetería sirviendo copas. Le seguía una frase a esa foto, publicada hacía menos de dos meses: «¡Por fin he encontrado mi camino!».

La frase le sentó como una patada en las costillas.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Álex mientras le daba un puñetazo al escritorio, la pantalla tambaleó y todos los de la planta se giraron.

Karla apoyó las manos en sus hombros, por detrás.

—No empieces. Concentrémonos —ordenó Karla.

Álex cerró la foto. Fue a otra en la que estaba en bikini, en una lancha con una cerveza en la mano. Se le veía el cuerpo entero. El tatuaje coincidía, no había margen de error. Era ella.

—El apellido no tiene pérdida —dijo Karla—. El abogado, el procurador y, ahora, la chica.

Iker se quedó detrás de Álex mirando lo que hacía con las cejas arrugadas.

—¿La conoces, Iker? —preguntó Álex.

—Creo que sé quién es… —murmuró, y le pidió el ratón.

Álex se lo cedió.

El novato cogió la barra de publicación de la cuenta y bajó hasta el final, a las primeras publicaciones.

Aparecían fotos de Natalia, sí, pero era con seis o siete años menos. Aún no tenía el tatuaje que desde el costado le subía hasta la barbilla.

Trabajaba en un restaurante, parecía feliz.

Iker abrió una foto. En el fondo de la instantánea de un día que parecía de verano, había un cartel que ponía Restaurant Peu de la Muntanya.

—¿Trabajaba allí?

—No. Es la hija de esa gente —respondió Álex con un tono severo, seco.

—¿Qué gente?

—La familia que regentaba el restaurante donde murió Arnau Oller —confirmó Álex.

—Todo cuadra —dijo Karla.

Álex vio cómo Iker se separaba y se cruzaba de brazos. Seguramente, le dolía revivir esa situación. Era una vergüenza o una mancha negra en la historia de Puigcerdà. Algo que no gustaba recordar, algo que se confiere al tiempo para que lo recubra con capas de presente y pase a ser parte del olvido.

Entró en otra base de datos y comenzó a buscar el historial de la chica.

—Natalia Farga —dijo Álex, señalando con el dedo la línea en la pantalla—. Soltera, veinticinco años. Vecina de Puigcerdà, pero empadronada en Barcelona en la actualidad. Trabaja en el establecimiento Pub Cactus Santa Fe. Cotiza en la Seguridad Social desde hace unos seis meses como camarera. Vive, tal, tal, tal —leyó Álex, y se giró mirando hacia su compañera—. Karla, creo que tenemos que ir a hablar con la familia del niño. Necesitamos saber, es nuestra próxima pista.

—¿Ahora? —preguntó Karla, mirando el reloj.

—¡Ahora! —confirmó Álex, y se giró hacia Iker, que seguía con los brazos cruzados y callado—. Iker, deberías llamar a la familia de Natalia y decirles lo que ha pasado. La estarán buscando.

—Si la estuvieran buscando, habrían puesto una denuncia por desaparición, ¿no? —preguntó Karla.

Álex se giró a escucharla y regresó a Iker.

—¿Te encargas tú? —dijo Álex, y el novato asintió—. Si hace falta, iremos a hablar con los *mossos* de Puigcerdà.

—No creo que haga falta, pero, de todos modos, os iré contando —respondió Iker.

—Vamos, Karla —indicó Álex mientras se levantaba.

—Mantenedme al corriente de lo que descubráis, por favor —pidió Iker.

Álex asintió y, después de decirle a Iván que ya se podía ir a casa, él y Karla bajaron al aparcamiento. Subieron en el coche e indicó a los dos policías su próximo destino.

—¿No es muy tarde para ir hasta allí?

—En una hora y media, una hora y cuarenta y cinco minutos, estaremos allí —aseguró Álex —. Llegaremos para la cena.

El coche salió y, después de una pequeña retención en la Ronda de Dalt, fue directo hacia los Pirineos. Cruzaron el túnel de Cadí y llegaron al pueblo cuando las luces brillaban en el horizonte.

En los últimos kilómetros, antes de entrar en el pueblo, Álex comenzó a pensar qué tenía que preguntar a la familia. Primero, tenían que seguir en la misma casa donde vivían antes. Pero aunque estuvieran en otro lugar, estaba dispuesto a encontrarlos esa misma noche.

Pensó en las dos palabras: «Hola, Karla». En las muertes de las tres víctimas. Ahogamiento en la piscina. La abogada, el procurador y la tercera pieza de la corona de un asesinato por resolver: la hija de la familia Oller.

Todos ahogados, como Arnau.

Una venganza que brillaba por la muerte que había dejado atrás.

¿Cómo se podía ser tan cruel?

Puede que Álex pensara así porque no había sido padre. A lo mejor, cuando se te muere tu hijo de nueve años, te ofusca la realidad y sale tu verdadera naturaleza.

Pensó que solo un padre que había perdido a un hijo podía entender ese tipo de intensidad de dolor que uno siente en su pecho. Nadie más. Nadie más puede ni siquiera acercarse.

Ni con la muerte de una madre, un hermano. Seguramente, era mucho más profunda y atormentada, atroz.

Pero a pesar de una situación tan límite, no era la respuesta el matar a otras tres personas. Y menos, siendo otro hijo de otra familia.

Pero la justicia, si no se la había conseguido por vía tradicional y ortodoxa, alguien se la había tomado a su manera.

La justicia no es una alternativa a lo que sucede en los tribunales, pensó Álex.

Pero regresó como un fantasma, como una niebla que envuelve una noche de invierno, la misma consideración: nunca has perdido a un hijo.

Esa circunstancia se estaba convirtiendo en un atenuante peligroso que podía hacer perder de vista el mundo y la justicia que representaba.

El coche entró en el pueblo. Durante todo el camino, intercambiaron pocas palabras los dos investigadores de homicidios.

El pueblo pirenaico estaba muy tranquilo, no era época del turismo masivo que se concentraba en verano o en invierno.

Siguieron las indicaciones del GPS del salpicadero, entraron por una calle de pocos vecinos. Aparcaron en la plaza del ayuntamiento y buscaron el número 23.

Cuando Karla lo encontró, apretó el timbre.

Era un edificio único. Pintado recientemente y con unas ventanas bonitas, pero entrecerradas.

—Si ven a una mujer, les transmitirá más confianza —susurró a Álex—. Mira qué hora es…

El telefonillo se activó y una luz deslumbró a Karla. Entrecerró los ojos intentando esquivarla. Podía recordar a un interrogatorio ese halo de luz.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina, que más que una pregunta parecía una orden.

Karla tragó saliva y enseñó la placa.

—Señora Oller. Soy la cabo Ramírez. Venimos de Barcelona para hablar con usted.

La señora, que estaba mirando con una cámara desde su casa, estuvo unos segundos en silencio.

—¿Qué quieren? No queremos saber nada de ustedes.

—Tenemos que hablar con ustedes. Es importante, señora Oller. Lamentamos la hora, pero… —dijo, y suspiró al decir lo último—. Parece que el caso de su hijo no se ha acabado.

45

Karla tuvo que insistir para que la dejaran pasar.

Subieron por una escalera que olía a pintura nueva. El mismo olor de las mudanzas o de los proyectos nuevos, o de cuando se estrena una casa.

Esa casa no era nueva, pero una nueva vida tuvo que hacer esa familia sin Arnau.

Álex siguió a Karla. Al lado de la escalera, había un Mercedes aparcado.

Una puerta se abrió en la primera planta. De repente, una luz cálida y un calorcito salieron por la puerta de acceso al primer piso.

La señora se mostró algo molesta, pero, aun así, dio un último arreglo a su pelo y a su falda algo arrugada.

—Pasen —dijo con tono serio.

—Gracias, señora…

—¡Déjese de formalismos! ¿Para qué vienen?

—A hablar cinco minutos.

La mujer bufó y, sin decir nada más, fue hacia la sala de estar. Un sofá delante de la chimenea crepitando, cuadros bonitos y un ambiente distinguido.

Luz, mucha luz, había en ese espacio, se dio cuenta Álex.

Antes de acomodarse, la mujer indicó dónde podían sentarse. A su lado estaba el marido, que no se había movido de su posición.

—Buenas noches —dijo Álex al hombre.

Este lo siguió con la vista, sin decir nada.

Las dos personas eran serias. Él ya no tenía pelo y las ojeras le daban un aspecto mayor de lo que podría realmente tener. Su piel era grisácea, no parecía tener buena salud.

Detrás de Karla, una mesa con la cena puesta; los habían interrumpido.

—Lamentamos su pérdida, señora —dijo Karla, y la interrumpieron.

—Déjese de tonterías. ¿Qué quieren? —espetó, enfadada.

—Somos de homicidios —afirmó Álex—. No estamos aquí por placer. Han matado a su abogado, al procurador y a la hija de la familia Farga.

La mujer arrugó un instante la frente; sin embargo, el marido la destensó, como si eso le hubiese reportado placer.

—Les ha pasado lo que se merecen —dictaminó el señor Oller.

—¿Cómo dice?

—Perdieron el juicio de mi hijo, ¡ya les está bien! Así sabrán qué es sufrir como perros —espetó el hombre, que tenía una voz casi de secta satánica.

—No creo que esté en posición de decir tales cosas. No me cuesta nada llamar a un juez y mandarlo tres días a un calabozo mientras revolvemos sin miramientos esta casa en busca de pruebas.

—Hágalo si es capaz —desafió a Álex.

—¡Cálmate! —ordenó la señora—. Mi marido no tiene nada que ver con esto.

—Todos los asesinos lo dicen.

—Pero mi marido y yo somos dos pobres personas que hemos perdido a nuestro niño.

Esa señora tendría unos pocos años más que Karla y Álex, pero el dolor y la lucha por la justicia le habían añadido unos cuantos, parecían casi unos ancianos.

—No nos importa lo que diga. Venimos a por la verdad y pienso irme de aquí con ella. Quiero saber quién ha sido. Y si no han sido ustedes, quiero que me lo digan.

El marido se había quedado con las cejas enarcadas mirando al policía.

—¿Cómo se atreve a venir aquí a acusarnos? —dijo el hombre.

—Yo no acuso, solo me ciño a los hechos —replicó, y levantó el dedo, señalándolo—. ¿Dónde estuvo este pasado miércoles? ¿Se puede saber?

—Estaba en casa. Desde el juicio, ya no nos hemos movido de casa. Ya no salimos apenas.

—¿Dónde estaba el miércoles pasado? —insistió Álex.

Karla estaba a punto de intervenir, se comenzaba a pasar. Algo le decía que ese hombre no podía haber hecho esa masacre.

—Estaba aquí, en casa, por el amor de Dios.

—¿Quién lo puede verificar?

—Yo —dijo la mujer.

—Eso y nada es lo mismo. Pueden crearse una coartada mutuamente. Eso no es nada.

La mujer se lo pensó mejor y cogió un móvil del mueble.

—Miren, hagan las investigaciones, no hemos salido de la ciudad. ¿Cómo se llaman? Las no sé qué de los móviles. Las llamadas o lo que sean. Lo he visto en la tele. Eso lo podrá certificar.

—Señora, eso no puede acreditar nada —confirmó Karla—. Pueden haber dejado el móvil en casa —confirmó, y cuando Álex quiso seguir, ella lo detuvo levantando la mano—. Tienen que entender que estas preguntas son lícitas, tenemos tres personas muertas y buscamos al asesino, ¿entiende?

—Le aseguro que mi marido no ha sido —lamentó la mujer.

—¿Quiere saber la verdad, agente?

A pesar de que se había equivocado de rango, Álex le contestó que sí.

El hombre sacó un bastón y se apoyó en él para levantarse.

—Le puedo decir la verdad, yo hubiera matado con estas mismas manos a esa gentuza. Los del restaurante, los abogados y toda esa gente putrefacta y corrupta de la sociedad. Con estas, con estas mismas manos los hubiera matado. Porque el dolor fue tan grande que no sabe usted lo que hubiera hecho —dijo, enseñando sus manos mientras sujetaba el bastón.

—Señor Oller…

—¡Déjeme acabar! Con estas manos, maldita sea. Los hubiera matado yo. Pero no he sido yo, ¿y sabe por qué? —preguntó, y esperó a que Álex contestara con el odio y la venganza en sus ojos retenidos en el iris.

Se subió el pantalón y enseñó una prótesis. Hizo chocar el metal con la madera del bastón.

—Porque no hubiera podido, si no, lo habría hecho. Si usted busca un asesino mental o de intenciones, entonces arrésteme, soy culpable —acabó, enseñándole a Álex las muñecas.

Hubo un silencio incómodo que duró más de lo que hubiera gustado a los policías. Álex suspiró mientras miraba a Karla. Ella negó, estaba claro que no podía haber sido él. Un hombre con esas limitaciones no era muy probable que lo hubiese hecho. Además, pensó en el coche que tenían y que, cruzando las cámaras de tráfico, verían si se habían movido el miércoles.

De pronto, en el corazón de Álex se calmó el ansia de acusarlo. Bajaron sus pulsaciones y su cólera hacia esas personas. Al final, eran las mismas de hacía unos minutos, las que habían perdido a un hijo que se llamaba Arnau.

—Ya está, tranquilízate —dijo la mujer a su marido.

El hombre bajó los brazos y quitó los ojos del policía. Se ayudó con el bastón y regresó al lugar donde estaba sentado.

—Ya sabes lo que dice el cardiólogo, tienes que mantener la calma. Esto no te sienta bien. Estos numeritos no ayudan a tu estado de salud.

—Lo sé. Gracias.

—Entonces, ¿quién puede haber sido? ¿Tienen alguna idea?

Los dos padres se miraron a la cara. Se quedaron en silencio y luego contestaron.

—No lo sabemos —respondió la mujer.

Karla le hizo su última pregunta.

—¿Conocen, por casualidad, a un tal Alfredo Ibáñez? —dijo Karla, y esperó la reacción de los dos señores.

—No, no tenemos ni idea de quién es —contestó ella.

46

Regresaron al coche de la policía.

Para visitar las afueras, en dirección al *camping* Peu de la Muntanya. Buscaban a la familia Farga.

Mientras iban hacia allí, Álex pensó en lo que había dicho la jueza, que fue un accidente. Sin embargo, él no estaba allí para defender o cuestionar ninguna sentencia de un juez. Él representaba a la ley. Pero la misma ley, cuando pasaba a manos de un fiscal, ya no era su territorio. Él buscaba, descubría, destapaba la verdad para informar a los siguientes eslabones de la ley.

Al llegar al *camping*, un cartel colgado en la zanja decía «En venta» con un número de teléfono de una agencia del lugar.

No era época para ese tipo de negocios. Cuando las linternas de la policía iluminaron mejor, vieron que el lugar estaba abandonado.

Parecía una de esas postales que de vez en cuando aparecían en las redes sociales.

Parques con atracciones de colores pastel y carcomidas por el óxido. Muelles medio derruidos con barcos ya marrones. Edificios a medio construir. Centrales eléctricas o fábricas abandonadas.

Ese lugar parecía el siguiente fotograma de la misma colección.

Aquella pista era un callejón sin salida. Así que fueron a los Mossos de Puigcerdà y explicaron que estaban buscando a la familia Farga, sin dar más datos.

Un compañero de esa comisaría les contó que hacía varios años que se habían marchado de allí. Después del revuelo mediático, lo dejaron todo, intentaron vender y se marcharon. El agente dijo que nadie quería ese lugar, un lugar marcado por la muerte de un niño trae mala suerte.

Se intercambiaron las tarjetas de visita por si las investigaciones volvían hacia esas tierras.

Al salir, Karla le dijo que eso cuadraba para que nadie hubiese puesto una denuncia de desaparición de la hija. Seguramente, ella cortó puentes con la familia. Por eso la última publicación de ella fue: «Por fin he encontrado mi camino».

Regresaron a Barcelona.

Era tarde y no tenían nada más que hacer en los Pirineos. No sabían por dónde empezar, así que regresaron a casa.

Karla durmió en el hombro de Álex todo el trayecto hasta casa.

El coche de los *mossos* se detuvo delante de la casa de Álex. Allí estaba la siguiente patrulla para cambiar el turno. Los agentes de paisano que los habían acompañado hasta Puigcerdà se marcharon, quedándose los recién llegados para el turno de la noche.

Álex subió y se fue directo a la ducha. Se quedó bajo el chorro de agua caliente un buen rato. Necesitaba pensar.

El padre del niño no era el asesino. La madre, menos, bueno, improbable. ¿Quién más quería la muerte de esa gente?

El caso se complicaba aún más, todo era muy rebuscado.

Entonces tuvo una idea, una revelación.

¿Y si alguien, que no era ni el compañero de Lucía Expósito ni de la familia del niño ahogado, quisiera matar a la abogada o al procurador y los mató con ese *modus operandi* para disimular y despistar las investigaciones?

La dirección que había tomado la investigación era la lógica. Pero ¿y si no lo fuera?

Eso hacía que el abanico de culpables se abriera de forma exponencial.

Despistar una investigación añadiendo unos detalles para que apunten a una dirección cuando dos muertes son solo pistas falsas.

No era la primera ni sería la última vez que sucedía algo así.

Todo era endiabladamente más complicado.

Si así fuera, esa noche no habrían resuelto nada.

Salió de la ducha y se secó.

Entró en el dormitorio con unos rugidos que salían de la barriga que no podía controlar. Llevaba demasiadas horas sin comer.

Karla se había puesto el pijama y estaba durmiendo.

Le dio un beso en la frente y le ajustó el edredón.

Bajó a la cocina y cogió un yogur. Se sentó en la mesa y se lo comió mirando las noticias de esa noche.

—Hola, Karla —susurró.

Esa frase era la clave, lo sabía, la llave maestra que no sabía descifrar.

¿Por qué el asesino la saludó?

Pensó en la policía de afuera. Estaban protegidos. Pero para un asesino violento y sádico como ese, no estarían preparados en una casa antigua como aquella.

Algo no lo dejaba dormir.

Lo mantuvo despierto toda la noche.

A pesar de dormir con la pistola bajo la almohada, a cada movimiento de la madera de la vieja casa, se despertaba.

La noche pasó casi sin una sola hora completa de sueño.

Las luces de la mañana lo despertaron y se giró hacia Karla. No estaba. Se incorporó de repente y cogió la pistola.

Apuntó a varios puntos de la estancia, sin tener nada claro.

—¡Karla! —gritó.

Avanzó unos pasos. Su corazón estaba a punto de estallar. ¿Cómo podía haberse evaporado de esa forma cuando había estado toda la noche vigilante?

Se escuchó la cisterna del váter y se abrió la puerta.

Karla llevaba un pijama entallado y el pelo enmarañado, como si hubiera tenido una lucha de almohadas.

Al verse apuntada por la pistola, se asustó.

Álex bajó el arma y volvió a poner el seguro.

—¿Te has vuelto loco? —gritó.

—Lo siento, he estado un poco nervioso esta noche. Tenía miedo y he dormido con… —dijo mientras volteaba el arma en el aire.

Los policías tocaron a la puerta porque escucharon los gritos.

Álex salió por la ventana para tranquilizarlos, era solo un malentendido. Aprovechó para preguntar si querían un café. Ellos dijeron que les apetecía.

Entró y cuando fue a guardar la pistola en la funda, vio que lo estaban llamando al móvil.

El número era de la comisaría.

Arrugó la frente. A las siete de la mañana no eran buenas noticias.

Álex aceptó la llamada y se acercó el aparato a la oreja.

—Cortés.

—Soy Iván.

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos una novedad sobre el caso de la piscina.

Alex se giró hacia Karla. Ella se extrañó, esa expresión no traía buenas noticias consigo.

—Dime —dijo Álex, y se quedó petrificado cuando Iván le explicó el giro que había tomado la investigación.

47

La noticia dejó en *shock* a Álex.

Se vistieron y se marcharon a la comisaría enseguida.

Solo se tomaron el tiempo de coger un café de la máquina expendedora, al lado de la entrada de la planta de homicidios.

Café en mano, fueron hacia al escritorio de Iván.

—¿Cómo lo sabes? —fue directo Álex, sin rodeos.

Iván apareció por detrás de la pantalla aún casi con las legañas puestas.

—Me lo han dicho los compañeros de seguridad ciudadana. Saben que estamos con esta historia y me han informado —explicó Iván.

—No me lo puedo creer. Mira que se lo dijiste —espetó Karla.

Álex miró a su alrededor, como si estuviera allí la solución. Se pasó la mano por los rizos, desordenándolos. Los compañeros del grupo de homicidios estaban llegando a la oficina. La sala, como un complejo órgano, se estaba despertando.

—En cuanto lo he sabido, te he llamado. Sabía que era urgente —dijo Iván.

—Y lo es, gracias —respondió Álex—. ¿Han enviado una patrulla a su casa?

—Sí, y tampoco está —respondió Iván.

—¿Y entonces, cómo lo hemos sabido? —preguntó Karla.

—Han encontrado el coche abierto en un parquin de pago cerca de la clínica veterinaria.

—¿Quién se ha dado cuenta?

—El responsable del parquin fue a dar una vuelta y vio el coche de la jueza abierto. Se ve que la conocían y han llamado a los *mossos* —confirmó Iván.

—¿Alguien ha ido a su casa a comprobarlo?

—Sí, esta noche han enviado una patrulla y la asistenta dice que no responde al móvil.

—Maldita sea —susurró Álex—. Necesito pensar. Necesitamos ordenar las ideas, chicos.

—¡El *briefing*, Álex! —dijo Karla—. ¿Tenemos montado el *briefing* con las fotos del caso? —Iván asintió.

—Yo voy a por más cafés. Pero de los buenos —dijo Álex.

Karla, sin perder un minuto, fue a su mesa y cogió la gruesa carpeta. Iván cogió la suya y se fueron a la sala del *briefing*.

Montar el mapa es enganchar las fotos de las víctimas en la pizarra con celo de pintor, del que no deja marcas. Hacer flechas y flujos de información, marcar con rotuladores la fecha en que se han encontrado los cadáveres y toda la información adicional.

Álex cruzó Travessera de les Corts. Entró en el Café Sirena y cogió unas pastas y unos cafés extragrandes para el día intenso que les esperaba. Ese chute de cafeína les daría la energía y la claridad para pensar cuál era el siguiente paso en ese juego de ajedrez con el asesino.

Mientras esperaba a que le dieran su pedido para llevar, no pudo evitar echar un vistazo a su alrededor. Los clientes, bien vestidos y aparentemente listos para el día, usaban ese espacio como boxes de la mañana. Alguno lo miraba y él cambiaba su vista de dirección.

«El asesino puede estar aquí, en medio de las personas que madrugan. Puede que me mire. Puede que se ría. Va un paso por delante. Pero este tiene una peculiaridad: no quiere que lo cojamos. No quiere protagonismo. No, este no. Siento que quiere cerrar lo que ha empezado. Y esto es lo que más me aterra», concluyó en su fuero interno.

Cogió la bolsa de la bollería y la bandeja de cafés. Su equipo se merecía lo mejor. Entró en la sala de *briefing*. En la pared, las fotos de los tres cadáveres de la piscina. Pero Álex podía ver decenas de otras víctimas allí, enganchadas y con notas, pósits, flechas y mil indicaciones. Ahora les tocaba a ellos, pero en particular a una hoja de folio con un interrogante dibujado por Karla. Representaba a la jueza, todo se resumía en buscarla.

¿Estarían aún a tiempo de encontrarla?

¿Estaba viva?

¿O sería la búsqueda estéril de un cadáver más?

Estaba decidido a salvar a la jueza. No sabía cómo, no tenía ni idea dónde, pero tenía que hacerlo.

—Karla, por favor, llama al jefe de la policía local de La Garriga y dile lo que ha pasado. Que mande una patrulla a vigilar la piscina —dijo a la compañera, y ella asintió y sacó el móvil —. Sobre todo, diles que nos llamen a la mínima que vean algo que no les guste.

Karla asintió y Álex se puso a mirar la pizarra. Iván comía una de las pastas favoritas de los dos policías. Se sorprendió, a juzgar por su expresión.

Álex sorbía el café con leche extragrande mientras esperaba a la compañera. Cuando acabó de hablar con el jefe de policía, se acercó.

—Tres cadáveres en la piscina. Dos ahogados y uno asfixiado. La abogada y el procurador de la familia de Arnau Oller, que «perdieron» el juicio según ellos, y la venganza siguió con la hija de la familia del restaurante.

—Pero no en ese orden —puntualizó Karla.

—Cierto, el orden es interesante. ¿Qué orden veis? —preguntó Álex.

—Desde la víctima que menos relevancia tenía en los sucesos a la que tenía más —dijo Iván.

Álex no respondió, solo movió su vista hacia la mujer.

—Pienso lo mismo que ha dicho Iván —concluyó Karla.

—Sí, cierto. Pero si no ha sido la familia del niño, ¿quién? —preguntó Álex.

—La mala noticia es que Alfredo Ibáñez no ha sido, porque está en el calabozo desde ayer —afirmó Karla.

—Exacto —respondió Álex.

—¿Un cómplice? —preguntó Iván.

—Todo puede ser —dijo Karla—. ¿Y un sicario? Los Oller tienen mucho dinero. Un Mercedes, un edificio en la misma plaza del ayuntamiento de Puigcerdà. Además, si se permitieron a la abogada del bufete Executive Layer, podrían permitirse a alguien que hiciera

justicia. Que hiciera justicia por su mano, ya que el canal de la ley se había agotado. ¿No te parece?

Álex se quedó callado pensando. No era tan descabellada esa idea. Podía ser perfectamente cierta. Le costaba pensar que esa pareja fuera tan vengativa, pero nadie conoce a nadie hasta el fondo del ser.

—Es una posibilidad. Pensaba en algún tipo del puerto, incluso un extranjero. Pero tiene que ser un sicario bueno, porque esto no va solo de matar. Esto va de una venganza. Tienen que sufrir, lo mismo que sufrió Arnau. ¿Te acuerdas de lo que dijo Ana? Hay mensajes detrás de esas muertes.

Iván los miraba perplejo, no tenía ni idea de lo que había dicho la criminóloga.

—Pero, en estas circunstancias, falla un punto que nos trae de cabeza, Karla —dijo Álex.

Ella estaba masticando la pasta de canela y uvas pasas y se detuvo.

Álex dejó que deglutiera para que lo dijera ella.

—Hola, Karla —respondió ella.

—Exactamente. ¿Quién demonios quiere vengar la muerte de Arnau Oller y, además, te conoce?

—Creo que decir mi nombre forma parte de un reto. Algo así como a ver si me pillas… —dijo ella.

Cuando podían estar muy cerca de la solución, apareció una mano en la puerta. Tocó para entrar y Álex le dijo que lo hiciera.

—¿Dónde te has metido, tío? —exclamó, bostezando, Alan—. ¿Es que no lees los mensajes?

Álex arrugó el ceño, no entendía de lo que hablaba el informático forense.

—Tengo una foto de tu hombre. Lo encontré esta madrugada —afirmó mientras estiraba los brazos.

48

Los relámpagos parten el cielo en dos.

En un fondo de oscuridad de la noche, la línea irregular que aparece desde lo alto y acaba en un punto aleatorio de la Tierra.

Libera luz y energía.

Todos se quedan quietos escuchando el rugido que desprende en el silencio de la noche.

Alan había hecho lo mismo. Había partido en dos la conversación, marcando con esa frase un antes y un después.

¿Alan le había enviado un mensaje con esa información y no lo había visto?

Sacudió la cabeza sin dar crédito a lo que escuchaba.

Dejó el café en una mesa y se acercó.

—¿Lo dices en serio, Alan?

—¿Tengo cara de ganas de bromear? ¿Estás loco? —dijo Alan.

—¿Quién es? —exigió Álex.

—Ven, te lo enseño —dijo, y salió de la estancia.

Los tres policías de homicidios que estaban en la sala de *briefing* lo siguieron. Tomaron las escaleras y Álex se le puso al lado.

—¿Dónde estabas, Alan?

—Pues abajo en el comedor, durmiendo como he podido unas horas —contestó, se detuvo y lo apuntó con el dedo—. ¡Me debes otra, Cortés!

Álex sonrió, le cogió del hombro y los subió.

—Venga, qué más quieres, ya te reconocemos tu genialidad —confirmó con tono juguetón.

—Siempre igual.

—Siempre igual, ¡no! Te he conseguido entradas a conciertos y esas cosas frikis que coleccionas que siempre vas buscando —replicó mientras abrían las puerta de su despacho.

En la planta de la científica, había solo unos cuantos policías. Mario no había llegado, a lo mejor se había ido a inspeccionar la furgoneta del carpintero en Sabadell. O incluso para un nuevo caso que precisaba de su atención.

Alan entró en su angosta oficina. Encendió la luz, mostrando el desorden y la librería de antiguallas detrás de él con un dedo de polvo que nunca limpiaba. Alan no era partidario de abrir su cueva a la brigada de limpieza. Limpiaba él, bueno, o así decía.

La mesa estaba peor que el día anterior. Bollicaos, Pantera Rosa, dónuts de chocolate, tubos de patatas Pringles y, cómo no, una botella de Coca-Cola de dos litros con un solo dedo en el fondo. Esos eran los hábitos alimentarios de ese genio de la informática.

Alan encendió la pantalla y el potente ordenador.

Toqueteó el teclado y movió el ratón como para despertarlos, como si fueran mascotas después de un descanso merecido.

A pesar de la alimentación que llevaba, Álex se quedaba muy sorprendido por lo delgado que estaba el chico. Se preguntaba dónde demonios metía todos esos carbohidratos industriales.

Por fin el ordenador se encendió enseñando una playa paradisíaca en la pantalla. Duró poco, porque enseguida apareció la foto de un personaje manga en una ciudad seguramente japonesa tomada de noche. La chica que interpretaba el fotograma tenía los pechos muy prominentes.

—Menudo salvapantallas —silbó Álex.

Alan carraspeó.

—Vamos a lo que nos ocupa —murmuró mientras los otros dos, Iván y Karla, se ponían detrás, entre Alan y la estantería polvorienta—. Sabíamos que ese individuo era nuestro hombre —dijo, indicando la pantalla donde aparecía la imagen de la abogada Lucía Expósito sentada en una cafetería frente a un hombre con capucha y de espaldas.

La misma imagen que les había proporcionado el señor Luete del bufete de abogados.

—Estaban aquí y de repente se fueron. El problema es que este cabronazo, cuando entra y cuando sale, no desvela la cara. Cuando entra, se esconde detrás de un carro de pan y tartas. Y cuando sale, se tapa la parte de cara que se podía ver. Aquí desaparecen. No sé dónde pueden ir. Creo que al parquin —indicó Alan con un mapa de Barcelona donde aparecía la cafetería al lado de los juzgados—. Puede que a este o vete a saber. ¿Por qué eligió esta cafetería? —preguntó, y miró a los tres policías a la cara, girándose de un lado y luego del otro, reclamando un momento más de protagonismo—. Os lo cuento. Ni una cámara en ningún sitio. En el recorrido no hay ni una. La única es en un cajero, pero es justo después de una calle. Nada. Nada.

Alan se detuvo como que todo se acababa allí.

Álex no tenía tiempo que perder.

«Acabemos rápido», pensaba.

—¿Has encontrado la cara? ¿Quieres enseñármela? La jueza está en sus manos, Alan —espetó.

—Claro, enseguida. Solo un segundo más —dijo con un cierto tono de teatralidad—. Ahora llegaremos ahí.

Sacó las imágenes de la cafetería y se detuvo en una en concreto.

—En este fotograma está la solución, solo era cuestión de verlo.

Los tres policías se acercaron más, entregados al enigma que les ponía el informático.

Hubo silencio por unos instantes. La imagen enseñaba lo mismo, una cafetería, unas mesas con gente, el asesino de espaldas y Lucía hablando con él.

—Alan, ¿qué pasa aquí? —dijo Álex.

—No, no, mirad bien —insistió.

—¡Nada de juegos, qué pasa!

—Menudos modales, no sabéis apreciar la genialidad. Vale, vale, os lo cuento —dijo, y creó un rectángulo en la parte derecha de Lucía.

Una vez seleccionado, lo amplió. Se veía claramente el lado del escaparate. A través del cristal, unas personas pasaban por allí.

—¿Sabéis quiénes son? Turistas. Por esa calle y a esa hora, pasa un grupo de turistas.

—Pero si no hay nada.

—Exacto, no hay nada, en apariencia. Pero hay una entidad que organiza visitas por la ciudad y una pasa por allí a esa hora. Explican casos misteriosos, fantasmas e historias cruentas de la ciudad. Allí estaba la clave.

—No entiendo —intervino Iván.

—Quieres enseñarnos la foto del tío, por favor —dijo Karla, que ya no podía esperar.

—He buscado la ruta. Ruta misteriosa de Barcelona. He buscado en varias redes sociales y ¡bingo! Ese día hubo un grupo de chinos, con la buena suerte que en el *tour* de los miércoles se detienen en ese punto en la cafetería, por un suceso o una historia misteriosa. Rastreé las fotos compartidas y apareció un vídeo de una chica *influencer* china. Aquí no la conoce ni el tato, pero allí se ve que sí. Además, es muy guapa, la verdad, la chica.

—¡Alan! Céntrate.

—¡Sí! —dijo, concentrándose de nuevo y siguió—. El fotograma es este —anunció, y lo desveló.

La foto era borrosa, no se veía muy bien. Era un hombre, moreno, pero para reconocerlo se necesitaba mucha imaginación.

—Tanto *show*, ¿para solo esto? —preguntó Álex con tono decepcionado.

—No —dijo Alan, abrió un programa de reconstrucción de fotos con inteligencia artificial y le dio al Enter.

De repente, apareció la imagen increíblemente nítida.

La imagen dejó a los tres policías con la boca abierta y sin palabras.

49

Hay imágenes que parten el alma.

Otras, como la que tenían delante los tres policías, que parten la confianza.

Eso es lo que sintieron los tres, sin exteriorizarlo.

¿Cómo podía ser que fuera él?

¿Qué tenía que ver con todo eso?

Todos se quedaron en silencio ante la imagen.

—¿Lo conocéis? ¿Tenéis idea de quién es? —preguntó Alan al ver las caras de los policías, que seguían desencajadas.

El silencio se rompió con un puñetazo de Álex en la mesa que hizo temblar todo.

Karla estaba tan en *shock* que no pudo decir nada. De hecho, también hubiera dado un puñetazo en la mesa, pero ella no tenía un espacio libre y pasó de hacerlo en el teclado.

—¡Hijo de la grandísima perra! —rugió Iván, y rectificó enseguida—. Perdón.

—¿Qué hace Iker con Lucía Expósito? —preguntó Álex sin entender nada.

—Pues tenemos a nuestro asesino —confirmó Karla.

—No, espera, tiene que ser un error. ¿Qué tiene que ver Iker con todo esto? —preguntó Iván.

Álex se giró hacia ella.

—«Hola, Karla». Ahora cuadra.

—¡Dios! Puede ser. Pero tenía una voz diferente… ¿Desveló su voz y casi su identidad? —se sorprendió Karla.

—Sí —confirmó Álex.

Un sentimiento de peso en los hombros lo invadió. ¿Cómo podía haber tenido delante a un asesino tan despiadado sin reconocerlo? No se lo explicaba.

—¿Cómo se llama el *mosso* de Puigcerdà con el que hablamos anoche?

Karla arrugó el ceño y sacó su tarjeta de visita del bolsillo de los pantalones.

—Jordi.

—Llámalo —ordenó Álex.

Karla marcó el número en su móvil y lo puso en manos libres.

Al segundo tono, descolgó.

—¿Sí? —respondió con una voz como si se hubiera despertado en ese momento.

—Jordi, soy Álex Cortés, nos vimos ayer en tu comisaría.

—Cortés, sí. Dime.

—Necesito una información. Tú has estado al tanto de toda la tragedia del niño de la piscina, ¿verdad?

—Sí, dime.

—¿La familia Oller puede tener un pariente o alguien relacionado con ellos o con la tragedia de Arnau Oller que se llame Santamaría? ¿Iker Santamaría?

Hubo silencio. Se escuchó como unas tablas de madera chirriaban al compás del movimiento del policía incorporándose.

—Iker Santamaría… Sí. También es un *mosso*. Creo que ha sido trasladado a alguna comisaría de la ciudad, ¿verdad? —preguntó, pero Álex no respondió, solo levantó la vista de la pantalla y miró a Karla—. A ver si me acuerdo bien… Es el hermanastro de Arnau. Cuando el padre de Iker, un tal Eduardo Santamaría, murió, la madre de ambos se juntó con el señor Oller. Iker vivía con ellos. Vivió el caso muy de cerca. ¿Por qué, qué pasa?

—Ahora no puedo decírtelo, Jordi, pero gracias —dijo Álex.

Karla colgó.

—El móvil de Iker está todo el rato apagado o fuera de cobertura —señaló Álex, mostrando la pantalla del móvil—. Es Iker. Te conocía y es de la familia. Blanco y en botella. ¡Vamos! —exclamó, y se acercó a la puerta—. Gracias, Alan. Eres el mejor —afirmó, y salió.

—¿Qué hago yo? —preguntó Iván, pero nadie respondió a su pregunta.

Karla lo siguió. Bajaron dos plantas hasta el parquin.

Entraron en un coche camuflado y, en cuanto lo encendió, los polis de la escolta de Karla, al verlos irse, entraron en el coche, soltando tacos e improperios.

Los dos coches salieron disparados del aparcamiento.

Saltaron el primer semáforo en rojo. Luego, el segundo y el tercero.

—Tenemos que llegar antes de que sea demasiado tarde —dijo Álex.

—¿Pero adónde vamos?

—A la piscina. Me temo que… —explicó Álex, sorteando un coche por Travessera de Gràcia.

—Pero está la policía local.

—¡Ya! —afirmó Álex con poco convencimiento—. Llama al jefe de policía, que se ponga en alerta.

Las sirenas en el salpicadero hacían que el coche se escabullera entre el río de vehículos que circulaban por la Vía Augusta. Cuando vio que las entradas de la Ronda de Dalt estaban saturadas, tiró recto hacia el túnel y el peaje. Siguió hasta Sant Cugat y giró por la autopista, incorporándose dirección Gerona. Cuando vio que la autopista estaba despejada, apretó el pedal del acelerador hasta lo que el pobre Altea pudiera dar.

El otro coche lo seguía pegado, con mil preguntas, pero seguía allí.

Siguieron por la autopista del Mediterráneo hasta Montmeló y se desviaron en dirección Vic.

Luego, cogió una salida antes de La Garriga que llevaba a la urbanización donde estaba la piscina de la muerte.

Entró en la urbanización chirriando las ruedas, casi volcando el pobre Altea, y aceleró hasta la ubicación que recordaba.

Cuando cogió la calle de la piscina, vio cómo el coche de la policía local estaba presidiendo la entrada.

Sintió un cierto alivio al verlo. Levantó el pie del acelerador.

Fue acercándose más despacio, considerando que a lo mejor todo era un error.

—¿Y si no es aquí? ¿Y si todo es una idea tuya, una paranoia? —preguntó Karla.

Las palabras de la mujer mientras se acercaban al coche de la patrulla local eran sensatas. Tal vez había sido una exageración haber hecho eso.

Podría estar en su casa o en miles de lugares más.

Pero a veces a las corazonadas hay que hacerles caso y Álex era uno que las seguía.

Cuando se alinearon con el coche de la local, las preguntas presentadas por Karla se esfumaron.

Los dos agentes estaban uno encima del otro en un mar de sangre. La chapa tenía agujeros de bala. Las ventanas, que desde lejos parecían abiertas, eran centenares de trocitos de cristal esparcidos por el vehículo.

Karla se tapó la boca con la mano y se giró hacia Álex.

Al verlo, él clavó el freno y salió del coche sin ni siquiera apagarlo.

—Quédate dentro. No te alejes de la escolta —dijo Álex, ya fuera del coche.

Corrió hacia la zanja. Estaba cerrada.

¿Podría ser que no estuviera?

Recordó que, al otro lado, cerca del camino de montaña, había una puerta. Corrió dando la vuelta ya con la pistola en la mano. Encontró una apertura entre la vegetación y se coló por ella hasta llegar al camino de tierra. Lo siguió paralelo al perímetro de la piscina y vio un monovolumen.

Puso la mano sobre el motor. Estaba caliente. Quizá llegaba a tiempo.

Dio la vuelta al coche y una rama bajo los pies lo traicionó.

Crac.

Álex cerró los ojos, pensando que no había sido muy oportuno indicar su presencia.

Se esperó una bala o, directamente, una ráfaga.

Pero lo que recibió fue una invitación a seguir, a caminar hacia el agujero de la piscina.

Era Iker, lo estaba llamando.

50

«De corazonadas no solo vive el hombre».

Esa era la frase que le repetía su abuelo.

No podía acertar siempre en la vida siguiéndolas. Pero Álex era un gran defensor de ello. Se había equivocado muchas veces, pero muchas otras lo habían llevado a salvar vidas.

Esa vez había acertado, pero no sabía si le había llevado a salvar la vida de la jueza, si es que estaba allí.

Iker se encontraba debajo del trampolín.

Álex despacio, sin dejar de apuntarlo, rodeó la piscina.

—Por fin nos vemos de nuevo. Pero esta vez imagino que ya sabrás la verdad, ¿cierto? —dijo el novato.

Álex no dijo nada. No tenía nada que contestar. Solo seguía avanzando con sumo cuidado y atento a todo movimiento.

Cuando estuvo en el lado largo de la piscina, se dio cuenta de que la estaba llenando de agua.

—¿Te puedes creer que me han vaciado la piscina? Seguro que han sido los malditos bomberos. Nunca hacen lo que se les pide, hacen siempre más —dijo, y se echó a reír.

La sorpresa no era solo que Iker estaba llenando de nuevo la piscina, sino que desde esa perspectiva entendió el porqué.

En el centro, sentada, atada y amordazada sobre un gran escombro del que sobresalían un par de hierros, estaba la jueza. El agua ya le llegaba a la garganta y el nivel subía rápido. Sus ojos desprendían el miedo de una persona que sabe que en breve se va a morir.

Pero eso no era todo. Iker no se había conformado con poner en esa situación a la jueza, sino que a través del agua medio turbia se veía otra cosa.

—Iker, el juego se ha acabado. Libérala.

—Ni hablar, Álex Cortés. Estarás conmigo para presenciar la muerte de un juez. Lo siento, llegas tarde para ese maldito perro.

—¿Cómo? —preguntó, y entendió qué era el bulto que se entreveía al lado de la mujer.

—Milady se llamaba. Es divertido ver cómo un perro muere ahogado. La verdad es que no estaba en mi planes, pero se lo ha merecido —afirmó, señalando con la pistola a la jueza—. Te lo has perdido, si hubieras llegado antes, lo habrías visto.

—Iker, se acabó. Eres un policía, no puedes ir por ahí imponiendo tu ley —argumentó Álex, acercándose.

—Quieto o te disparo. Tira la pistola en la piscina o te mato, aunque no está en mis planes —ordenó Iker.

Álex dudó si hacer lo que ordenaba el novato. La jueza estaba en la piscina, parecía que lloraba. Seguía con la misma camisa azul y el mismo traje, sentada en el fondo con las piernas atadas a la piedra y las manos, al hierro.

A pesar de que la piscina era enorme, la velocidad del chorro que inyectaba agua hacía que Álex tuviera poco tiempo para pensar qué hacer.

—Tira la pistola a la piscina y quédate a ver conmigo el espectáculo de la justicia —dijo con tono de vengador.

—Matar a esta mujer no va a devolverle la vida a tu hermano —gritó.

—Da igual. Mi hermano murió por culpa del restaurante y esta mujer podía poner en orden las cosas, y no lo hizo. Escuchó a la familia Farga, esa escoria de gente asesina.

—¡No! Te equivocas. El restaurante no tuvo la culpa.

—Cállate.

—Escúchame. Las pruebas del juicio hablan claro. Quien incitó a cruzar a Arnau fue su amiguito, no es culpa de nadie más.

—¡Calla! —gritó aún más fuerte—. No sabes nada, Álex Cortés, salvador de todos. No vas a salvar a nadie aquí. No puedes salvar a nadie. Mi misión ha acabado. Matando a la jueza, mi operación se acabará y habré devuelto el orden a las cosas.

—Te equivocas, Iker. Devolver el orden no es hacer tu propia justicia. Esta pobre señora no tiene nada que ver.

—¡Sí! —gritó—. Es todo culpa suya.

Iker dejó de apuntar a Álex. Subió las manos aguantando la pistola para acercársela a la cabeza. Como si dentro de ella estuviera un concierto de *rock* duro que le estaba reventando las orejas. Álex no dejaba de apuntarlo y de reojo controlaba el nivel del agua. Subía por momentos. Parecía que ahora el nivel se estaba acercando a la barbilla de la jueza.

Tenía poco tiempo.

¿Qué hacer?

¿Disparar a Iker y salvar a la jueza?

Daba la sensación de que una vez muerta, Iker se quitaría la vida.

Todas las soluciones eran malas.

Pero había una cosa que quería saber antes de que la situación denigrara.

—¿Por qué, Iker? ¿Por qué diablos has hecho todo esto? ¿Por qué has matado a tanta gente?

Iker bajó las manos y apuntó a la jueza con una mirada de esquizofrénico, sus ojos estaban salidos y sudaba. El sistema nervioso le tenía que ir a mil.

El corazón de Álex, del mismo modo, estaba latiendo tan fuerte como cuando hacía las clases intensas de bici *indoor*.

—No. Iker, quieto —gritó Álex, dando pasos pequeños, casi imperceptibles, hacia el asesino.

Distanciaba unos veinte metros del novato.

Nunca había visto esa versión de Iker. Era una versión que difería mucho de la persona que se enrollaba como una persiana y que se enganchaba como una babosa.

Trepa, lameculos, sí, pero nunca había pensado que era un asesino despiadado que mataba de esa forma y que había convertido una piscina en una fosa común.

—¿Por qué, Iker?

—Porque se merecían morir. Mi hermano no se merecía morir.

—Tu hermano no se merecía morir, pero los accidentes ocurren, ¿sabes?

Iker apuntó a Álex.

—Para de defender a esta guarra. No se lo merece. Mi hermano era un ángel. Me quería. Era la única persona que me quería.

—¿Y tus padres no te querían?

—Claro que me querían, pero él más, mucho más.

Entonces fue el momento de averiguar lo que necesitaba saber.

—Iker, he hablado con tus padres.

Él apretó los dientes. Estaba llorando, consciente de que estaba todo acabando.

—No hables de mis padres.

—Lo han confesado —mintió Álex.

—¿El qué?

—Han confesado llorando que fueron ellos quienes te incitaron a llevar a cabo esta masacre.

Iker bajó la pistola despacio, casi sin darse cuenta.

—¿Cómo? —preguntó casi susurrando.

—Me comprometo a hablar con el fiscal y el juez para que la condena no sea tan grande, diremos que la culpa fue de tu madre y de tu padrastro. Tú solo hiciste lo que ellos te ordenaron, ¿te parece?

Iker se quedó apuntándolo en silencio.

El ruido del potente chorro de agua seguía de fondo de esa tragedia anunciada.

—¡Cállate, Cortés! No vas a hablar con nadie porque te vas a ir al infierno conmigo si sigues hablando.

—No es culpa tuya, Iker. Es culpa de tus padres.

—¡No! No tienen nada que ver. ¡Yo soy quien lo hizo! ¡Yo lo he hecho todo! ¿Crees que no era capaz de matar a esas personas? Era lo mínimo que podía hacer por la memoria de mi hermano —gritó; levantó la pistola para rascarse la frente y luego volvió a apuntar a la jueza, que lo miraba con espanto—. Hay que acelerar esto. Es demasiado lento. Se está haciendo tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para morir —dijo Iker, sujetando la pistola.

Le tambaleaba el arma mientras apuntaba a la jueza.

El corazón le palpitaba mientras el sudor le mojaba el pelo del cuello.

—Iker, explícame cómo era la relación con tu hermano —lo distrajo Álex.

—Es tarde, sargento, llegamos tarde para morir —afirmó, mirando los ojos aterrorizados de la jueza.

Hubo un disparo y, después, un segundo. El estruendo retumbó en el esqueleto de la piscina. Al salir esas dos balas, se desencadenó el final de todo. Y fue un final que no habían planificado.

51

El disparo devolvió a Álex a meses antes.

A los dolores, a la rehabilitación y al calvario que había sufrido.

La bala que le clavó en el cuerpo Clara, la pareja de Néstor, había abierto una brecha en su mente.

Demasiado fuerte fue ese dolor y sus consecuencias como para olvidarlo.

Pero esa vez, Néstor y Clara no tenían nada que ver. Estaba de pie y era él quien había disparado para proteger a la jueza.

Iker recibió una bala del sargento.

Álex había optado por la acción, el riesgo, ante la posibilidad de que Iker matase de un tiro a la jueza.

Apuntó a una pierna y, sin miramientos, disparó al novato en la misma rodilla.

La articulación saltó por los aires, haciendo perder el apoyo de la pierna izquierda. La fuerza de la gravedad hizo el resto.

Antes de que Iker comenzara a darse cuenta de nada, ni siquiera de sentir el agudo dolor en su pierna, ya estaba cayendo de lado. Todo sucedió cuando él ya había decidido disparar a la jueza. De esta forma salió el segundo disparo.

Iker se vio caer sin comprender lo que pasaba.

La bala que de su pistola salió fue directa a la jueza y reventó un poco más arriba de su cabeza.

Las astillas de cerámica azul que estallaron del muro salpicaron el agua, que seguía creciendo. Ya llegaba a la altura de la boca de la jueza, que en ese momento era, simplemente, Teresa Montoliu, quien estaba a punto de dejar de respirar.

Álex vio cómo el novato se retorcía de dolor en el suelo. Tenía que darse prisa para salvar a la mujer. Corrió hacia Iker y le dio un puntapié a la pistola para echarla al agua. Después, corrió hacia las escalerillas que bajaban hasta el fondo, sin saber muy bien cómo llegar hasta la jueza: toda la piscina estaba repleta de escombros y basura. Nadar sobre eso, con la escasa profundidad que había aún, era un suicidio, pero más lo era intentar llegar hasta la mujer caminando entre piedras y hierros sin ver dónde pisaba.

El agua ya estaba cubriendo la boca de la jueza y en breve taparía sus fosas nasales. Sus ojos abiertos de par en par cada vez eran más rojos por tanto llorar.

Despacio, empezó a nadar hacia ella sorteando los restos de obra.

El agua le llegaba a la nariz hacía unos segundos, se tenía que espabilar.

Álex odiaba nadar.

A él le gustaban los deportes fuera del agua. Correr, ir en bici, pero nunca meterse en una piscina.

De vez en cuando, sobresalía un hierro y tenía que sortearlo. Le daba muchísimo miedo nadar en esas condiciones, pero eso era cosa suya, tenía que llegar y salvar a Teresa Montoliu.

Cuando llegó, la jueza lo miraba con los ojos desorbitados llenos de pánico.

La cuerda que pasaba por el hierro y por las manos no estaba muy apretada. Tal vez, por la prisa de meterla allí y el ansia de ver morir a su última pieza del puzle.

Intentó hacer pasar la cuerda por el hierro oxidado que tenía una forma curva. Faltaba poco pero no lo conseguía. En el medio acuático, uno pierde la fuerza, sobre todo, al no tener una superficie estable con la que empujarse con las piernas. Se dio cuenta de que, con esos gestos raros y diferentes, los puntos de la herida en el abdomen le tiraban como nunca.

Se sintió impotente. Necesitaba cortar las cuerdas, pero ¿con qué?

Miró a la mujer y observó que tenía los ojos entrecerrados, derrotada.

A Álex el frío le comenzaba a calar en los huesos.

Su corazón latía aún más fuerte, expandiendo sus latidos por el agua como ondas.

La jueza se estaba yendo. No se habría permitido perder a la única víctima de Iker que podía salvar.

Escuchó las voces de sus compañeros de la escolta de Karla y gritó para llamar su atención por encima de los alaridos de Iker, que seguía tirado en el suelo agarrándose la rodilla destrozada.

—¡Aquí! ¡Necesito algo para cortar la cuerda!

Uno de los policías le tiró una navaja suiza y él la cogió al vuelo, agradecido.

Apenas sentía los dedos, pero consiguió abrirla y cortar la cuerda con toda la rapidez que la densidad del agua le permitía.

Por fin, la mujer fue liberada.

Los ojos de Álex se abrieron de par en par.

La cogió y la subió los centímetros que necesitaba para volver a respirar.

Al notar que estaba libre, la mujer boqueó.

Álex sonrió cuando vio que los mismos ojos que le pedían ayuda ahora estaban de nuevo llenos de vida.

La mujer empezó enseguida a tiritar.

Álex la abrazó.

—Ya está. Todo se ha acabado —dijo, intentando tranquilizarla.

Ella no dijo nada.

Estuvo unos segundos entre sus brazos, casi por agradecimiento. Sin embargo, se desprendió del *mosso* rápidamente y, sin miramientos, metió la cabeza dentro del agua.

La jueza regresó a la superficie con Milady en brazos.

La pequeña perrita, que aún tenía la pata enyesada por la operación, había muerto.

Las lágrimas de la jueza se diluyeron con el agua de la piscina.

Álex apoyó una mano en el hombro de ella.

—Lo siento. Pero es mejor salir, señoría.

Ella bajó la cabeza, sin decir nada.

La ayudó a nadar con prudencia hasta la escalerilla y, antes de subir por ella, la jueza lo miró y solo le dijo una palabra.

—Gracias.

Dicho eso, ella pasó el cadáver de la perrita al *mosso* que estaba arriba esperándola y subió ayudada por Álex.

Al salir del agua, el caso de la piscina de la muerte concluyó.

Álex había podido salvar a la última víctima del macabro plan de Iker Santamaría, hermano de Arnau, el niño ahogado años antes.

52

Barcelona, semanas después.

La ciudad se había despertado bajo el agua.

Todos entraban con un paraguas en el Palacio de Justicia de Barcelona esa mañana.

Abogados, testigos, público y curiosos entraban por la puerta del edificio.

Álex cerró el paraguas solo cuando Karla ya se había resguardado debajo del techo.

Sacudió el paraguas y le hizo un gesto para entrar.

Dentro se estaba mejor. La humedad y el frío de la mañana habían devuelto a Barcelona al invierno.

Al pasar por el vestíbulo, los dos *mossos* llamaron la atención de todos. Algunos los señalaban y otros los fotografiaban incluso. Pocos días antes, habían salido en todos los medios como las personas que habían salvado a la jueza Montoliu y atrapado al asesino de la piscina.

Álex señaló las escaleras mecánicas a Karla y ella bajó la cabeza, no le gustaba ser el centro de atención.

La secretaria de la jueza los hizo esperar un minuto justo y los dejó pasar.

La mujer abrió la puerta del despacho con su mejor sonrisa.

Enseguida, la jueza, al verlos, se levantó y fue a recibirlos.

—Bienvenidos —dijo ella, acercándose.

Álex se había puesto su mejor uniforme personal para la ocasión. Tejanos, camiseta negra y chaqueta de piel, es decir, había acudido vestido como siempre. Karla, después de un largo tiempo decidiendo si la camisa blanca o la azul con rayas, optó por la blanca. Un jersey encima de color gris y un tejano, para dar sobriedad y elegancia al mismo tiempo.

—Sentaos —indicó las sillas delante de su escritorio.

Ellos obedecieron.

—Me gustaría que os dejéis de formalismos. Nos vamos a tutear. Insisto —afirmó.

Álex sonrió y Karla asintió.

—Lo que digas, jueza.

—Llámame Teresa, Karla. Por favor. Me han dicho que estáis invitados a la gala de esta noche.

—Usted —dijo Álex, y sufrió un golpe de tos—, quiero decir, Teresa, ¿tú irás?

Ella se reclinó en el sillón de piel negra y juntó las manos.

—Sí, pero hay tanta gente que puede que ni nos crucemos. Solo quería daros las gracias esta mañana antes de que tengamos que vernos en esa jaula de locos y situaciones incómodas.

—¿Incómodas? —preguntó Karla.

—Ya sabes, allí es etiqueta y postureo —respondió la jueza a la otra mujer, y luego se giró —. Álex, ¿vendrás así o te has conseguido una corbata y una americana?

Álex sonrió.

—He alquilado un esmoquin.

Ella asintió y se giró hacia Karla.

—Yo que tú lo tendría muy cerca, con esmoquin, se lo van a rifar —susurró a Karla, y luego cambió de tercio—. Yo ya estoy demasiado vieja, si no…, otro gallo cantaría.

Karla sonrió y miró con ojos amorosos al compañero.

—En fin. Os he llamado para daros las gracias y comunicaros que me prejubilo. La muerte de Milady y ver la cara de la muerte me han hecho reflexionar —dijo, y suspiró—. Lo dejo a final del año.

—¿Y qué vas a hacer, si no es indiscreción u osadía? Eres muy joven.

—Ya, gracias, pero ya no lo soy. Me retiraré en mi casa de campo en el Penedés. Cultivaré cuatro cosas, leeré. Beberé vino. Ya nada que me recuerde las piscinas y los tribunales.

—Me parece muy bien —respondió Álex.

—He redactado un informe de todo lo que conseguiste que Iker Santamaría confesara antes de que le dispararas y me salvaras la vida. Así que os lo mandaré a la comisaría para que lo leas y mires si me he dejado algo.

Álex asintió.

—Lamentamos mucho lo de tu perrita —dijo Karla con un tono de voz delicado.

Ella suspiró y dio la sensación de que no quería responder, pero al final se decidió a hacerlo.

—Era vieja. La operación a la que la sometí fue por alargarle como fuera la vida. Era mejor haberla dormido y que hubiera muerto bien en lugar de… En fin —dijo a Karla—. Cuando esté en el campo, si Dios quiere, ya veré si adoptar a otro amiguito peludo.

—O varios —añadió Karla.

La jueza rio.

Era la primera vez que la veían reír. A Álex le gustó esa mujer desde el primer momento. Transpiraba rectitud y justicia. Lamentó perder a un juez de ese calado en la ciudad. Barcelona necesitaba de muchas más Teresas Montoliu en tribunales y en la policía.

Ella se despidió después de que la secretaria informara de que llegaba tarde a un juicio.

Álex dejó salir a Karla y, antes de salir él también, se detuvo y miró a la jueza en su estudio por última vez.

Sonrió y ella lo vio.

Esa fue la última vez que se vieron. Álex le lanzó una mirada de admiración y ella se la devolvió de gratitud.

Cerró la puerta y salieron del Palacio de Justicia, orgullosos de haber cerrado el caso y haber podido salvar por lo menos la vida de una persona.

Se tomaron un café por la zona.

Habían decidido cogerse el día libre para la ceremonia. Todos tenían muchas expectativas depositadas en ese evento. Pasaron a retirar el esmoquin de alquiler y el vestido de casa de Ana.

La noche se presentaba única y dejaría una marca imborrable. Lamentablemente, Álex no se equivocaba.

53

Por fin había llegado la noche de la ceremonia.

La prensa había hablado de ella y programas de la televisión autonómica habían especulado sobre qué personajes famosos llegarían a la ceremonia.

Cantantes, actores, restauradores, escritores y gente que, a pesar de no ser famosa, había pagado miles de euros para asistir. Pero también otros benefactores y empresarios, agentes de bolsa y deportistas.

Además, no podía faltar el alcalde, que también llegó con un coche con cristales tintados y se detuvo en la moqueta roja. Todos dejaban atrás una ola de *flashes* de los fotógrafos que se desvivían por llevarse su propia porción de la noche.

Había empezado a las ocho de la tarde, pero los invitados, cuanto más importantes, más tardaban en llegar. A pesar de no ser nada relevantes, Álex Cortés y su acompañante, Karla, llegaron tardísimo.

El esmoquin le sentaba como un pincel. Mientras se vestía como un pingüino, se habría dado cabezazos para no tener que ir. El tiempo de retraso fue culpa, precisamente, del traje, de la pajarita en concreto. Necesitaron tres tutoriales para encontrar el sistema perfecto de anudarlo.

Al final, a Álex le sentaba muy bien esa vestimenta anticuada, como decía él. Él era de *rock,* de cosas prácticas y oscuras. Eso era lo que era él y cómo era él.

Llegaron en taxi, que le costó una fortuna desde la casa del erudito.

Ellos no recibieron tantas fotos ni atención de los periodistas. Pero no les importó o, por lo menos, Álex lo prefirió así.

Karla, en cambio, lucía un vestido de gala de color verde brillante. En la cintura, la tela hacía un lazo. Al cuello le brillaba un collar elegante con un diamante, cortesía, los dos, de Ana Cortés.

Del mismo modo que Álex hubiera preferido hacer guardia en un colegio de barrio, gestionando el tráfico, a ella eso le estaba gustando. Ser observada, lucir un vestido bonito y entallado. Se sentía bien, se sentía una mujer admirada.

Dieron los nombres y enseguida los dejaron pasar. Se detuvieron delante de un espejo y la imagen reflejada les gustó, hacían una buena pareja. Hacía demasiado tiempo que no lo eran.

Fueron a buscar una copa. La primera de la noche. Tener algo en la mano siempre viene bien para desinhibirse y también porque da seguridad en un lugar desconocido.

—¿Qué miras? —preguntó ella.

—Si conocemos a alguien para ir a hablar.

—Tranquilízate, esto va como la seda —dijo Karla.

—No me puedo creer que hayamos venido —dijo Álex, justo después de haber agradecido a un camarero la copa que había pedido.

—A lo mejor no es tan malo… —replicó Karla mientras cogía de una bandeja que sujetaba un joven camarero una tartaleta de caviar.

La mujer dio un pequeño bocado y luego, otro.

Ana le había entregado con el vestido una serie de normas de comportamiento que resultaron ser más útiles de lo que creía.

Cuando el camarero le preguntó a Álex si quería una, él aceptó, no porque le gustara el caviar, sino para que dejase de rugir su estómago. No era día para hacer ayuno intermitente.

Masticando la tartaleta, notó como por detrás una mano lo tocaba. Álex se giró y se encontró al mayor Aragonés de frente.

—Sargento Cortés —saludó con tono autoritario—. Cabo Ramírez.

Álex casi se atragantó con la visión del jefe de los Mossos.

—Mayor, es un placer verle.

—Déjese de tonterías, Cortés, lo conozco demasiado bien como para que me mienta. Se ve a una legua que está aquí por compromiso.

—¿Tanto se nota, jefe?

—Déjelo, Cortés, pero gracias igualmente.

—¿Por qué nos ha hecho venir?

—Ha sido solicitud expresa de ese señor, del expresidente del Barça, ya lo conoce de sobra.

—Sí, algo recuerdo.

—Desde que le raptaron al crío, se ha volcado en la ayuda social. Quiere verle.

En el fondo, envuelto por una masa uniforme de pingüinos y damas con vestido de noche, estaba el hombre que había organizado la fiesta.

—¿Ahora?

—No, tranquilo, cuando sea el momento. Ya le llamaré más adelante.

—Gracias.

Aproximándose desde una esquina, llegó Mario, de la científica.

Álex abrió los ojos de par en par y se dijo a sí mismo que estaba salvado.

—Mayor Aragonés, Álex, Karla —dijo el *mosso,* también con esmoquin.

—Sargento Mario Català. Un placer.

—El placer es mío, mayor —respondió, y le estrechó la mano.

—Espero que se diviertan —dijo a Mario, y luego se giró hacia Álex—. Le llamaré más tarde.

Álex asintió y el jefe se fue.

—Madre mía, Karla, estás radiante —dijo Mario, y ella se sonrojó debajo del maquillaje—. Hoy, todos los esmóquines de alquiler de Barcelona están agotados.

—Me alegro de que estés aquí —comentó Álex, levantando la mano.

—Yo también, por veros a vosotros dos —dijo, y levantó la copa.

Brindaron y tintinearon las copas. Los tres bebieron y Álex se acabó el *champagne*, así que dejó la copa y fue a pedir otra. Mario lo detuvo.

—Espera, pide el *champagne* allí, en esa isla, donde sirven ese de la etiqueta amarilla. Ese sí que es bueno —recomendó Mario.

Álex asintió.

—¿Tú quieres una copa? —preguntó a Karla, y ella contestó que sí—. ¿Y tú, Mario?

—Voy servido.

Álex dejó al compañero y a Karla para dirigirse a la isla donde daban la marca de la etiqueta amarilla. Nunca la había visto, tenía que ser muy cara o exclusiva. Cuando llegó, había un chico que parecía un modelo sacado de una pasarela de moda y una chica guapísima. Ella se lo quedó mirando.

—Dos copas, por favor —pidió Álex.

—Enseguida —contestó después de tomarse un segundo para observar al invitado con rizos y ojos verdes.

Álex sonrió, pero se giró hacia Karla para no echarse a reír por la situación embarazosa. En ese momento, una persona tropezó y acabó tocando a Álex, pisándole el pie.

Este se giró sonriendo y, debido a la tipología del evento, pidió él perdón.

Cuando se giró, se encontró a un hombre de frente.

—Disculpe.

—No se preocupe —contestó con amabilidad.

Álex se quedó de piedra. Observándolo.

Nunca lo había visto antes. Era un absoluto desconocido, pero algo le llamó la atención.

Se quedaron en silencio, estudiándose.

Álex, sorprendido y desplazado, como si una parte de él ya lo hubiera visto antes. Su cerebro, su parte racional, le decía que era una persona como muchas allí dentro. Su corazón no.

—¿Nos conocemos? —preguntó Álex.

El otro no contestó enseguida.

—No creo —replicó—. ¿Debería?

Álex se calló, abducido por esos ojos que su corazón juraba que conocía.

La chica de la isla de *champagne* con etiqueta amarilla carraspeó. Álex se giró y ella sonrió. Le pasó las dos copas y Álex las cogió.

Se dio la vuelta mientras el hombre pedía una copa para él.

—Entonces, adiós —dijo Álex.

—Hasta nunca —respondió, cortante.

Álex arrugó el ceño y el maleducado le dio la espalda.

Se giró y caminó hacia Karla y Mario. Pero cuando estaba a medio camino, se dio otra vez la vuelta.

No daba crédito a su corazón, pero algo en el fondo creía que tenía razón.

Esos ojos no eran normales. Los conocía. Los había visto y arrestado varias veces. Esos ojos, si eran de la persona que creía, estaban perseguidos por la ley. No podía ser él. En medio de gente tan distinguida.

Se equivocaba.

Se dio la vuelta y llegó donde estaban Mario y Karla.

—Ya estará caliente casi —dijo Karla, refiriéndose al alcohol.

Álex no respondió, mirando hacia el desconocido.

—¿Estás bien, Álex? —preguntó Mario.

Álex fue a hablar y valoró que decir lo que pensaba era absurdo. Sobre todo, porque si le hubieran preguntado que explicara quién era o cómo era, solo habría podido responder que: «No sé, un hombre con esmoquin», cuando todos los hombres iban con ese atuendo.

—No, nada —respondió sonriendo—. Todo bien.

—Ah, bueno. Pues, Karla, lo que te explicaba, la otra noche me pasó… —dijo Mario, y siguió hablando.

Mientras, Álex no podía dejar de regresar con la vista a la isla del *champagne* y al recuerdo de esos ojos.

Solo con el pasar de los días supo que ese encuentro fortuito marcaría de nuevo a Álex. Sin saberlo, los dos se habían encontrado de nuevo. Y esa no sería la última vez.

Como una mañana fría y de lluvia de hacía años, en Travessera de les Corts. Él caminaba por el paso de cebra y el otro conducía con gafas de sol una furgoneta blanca.

Como en esa ocasión, sus vidas volverían a cambiar.

¿Te ha gustado?

Descubre “Barcelona Calibre 12”, la siguiente entrega del inspector Álex Cortés.

IR AL LIBRO

Sus balas difunden el miedo por Barcelona.
Su organización está secando las reservas de efectivo de la ciudad.
No le importa dejar una estela de muerte por donde pasa.

De él solo se saben dos cosas:
Que tiene una pistola del calibre 12 y que no se detendrá.
El inspector Álex Cortés se enfrentará a un enemigo publico sin precedente.

¿Podrá encarcelarlo antes de que sea demasiado tarde?

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación, no podrás dejar de leer **Barcelona Calibre 12**.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



MIS OTRAS NOVELAS

Serie El Forense

RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora **Olivia Wolf,** realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.

Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.

El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense

Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia

Gambito de Rey

Serie Gildo Falcone

RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas.

Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica.

Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.

Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los motores. Acompañado por la sorprendente Rita De Angelis**,** resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.



El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

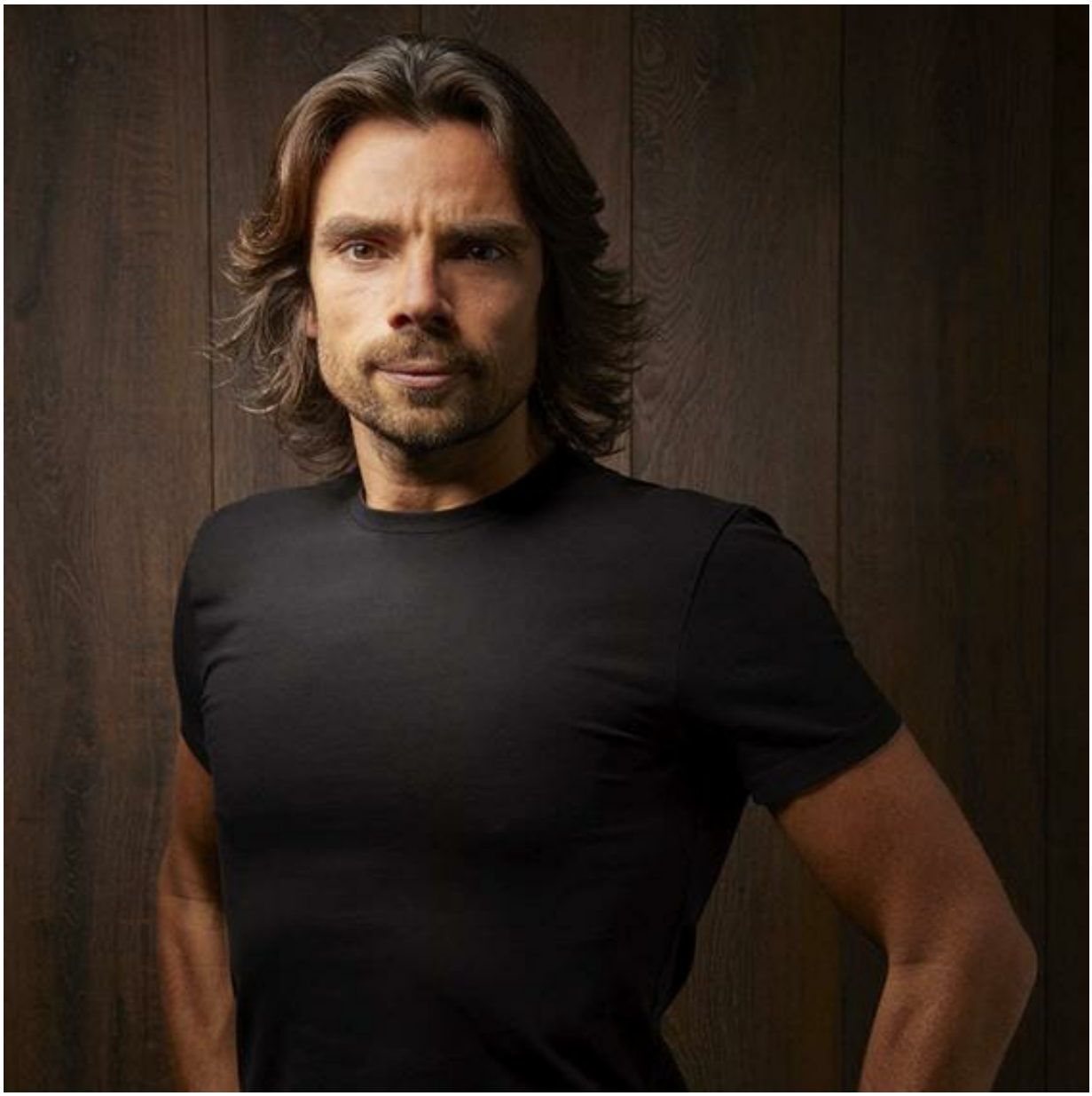
Festival de Muerte

Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

También comparto con Pablo Poveda el Podcast LA COSA MEDITERRÁNEA, donde hablamos de escritura, de novelas y sobre todo de lo que hacemos cuando no escribimos.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Lista de obras:

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

El Secreto del Pantano

Vivo Porque Mato

A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense

El Forense

Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia

Gambito de Rey



Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:







Ver las 2 imágenes

Sigue al autor



Riccardo Braccaioli

+ Seguir

Comprar por 2,99 €

¿Accidente O asesinato?

Una perpetua enemistad entre dos pilotos la inesperada traición convertirán una can

Un acontecimiento dramático lo cambia Malatesta, el famoso director deportivo de

Leer más

Longitud de impresión	Idioma
554 páginas	**Español**

Los clientes que vieron este producto también vieron